Los Hollister

EN ITALIA

18



JERRY WEST

En esta nueva aventura, los Hollister se hacen amigos de la pequeña Nadia Boschi, una niña italiana. Ésta les cuenta que su tío Giovanni, un famoso juguetero, ha desaparecido y cree que le han secuestrado.





Jerry West

Los Hollister en Italia

Los Hollister - 18

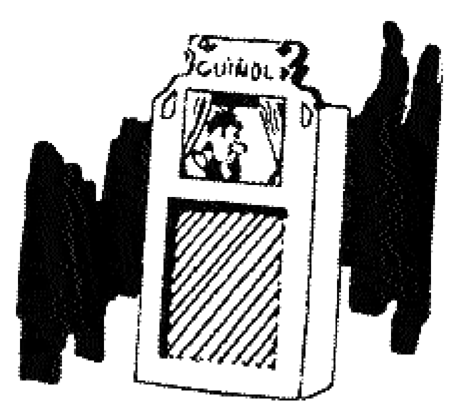
ePub r1.1
nalasss 15.09.14

Título original: *The Happy Hollisters and the Punch and Judy Mystery*
Jerry West, 1964
Traducción: Consuelo G. de Ortega
Ilustraciones: Antonio Borrell
Diseño de portada: Salvador Fabá

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1



RACIÓN DE PALOS



—¡Venid! ¡Venid todos! —llamó a gritos Pete Hollister—. ¡El gran espectáculo de Polichinela y Judy está a punto de empezar!

Pete, de doce años, el mayor de los cinco hermanos Hollister, estaba en el centro del prado, junto a una caseta encarnada. Esta caseta era unos treinta centímetros más alta que el muchachito y el escenario estaba cubierto por un telón negro.

Un grupo de chiquillos se movía nerviosamente delante de la caseta. La rubita Sue Hollister, de cuatro años, saltaba una y otra vez y apretaba la mano de su hermana Holly, que tenía seis años. Holly, por su parte, arrugaba la naricilla y se retorcía nerviosamente las trencitas.

—¡Ricky, deja de galopar de ese modo! —reconvino Holly.

Su hermano, el pelirrojo y pecosillo Ricky, dos años mayor que ella, no contestó, sino que volvió a propinarse una palmada en el muslo como si se tratase de un caballo, dio un salto mortal sobre el césped y aterrizó a los pies de Holly. Esto hizo reír a Ann Hunter, mientras su hermano menor, Jeff, sonreía y Donna Martin miraba a todos tímidamente.

Pete se dirigió a un chico alto, de cabello alborotado, para

preguntarle:

—¿Has recogido ya todos los peniques, Da ve?

Dave Meade asintió con un gesto de cabeza e hizo tintinear las monedas guardadas en una lata. Dave tenía doce años y era el mejor amigo de Pete. En aquel momento, miró a su alrededor, en el patio trasero de los Hollister, y dijo:

—No veo a Joey ni a Will. Me habían dicho que vendrían.

—¿Y Pam? —preguntó con curiosidad Ann, sacudiendo su cabecita de cabellos rizados.

—¡Paaam! —llamaron los niños, a coro.

—¿Dónde estás? —gritó Ricky.

Había sido Pam Hollister, de diez años, quien tuvo la idea de hacer una representación con Polichinela y Judy para conseguir dinero para un proyecto especial: La Fundación Cincuenta, patrocinada por el periódico de Shoreham, quería enviar a cincuenta niños necesitados a los campamentos de verano y los Hollister deseaban contribuir.

Luego, Pete tuvo la idea de ganar cincuenta libras de peniques. Había pesado varias monedas y comprobó que ciento cuarenta y siete peniques pesaban una libra. Los rápidos cálculos aritméticos de Pam demostraron que cincuenta libras equivaldrían a setenta y tres dólares cincuenta centavos, cantidad suficiente para que un niño o una niña pasase dos semanas en el campo.

Durante dos semanas, la espaciosa y acogedora casa de los Hollister, a orillas del Lago de los Pinos, había estado repleta de actividad con los preparativos de Polichinela y Judy. Primeramente Pam había pedido prestado un libro de instrucciones a la biblioteca. Guiándose por él, los niños habían esculpido y pintado las caras de madera, vistieron a los polichinelas con alegres ropas y construyeron un escenario.

Ahora ya estaba todo preparado para la primera función. Los niños vecinos habían llegado al patio de los Hollister, y Pete, como director del espectáculo, ya se había encajado un muñeco en cada mano.

Polichinela, con su enorme y curvada nariz, su barbilla saliente y su fea sonrisa, estaba preparado para trabajar en la mano derecha de Pete. En la mano izquierda del chico estaba el hocicudo dragón.

—¡Date prisa, Pam! ¿Dónde estás? —llamó Holly.

—Yo la encontraré —se ofreció Ann Hunter.

Ann era de la edad de Pam y su cabello negro le caía en una ensortijada melena. Sus ojos grises brillaban de emoción y se le formaban graciosos hoyuelos en las mejillas, mientras corría buscando a su amiga.

—¡Menos mal que estás ahí! —exclamó Ann, viendo que la mayor de las niñas Hollister se encontraba junto al buzón, que se hallaba en la acera—. ¡La función no puede empezar sin ti!

—Llegaré dentro de un momento —contestó Pam, que añadió—: El señor Barnes tendría que darse prisa. Hoy viene con retraso.

—Por lo visto es muy importante la carta que esperas —dijo Ann, mirando de reojo a su amiga.

—No es de ningún chico, si es a eso a lo que te refieres —aseguró Pam, moviendo la cabeza de manera que su cabello oscuro y largo osciló al viento. Luego, con los ojos castaños chispeantes, y bajando la voz, añadió—: Te pondré al corriente del secreto, pero tú no debes decírselo a nadie.



Mientras Ann prometía guardar el secreto, detrás de las niñas, entre los arbustos, se oyó crujir una rama, pero ellas estaban demasiado ocupadas para prestar atención al ruido. Pam explicó que había participado en un concurso sobre un libro infantil llamado «Misterio en Venecia».

Pronto se anunciaría quiénes eran los ganadores.

—¿Y a que no sabes una cosa, Ann? ¡El primer premio es un viaje alrededor del mundo!

Los ojos de su amiga se abrieron enormemente, mientras Pam explicaba que el segundo premio era un viaje a Hawai y el tercero un verdadero caballo bayo.

—Me muero de ganas por saber el resultado —siguió diciendo Pam—. Pero hay que tener paciencia —añadió con un suspiro, mientras las dos se acercaban al escenario donde iban a actuar Polichinela y Judy.

Cuando ellas desaparecían por la esquina de la casa, los arbustos se movieron y entre ellos asomaron dos cabezas. Allí estaban Joey Brill y su amigo Will Wilson. Joey era de la edad de Pete, pero más robusto. Will Wilson también era alto y fuerte y siempre secundaba a Joey en sus travesuras malintencionadas. Los dos se divertían molestando a los niños más pequeños y buscando complicaciones a los Hollister.

—¿Quieres ver la función? —preguntó Joey—. Estamos invitados.

—No. Seguramente será un aburrimiento —repuso Will.

—Entonces, ya sé cómo podremos divertirnos un rato —dijo el chicazo, que susurró algo más al oído de su compañero y los dos se internaron entre los arbustos y, sin ser vistos, se encaminaron al garaje de los Hollister.

En el prado, Pam anunció el espectáculo y Pete fue a colocarse detrás del rojo escenario. Se descorrió el telón negro. Polichinela asomó su fea cabeza por el borde inferior del escenario y, en voz alta de falsete, dijo:

—Damas y caballeros, ¡qué hermoso día para dar un paseo por el Lago de los Pinos! ¡Qué suerte! ¡Qué suerte!

Polichinela paseó de un extremo al otro del escenario, inclinando la cabeza y sacudiendo su grotesco sombrero verde, mientras los espectadores reían.

—En otro tiempo fui equilibrista sobre la cuerda tensa, en el circo —siguió diciendo Pete, con voz meliflua—. Ya veréis lo bien que camino por el borde del lago, sin caerme.

El polichinela paseé de un lado a otro, sin cesar de canturrear: «¡Qué suerte! ¡Qué suerte!».

Cuando, por fin, el polichinela cayó al imaginario lago, Pete exclamó:

—¡Plasss!

Y Polichinela volvió a emerger en seguida, gritando:

—¡Socorro! ¡Salvadme! ¡Ahora recuerdo que no sé nadar!

A continuación, desde el agua, surgió el largo morro del dragón verde, que Pete movía ágilmente.

—¡Ayyy! —gritó Polichinela—. ¡Puedo darme por perdido! ¡Si no me ahogo, el monstruo me comerá!

—¡Comerte yo! —replicó la cómica criatura—. ¿Quién puede querer comerse una vieja cabezota de madera como tú? Si tan sólo tu nariz ya es suficiente para asustar a los bebés…

—No insultes mi espléndida nariz. ¡Glub, glub! —hizo Polichinela, desapareciendo nuevamente de la vista.

Entonces, el monstruo se volvió hacia el auditorio, para preguntar:

—¿Queréis que le salve?

—¡Síí! —gritaron todos los niños a una.

—¡Hurraaa! —aplaudió la vocecita chillona de Sue.

El dragón agarró con la boca el sombrero verde de Polichinela y levantó al muñequito hasta el escenario.

—¿Qué, señor Polichinela? ¿Está usted bien? —preguntó el monstruo, moviendo arriba y abajo sus grandes mandíbulas.

—Sí, sí, pero todo mojado —se lamentó Polichinela, estremeciéndose—. Me has dejado más húmedo de lo que ya estaba.

—¿Yo lo he hecho? —preguntó el monstruo, perplejo—. ¿Cómo puede ser?

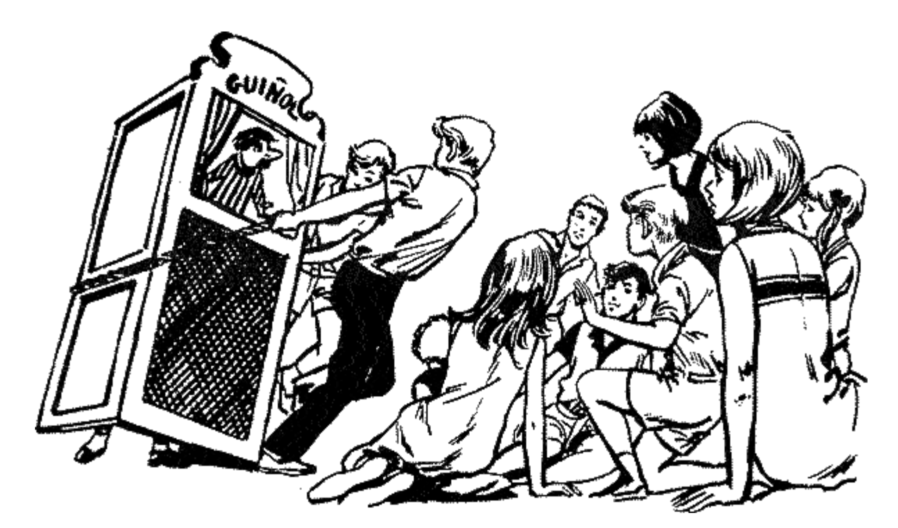
—Yo te lo demostraré —contestó el otro con voz temblorosa—, si tú miras al otro lado del lago.

Mientras la extraña y confiada criatura volvía la cabeza, Polichinela desapareció para volver con una gran estaca.

¡Pam! ¡Pam!

Polichinela golpeó con fuerza el largo morro verdoso.

—¡Toma y toma, por ponerme más mojado de lo que ya estaba! —gritó Polichinela con entusiasmo.



En aquel momento, los niños que estaban contemplando la escena, embelesados, oyeron otro inesperado ruido. Detrás del pequeño escenario, Joey Brill y Will Wilson llegaron corriendo en dirección al auditorio. Corrían con una separación de unos tres metros y entre ambos sostenían, tirante, una cuerda de tender ropa.

—¡Quietos! —gritó Pam—. Vais a golpear el…

Antes de que la niña hubiera podido terminar la frase, los camorristas habían volcado en tierra el escenario de Polichinela y Judy. Pete cayó también al suelo, cuando la cuerda le golpeó los hombros, y Polichinela salió disparado en una dirección, mientras el monstruo volaba por el lado opuesto.

Todos los amigos de los Hollister quedaron por unos momentos inmóviles y asombrados, en tanto Joey y Will dejaban caer la cuerda y se alejaban con toda la rapidez que les permitían sus piernas.

—¡Sois horribles! —gritó Holly que, en su indignación, no supo hacer otra cosa más que patear repetidamente—. Eres más malísimo que Polichinela, Joey.

Ricky corrió tras los chicazos, pero ellos le adelantaron con facilidad. El pecosillo regresó pronto, rojo de ira.

—Será mejor que ese Joey vaya con cuidado —declaró—. ¡Va a sentir lo que ha hecho!

Ya Pete se había desenredado y salía de detrás del volcado escenario.

—¿Estás bien, Pete? —preguntó Pam a su hermano, que se frotaba la frente.

—Creo que sí —dijo el chico—. ¿Dónde está «Zip»? —Y en seguida llamó—: Eh, ¡«Zip»! ¡«Zip»!

El hermoso perro pastor de los Hollister apareció entre unos arbustos que crecían en la orilla del lago. El fiel animal atravesó corriendo el patio para acercarse a Pete, delante del cual empezó a aullar y dar saltos.

—Necesito que eches una ojeada a Joey y Will —dijo Pete a su perro—. No les dejes entrar en el patio, mientras estemos con la representación.

«Zip» ladró sonoramente tres veces antes de marchar a tumbarse, con la cabeza entre las patas delanteras, a un lado del camino.

—Ahora podrá continuar la función en paz —declaró Pete—. ¿Todavía tenemos el dinero? —preguntó a Dave Meade.

Este último sacudió el bote de arriba abajo, haciendo tintinear las monedas y contestó:

—No es que haya cincuenta libras, pero algo es algo para empezar. —De pronto añadió—: Mira, ahí vienen más clientes.

Desde el otro extremo del patio se aproximaban dos señoras y una niña pequeña. Con un gritito de alegría, Ann Hunter anunció:

—¡Es mi mamá! ¡Y viene acompañada!

La señora y la niña que iban con la señora Hunter eran delgadas, muy guapas; las dos con el cabello negro y los ojos grises. Después de saludarlas, Ann las presentó a los demás.

—Quiero que conozcáis a la señora Boschi y su hija Nadia —dijo —. Son de Italia y pasarán en mi casa unos días, antes de volver a su país.

La señora Hunter explicó que la señora Boschi era una famosa diseñadora de vestidos y estaba en América en viaje de negocios. Pam dijo que todos se alegraban mucho de conocer a las visitantes y preguntó a Nadia cuántos años tenía.

—Tengo nueve años —repuso la niña italiana, pronunciando cada palabra muy despacio, para no equivocarse al hablar en un idioma extranjero.

El brillante cabello de la niña italiana era muy liso y estaba

peinado con raya en medio.

—¿Dónde está su papá? —preguntó Holly, muy bajito, a Ann.

La mayor de ambas niñas acercó a sus labios al oído de Holly.

—Ya no vive —fue la respuesta de Ann.

En este momento, Ricky dijo:

—Estamos haciendo una función con Polichinela y Judy. ¿Quieres verla?

Y el pequeño señaló el escenario donde Pete y Dave volvían a estar preparados para la representación.

Pero cuando levantó la vista hacia el escenario infantil, la pequeña visitante se echó a llorar.

—¡Oh, pobrecita! —exclamó Pam, preocupada—. ¿Qué te pasa, Nadia?

UN VIGILANTE DESAFORTUNADO



Mientras todos los presentes miraban a la niña italiana con sorpresa, la señora Boschi sacó de su bolso un pañuelo y enjugó las lágrimas de Nadia. Entonces, la pequeña contó por qué se había echado a llorar. Su tío-abuelo, Giovanni Boschi, tenía un espectáculo de polichinelas.

—En América Polichinela se dice Punch —dijo la madre de Nadia y la niña continuó explicando que, cuatro semanas atrás, su tío Giovanni había desaparecido misteriosamente.

—¡Pobrecita! —se compadeció Pam—. No me extraña que llores.

—Pero si Italia es un país pequeñajo. ¿Cómo no le encontráis? —preguntó, con toda naturalidad, Ricky.

Nadia habló, entonces, a los Hollister, de las montañas, ríos y costas de su tierra natal.

—Italia no es muy grande —añadió—, pero hay muchos sitios donde poder esconderse. —Luego, los ojos de la niña se iluminaron —. Tengo cien liras. ¿Puedo ver la función?

—¡Canastos! ¡Qué montón de dinero! —exclamó Ricky.

—Equivalen sólo a dieciséis centavos —le dijo, sonriendo, la señora Boschi, y tanto ella como Nadia echaron unas cuantas

monedas extranjeras en la lata que sostenía Dave.

La señora Hunter también se quedó a presenciar la representación, que pudo reanudarse a los pocos minutos.

Antes de desaparecer tras el escenario, Pete explicó a su público que Pam y él habían hecho un muñeco al que todavía no habían dado nombre. Y mostró a todos el monigote de abultadas y rojas mejillas y nariz púrpura.

—Le llamaré Joey —anunció, mientras el público reía. Luego desapareció tras el escenario.

Se descorrió el telón, y Polichinela y el nuevo actor aparecieron en escena.

—¡De modo que tú eres Joey, el que ha desmoronado mi actuación! —exclamó Polichinela, con su voz aflautada.

—Sí. Soy yo. Sólo quería divertirme.

—¿Conque es diversión lo que quieres? —Polichinela desapareció para volver en seguida con una gruesa estaca—. Pues yo conozco un juego muy divertido.

—Enséñamelo —pidió el otro.

Polichinela blandió el garrote y Joey retrocedió. Polichinela le golpeó con fuerza y el estrambótico Joey cayó al suelo.

—¡Deja de darme golpes! —gritó el monigote de las mejillas encarnadas.

—No te quejes. Si esto no ha sido nada —repuso el malintencionado Polichinela—. Estate quieto y te enseñaré lo divertido que resulta ser apaleado.

—¡No harás eso!

—¡Sí, lo haré! —afirmó Punch, añadiendo luego—: Vuélvete, que por allí llega tu amigo Will.

Cuando Joey, inocentemente, se volvió, Polichinela le apaleó a su gusto, exclamando:

—¡Toma, toma, toma!

Joey desapareció a toda prisa. Mientras Polichinela reía a más y mejor, tras él apareció en escena un personaje de cara amarilla, cuerpo encarnado, cuernos y rabo. Polichinela se volvió en redondo y al momento dejó de reír.

—¡Huuuu… huuuy! —tartamudeó—. ¿Quién… quién eres tú?

—Soy el diablo.

—Pues ya puedes irte. No me gustan los diablos hizo saber Polichinela, haciendo al diablo señas con la cabeza para que se marchase.

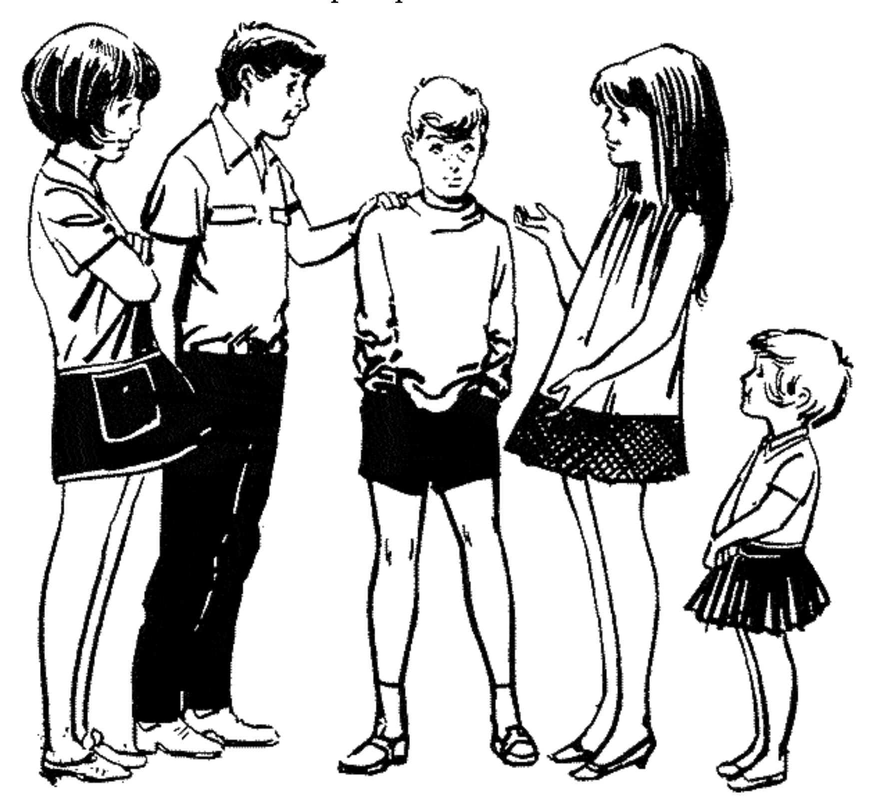
—Voy a llevarte conmigo —informó el polichinela de los cuernos— por haber sido tan malo con un muchachito encantador como es Joey.

El muñeco dio un salto para apoderarse de su presa, mientras Polichinela gritaba de angustia, y los dos desaparecieron de la escena.

Mientras los niños reían y aplaudían alegremente, cayó el telón.

—Ha sido una representación muy buena —dijo Nadia.

—Y hemos recogido un dólar y cuarenta centavos —notificó Dave—. Casi una libra de peniques.



Mientras Pete, Ricky y Dave trasladaban al garaje el teatro de polichinelas, las niñas abrumaron a Nadia con preguntas sobre la misteriosa desaparición de su tío Giovanni. Y se enteraron de que

este señor era un mercader retirado, el cual, durante muchos años, habla tenido como distracción los polichinelas. Hacía caras pintadas, muy simpáticas, sobre todo la del típico Polichinela.

—En seguida se distingue el Polichinela de tío Giovanni porque lleva un lunar en la nariz —explicó Nadia.

—¿En la nariz de tu tío? —inquirió la vocecilla de Sue, que apenas entendía a la niña extranjera.

—No, no —repuso Nadia, riendo—. En la nariz del polichinela.

El tío-abuelo de Nadia había hecho representaciones por toda Italia, porque le gustaban mucho los niños. Tenía un teatro plegable que siempre llevaba en la parte posterior de su motocicleta.

Volvieron del garaje los chicos y también escucharon con atención las explicaciones de la niña italiana. El teatro y los polichinelas del tío de Nadia aparecieron abandonados en un parque de Milán. La motocicleta se halló, destrozada, en la carretera principal.

—Preguntamos en hospitales y en todas partes, pero no pudimos saber nada de él —concluyó Nadia.

—Es una pena que nosotros no seamos italianos y no podamos ayudarte de algún modo —murmuró Holly.

—Gracias, de todos modos —repuso Nadia, que en seguida corrió junto a su madre, que se marchaba con la señora Hunter.

Ann, que ya se marchaba, retrocedió para decir al oído de Pam:

—¡Espero que ganes el premio!

—No olvides que es nuestro secreto —contestó Pam, cuando su amiga se alejaba.

Después de comer, todos los niños Hollister, menos Sue, se marcharon al garaje para hacer ensayos con los polichinelas. A Pam le gustaba el papel de la esposa de Polichinela, a la que daba una voz chillona y penetrante. También le salía perfecto el papel de niño pequeñito e imitaba el llanto mejor que los otros.

—Creo, Pete, que tú y Pam debéis hacer la representación, porque sois los mejores —opinó Holly.

Y el pecoso estuvo de acuerdo con la niña.

—Cuánto me gustaría poder tener un montón de público —dijo Pam, volviendo a hablar con su voz normal.

—A lo mejor mamá nos da alguna idea para tenerlo —repuso

Holly.

Los cuatro salieron del garaje y, en tropel, cruzaron al patio hasta la puerta de la cocina, por donde salía un delicioso olorcillo a pastas cociéndose al horno. Cuando Los niños entraron, una señora guapa y esbelta estaba sacando del horno unos pestiños de grosella. Al ver a sus hijos, la señora Hollister dejó la bandeja sobre la mesa, se secó las manos en el delantal y, con una espumadera, colocó varios pestiños en un plato.

—Probadlos —dijo, sonriente.

—¡Hummm! ¡Qué ricos están, calientes! —exclamó Ricky, relamiéndose. Y casi sin pararse a respirar, explicó—: Mamá, necesitamos mucho público para nuestro teatro, si queremos conseguir las cincuenta libras de peniques que nos hacen falta.

—¿Se te ocurre algún medio para que podamos ganar ese dinero rápidamente? —añadió Pete, cogiendo el segundo pestiño.

—Esta noche se reúne aquí el comité del Club Rotary de papá. ¿Por qué no habláis con ellos, sobre eso?

—¡A lo mejor podríamos hacer una representación para ellos con Polichinela y Judy! —sugirió Pam.

—¡Ricky! —regañó la señora Hollister—. ¡Ya basta de comer pestiños! No va a quedar ninguno para los señores que vengan esta noche.

Después de la cena, Pam ayudó a su madre a preparar la casa. Acabaron sólo unos minutos antes de que llegasen los miembros del comité. El señor Hollister celebró la reunión en el gran porche descubierto. Los niños estuvieron en el patio delantero, teniendo cuidado de no molestar a los invitados de su padre.

Pero, cuando se acabó de hablar de negocios y se sirvieron los refrescos, Pete preguntó:

—¿Es buen momento ahora, papá?

El señor Hollister, un hombre alto, atractivo y atlético, dijo que sí con una inclinación de cabeza, y todos los niños se encaminaron al porche. Pete se adelantó para decir, muy serio:

—Caballeros, estamos reuniendo dinero para el fondo de los campamentos infantiles y nos gustaría hacer una representación para ustedes con Polichinela y Judy. El precio no es más que todos los peniques que puedan darnos cada uno de ustedes.

—Espléndida idea —dijo el señor Thompson, el tesorero del Rotary—. ¿Por qué no instaláis mañana vuestro escenario en el parque de la plaza Mayor? Nuestro club se reúne en un restaurante de enfrente y todos podremos ver la representación.

—Y puede que alguien más pague por ver la función —opinó el señor Hollister.

—Yo seré el charlatán y haré que se quede mucha gente —resolvió el intrépido Ricky.

Se levantó un gran murmullo, mientras los hombres discutían el proyecto. Parecía seguro que se tendría gran cantidad de público.

—Podríamos poner un anuncio en el periódico —propuso Pam.

—Buena idea —aplaudió el padre—. Encargadlo ahora por teléfono y saldrá mañana por la mañana.

—Decid que el Club Rotary patrocina la representación —apuntó el señor Thompson.

Pam corrió a la casa y volvió al poco rato, diciendo:

—El editor ha prometido dar la noticia en primera página.

Como todavía no era completamente de noche, las niñas acudieron a casa de los Hunter para dar la estupenda noticia. También acudió Pete, después de ir a buscar a Dave Meade. Todos los amigos quisieron ayudar en el proyecto. Nadia se ofreció a preparar un puesto de refrescos con Ann.

—¡Qué buena idea, Nadia! —aplaudió Pete—. ¡Tal vez podamos ganar todo el dinero necesario en un día!



Aquella noche los Hollister se metieron en la cama llenos de emocionantes ideas. Pero, para Pam, lo más importante era esta pregunta: ¿Llegaría a llevarle el señor Barnes, el cartero, una carta diciéndole que había ganado un premio?

A la mañana siguiente los niños ensayaron con los polichinelas. Una hora después, Pam fue a casa de Ann, para ayudar a preparar la limonada. Cuando acabó, regresó a casa y esperó junto al buzón la llegada del señor Barnes. El cartero se presentó, al fin, con un puñado de cartas que Pam cogió ansiosamente. Miró una tras otra. Ninguna era para ella.

—¡Qué poca suerte! —murmuró la niña, dirigiéndose a paso lento a la casa.

Poco antes del mediodía llegaron Dave, Ann y Nadia. Un momento más tarde, llegó una camioneta del Centro Comercial, el establecimiento donde se vendían artículos de ferretería, deportes y juguetes, dirigido por el señor Hollister. Conduciendo el camión iba Indy Roades, un amable indio de Nuevo México que trabajaba para el señor Hollister.

—¡Hola, Indy! —saludó Ricky—. Todo está preparado. Vamos a cargarlo.

El pequeño teatro, los polichinelas, una mesa larga para los refrescos, un mantel de cuadros, la diminuta balanza de Sue, algunas bolsas de papel y un gran cartel fueron colocados en el

camión, con otras chucherías. En seguida, subieron los niños, seguidos de «Zip», y el indio condujo el vehículo al parque de la plaza Mayor. Allí le esperaba el alcalde en persona.

—He leído la noticia en el periódico —dijo a los niños—, y quiero felicitaros por vuestro esfuerzo en favor de la Fundación Cincuenta.

Pete y Pam estrecharon la mano del alcalde y luego, rápidamente, prepararon el escenario. Dave, Ricky y los otros dispusieron la mesa para los refrescos.

Mientras, Holly se llevó aparte a Ricky y cuchicheó:

—Quiero echar una ojeada por si aparecen Joey y Will. Si vienen, esta vez estaremos preparados.

Al hablar, la niña señalaba un árbol cercano.

Ricky ayudó a su hermana a empinarse y la pequeña subió hasta la primera rama y se aposentó en ella. Delante de ella, mecido entre un par de ramas, vio el nido de un petirrojo. Dentro del nido había tres lindos huevos azules.

«Tengo que irme en seguida de esta rama, no sea que la sacuda sin querer y se caigan los huevos», pensó, sensatamente, Holly.

Empezó a trepar, pero la rama se estremeció. Entonces decidió colgarse por las manos y resbalar tronco abajo. Tal como lo pensó lo hizo, pero la rama era demasiado gruesa para sus manos y una le resbaló.

—¡Socorro! —gritó la pequeña, que había quedado suspendida por un brazo.

Muy decidido, Ricky dio un tirón del mantel a cuadros y llamó a Pete.

—¡Ven, de prisa! ¡La salvaremos con esto!

Los dos chicos apenas habían tenido tiempo de extender el mantel debajo de su hermanita cuando ella cayó del árbol. Holly aterrizó con tanta fuerza que Pete y Ricky quedaron sentados en el suelo. Pero la niña no se hizo daño, porque el mantel había suavizado su caída.

Los tres hermanos se pusieron apresuradamente en pie y se acercaron a la gran multitud que se había congregado a ver lo que ocurría.

Ricky se colocó a un lado con Dave Meade y empezó a actuar

como charlatán.

—¡Apresúrense! ¡Apresúrense! ¡Ésta va a ser la más grande exhibición de Polichinela y Judy! —exclamó a gritos—. ¡Acérquense a ver a Polichinela y el dragón! ¡Y también la señora Judy y el bebé!

Las gentes que se habían reunido en el parque rieron alegremente, empezando a dejar caer peniques en el bote de hojalata que sostenía Dave. Eran tantos los espectadores, que el bote quedó colmado una y otra vez y el muchacho tuvo que vaciarlo en la gran caja de cartón que habían llevado con esa idea. Mientras, Nadia y Ann estaban haciendo un gran negocio con las limonadas, porque hacía sol y calor, y todo el mundo estaba sediento.

—Vamos, Pam —dijo Pete a su hermana—. Vamos a empezar.

Subió el telón y Punch apareció en escena.

—Judy, mi Judy. ¿Dónde estás? —llamó Polichinela con su voz taladrante.

—Estoy aquí, con el nene —contestó Pam, forzando la voz.

—Pues sube. Quiero verte.

—Tengo que dar de comer al nene.

—Tráele también.

Al momento, se presentó la señora Polichinela con un pequeño en los brazos. Era muy parecido a Judy, aunque más menudo.

—¡Mirad! ¿Veis lo que os decía? —dijo Punch, dirigiéndose al auditorio—. ¿Verdad que es un bebé hermoso? Se parece a mí.

El polichinela bebé se irguió en los brazos de su madre y agarró a su padre por la nariz, mientras los espectadores se echaban a reír.



—¡Eeeh! ¡Estate quieto! —ordenó Punch—. Me estás estropeando la hermosa nariz.

—¡Buuaaa! ¡Buuaaa! —lloró el bebé.

—¡Quieto, he dicho! —ordenó Polichinela, sacudiendo con violencia al bebé.

—¡Estás haciendo daño a mi hijo! —protestó la voz de falsete de Pam.

—¡Dile que se esté quieto! —pidió Polichinela, mientras el bebé volvía a aferrarle la nariz—. ¡No sé cómo librarme de él!

Indignado, Polichinela dio un manotazo al bebé y le tiró al suelo. Los espectadores ahogaron una exclamación, ante aquella actitud tan desconsiderada. Pero instantáneamente, «Zip», el perro pastor de los Hollister, saltó al escenario, agarró al bebé de Judy y huyó con él por el parque.

UNA PISTA DESDE ITALIA



—¡«Zip», trae aquí el bebé de los Polichinela! —gritó Holly, mientras ella y el pecoso corrían como gamos detrás del perro fugitivo.

El animal dio una vuelta alrededor del teatro sin que nadie consiguiese alcanzarle y acabó desapareciendo entre un grupo de arbustos, a un lado del parque.

—¡Ven aquí! —ordenó, severamente, Ricky.

Los niños oyeron varios ladridos, pero, en lugar de «Zip», quienes aparecieron a cuatro pies fueron… ¡Joey y Will!

—¿Qué estabais haciendo aquí? —preguntó Holly, sorprendida.

Joey no contestó, limitándose a ponerse en pie y a alejarse, seguido de Will. Ninguno de los dos tenía tiempo de contestar a preguntas porque acababa de aparecer «Zip» por el otro extremo de los arbustos. Un momento después, surgió un perrazo negro, empeñado en morder a bebé Polichinela.

«Zip» dejó el Polichinela bebé sobre la hierba y gruñó al intruso. El perro negro dio un salto, dispuesto a caer sobre el muñeco, pero «Zip» agarró al «bebé» y echó a correr con él, parque adelante. El perrazo negro probó a darle alcance; pero pronto tuvo que darse

por vencido y se alejó, desencantado.

Ahora la persecución resultó más divertida. Los espectadores se inclinaban, intentando detener a «Zip», que huía, zigzagueando entre ellos, con el polichinela entre los dientes.

—¡Oficial Cal! ¡Ayúdenos a detener a este perro travieso! —pidió Holly a gritos, dirigiéndose al joven oficial que pasaba en aquel momento en el coche patrulla.

El simpático oficial, que conocía muy bien a los Hollister, aparcó cerca y se unió a la persecución. Pero «Zip» parecía un cohete encendido, divirtiéndose en escabullirse de sus perseguidores.

En su décima vuelta por el césped del parque, «Zip» avanzó hacia Sue. La chiquitina aprovechó el momento para pedir:

—Por favor, estate quietecín, para que yo pueda atraparte, «Zip», guapito.

El perro se detuvo al instante y dejó caer el muñeco a los pies de su pequeña amita.

—Muchas gracias, «Zip» —dijo Sue, muy seria.

Y mientras el buenazo de «Zip» meneaba el rabo, muy orgulloso, ella devolvió al teatro el bebé de los Polichinela.

En vez de perjudicar la representación, la inesperada conmoción atrajo más espectadores y continuaron cayendo peniques, con alegre tintineo, en el bote de hojalata.

Continuó la función, en la que el señor Polichinela recibió su merecido por los malos tratos dados al bebé. La plaza Mayor se llenó de risas, mientras niños y mayores se divertían con la excelente representación.

Cuando todo concluyó, Ricky empezó a pesar los peniques en la pequeña balanza de Sue. Cogía las monedas a puñados y las iba echando en una bolsa de papel, hasta que el fiel de la balanza señalaba un peso de diez libras. De este modo, llenó cuatro bolsas.

—¡Canastos! ¡Mirad todos! —gritó Ricky, al pesar la quinta bolsa de monedas.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó, alegremente Pete—. Cincuenta libras de peniques.

Entre las felicitaciones de los que pasaban, una voz preguntó a Pete:

—¿He oído bien?

Al volverse, el muchachito se encontró frente a un hombre joven, con un periódico bajo el brazo, que se presentó como Ken Speed, periodista del «Shoreham Times».

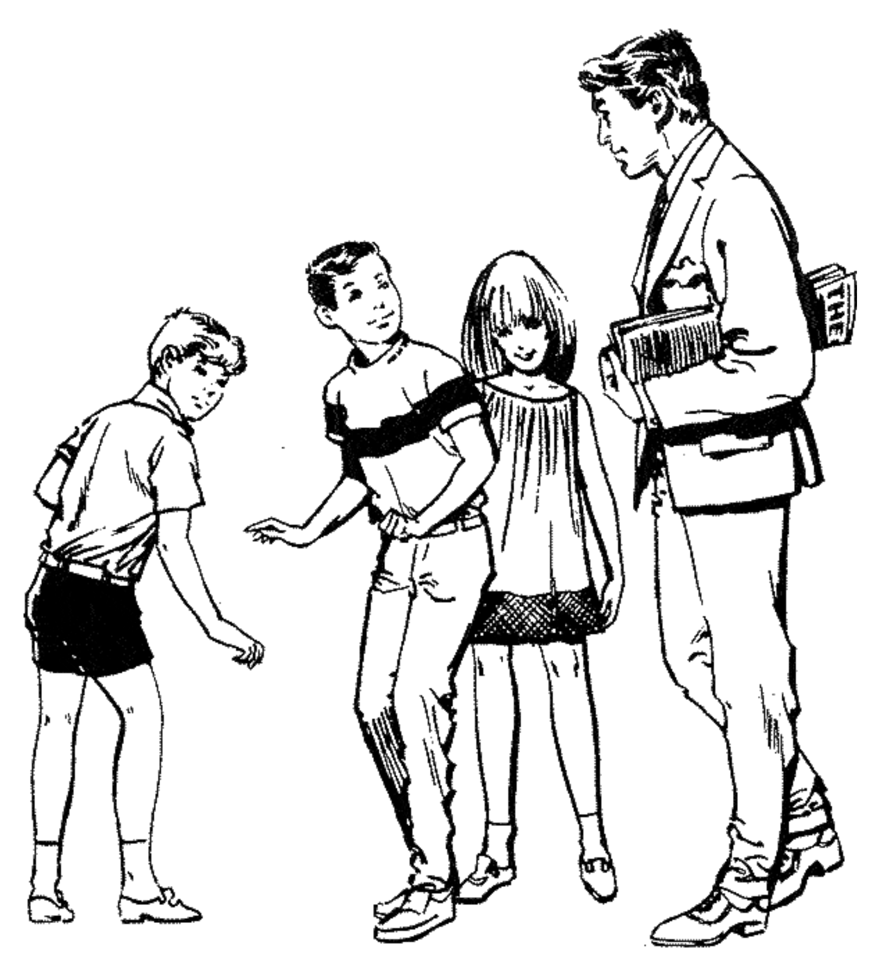
—Sí. Lo hemos conseguido —dijo Pam, muy orgullosa.

—Magnífico. Mi periódico hizo lo que pudo por ayudaros —dijo el joven, desdoblando el periódico y señalando un artículo de la primera página que informaba sobre la representación de polichinelas.

—No es extraño que haya venido tanta gente —dijo Pam—. Muchas gracias, señor Speed. Habíamos pensado llevar el dinero al periódico esta tarde.

—Muy bien. Pues cuando vayáis, pasad a verme. Me gustaría tener más información sobre vuestro proyecto con Polichinela y Judy.

Mientras los demás hablaban, Nadia se había acercado a leer la información. De repente dio un gritito de sorpresa.



—¡Mira, Pam! —exclamó.

La niña italiana señalaba una nota debajo del artículo sobre Polichinela.

—«Florencia, Italia —leyó Nadia en voz alta—. La búsqueda de Giovanni Boschi, famoso artista de polichinelas, cuenta hoy con nuevas esperanzas, al aparecer a la venta, en Florencia, unos auténticos polichinelas Boschi».

—¿Quién es Florencia? —preguntó Ricky, que no lo había oído todo—. ¿Tu hermana?

Pam se encargó de explicar al pecoso que Florencia es el nombre de Una ciudad de Italia.

—Los italianos la llamamos Firenze —aclaró Nadia.

—¡La de los polichinelas es una pista estupenda! —exclamó Pam —. Seguramente encontraréis a tu tío muy pronto.

Nadia contestó que estaba deseando regresar a Italia para ayudar en la búsqueda.

—Pero mamá quiere pasar primero por París —añadió—. Dios quiera que no nos entretengamos muchos días.

Mientras las niñas recogían los polichinelas, los chicos ayudaron a Indy a cargar en el camión el escenario. Todos estaban demasiado ocupados para darse cuenta de que Joey y Will pasaban, como por casualidad, junto a las bolsas de peniques, alineadas al lado de las pequeñas balanzas.

Will se quedó algo rezagado, observando, mientras Joey se inclinaba y cogía una de las bolsas. Pero Pete vio, al chicazo por el rabillo del ojo y corrió hacia él.

—¡Joey!… —empezó a decir.

Pero, por fortuna, un hombre alto y robusto, de cabello blanco, intervino, sonriendo, y quitó a Joey la bolsa del dinero.

—Muchas gracias —dijo, jovial el desconocido, poniendo una mano en el hombro de Joey, mientras le aseguraba que era el muchacho más servicial de todo Shoreham.

El camorrista quedó con la boca abierta de par en par.

—Supongo que perteneces a la compañía de Polichinelas.

Joey no pudo hacer otra cosa que mover la cabeza, diciendo que no, y Pete tuvo que taparse la boca con una mano para contener la risa.

—Me llamo Rader —siguió diciendo el desconocido— y he venido a invitar a la compañía de Polichinela y Judy a que coma hoy con los socios del Rotary.

—¡Zambomba, es estupendo! —exclamó Pete, llamando a los demás.

El señor Rader repitió la invitación y mientras los Hollister y sus amigos daban las gracias, aceptando, Joey frunció el ceño, porque la mano robusta del señor Rader seguía sujetándole firmemente por un hombro.

Después de que Pete, Ricky, Pam, Nadia y Dave cogieron cada uno una bolsa de peniques, el señor Rader soltó a Joey, que se alejó a toda prisa, todavía con el ceño arrugado.

—Por aquí. Exactamente en frente —orientó el señor Rader, acompañando a los alegres pequeños hasta un restaurante con aire acondicionado.

En la entrada, Pete y Ricky se volvieron para ver cómo Indy acababa de cargar las cosas en el camión y subía a la cabina. Cuando el simpático indio se alejaba, Pete descubrió que Joey y Will estaban en la salida del parque, mirándoles con cara de indignación. Cuando Pete llamó la atención de Ricky con un codazo, el pequeño exclamó:

—¡Hay que ver lo malotes que son!

En el restaurante, los niños encontraron una mesa especialmente dispuesta para ellos. En el centro había un banderín del club y una gran tarta bañada en azúcar color de rosa y las caras de Polichinela y Judy hechas de azúcar rojo y blanco.

Pam levantó a Sue en alto para que la pequeñita pudiera ver la parte más alta del pastel. Los ojos de Sue se abrieron inmensamente.

—¡Oooh! —exclamó, alargando un dedito hasta el azúcar rosado.

—¡No! —exclamaron a un tiempo Pam y Holly.

—¡Ahora no, Sue! —añadió Pete.

Y Ricky, con los ojillos desorbitados, dijo, prometedor:

—Más tarde.

Cuando todo el mundo estaba ya sentado, los niños vieron que su padre entraba apresuradamente e iba a ocupar su puesto en la mesa de oradores. Mientras el presidente daba unos golpes en la mesa, pidiendo un poco de orden, el señor Hollister miró a sus hijos y les hizo un guiño. Todos le saludaron en silencio y Holly levantó una mano, alegremente.

Al iniciarse la celebración, el señor Hollister presentó a sus hijos y a los amigos de éstos. Luego, los miembros del club entonaron una canción de bienvenida para los niños y todos aplaudieron.

Pete se puso en pie y dio las gracias a todo el Club Rotary por su amabilidad.



Cuando acabó la comida, el presidente del club dio permiso a los niños para que fuesen a llevar los peniques a la oficina del «Times». De nuevo fueron Dave, Pete, Pam, Ricky y Nadia quienes cargaron con las bolsas de papel. Ann y Holly iban detrás, llevando en medio a Sue, asida de la mano.

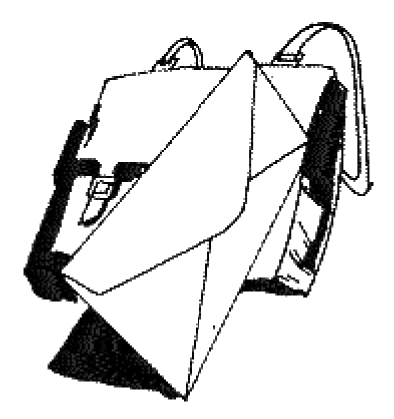
Al salir del restaurante, Ricky pestañeó, cegado por el brillante sol. Los demás le adelantaron y cruzaron a la otra acera, aprovechando la luz verde del semáforo.

Apretando fuertemente, con ambas manos la bolsa de peniques contra su pecho, Ricky llegó al bordillo en el momento en que se encendía la luz roja.

Apenas se había detenido allí cuando, inesperadamente, Joey Brill pasó a todo correr. El grandullón golpeó con su puño la bolsa de monedas, arrancándola de las manos de Ricky.

La bolsa fue a parar al suelo ruidosamente, se rompió y… los peniques rodaron en todas direcciones.

UNA NOTA AMARILLA



Ricky se detuvo en seco y miró a su alrededor con desespero, viendo cómo las monedas rodaban hacia uno y otro lado y muchas desaparecían por la esquina. Entre tanto cambió la luz y los coches se detuvieron con gran chirrido de frenos.

Se detuvo el tráfico en todas direcciones mientras Ricky y otros viandantes se inclinaban para recoger monedas. Los otros Hollister, Dave, Nadia y Ann volvieron rápidamente al oír el tintineo de los peniques. Una señora les dio una bolsa vacía para que echasen allí el dinero. Y el oficial Cal, todavía de servicio en la calle, detuvo junto a los niños el coche patrulla, con la luz roja encendida.

Después de indicar a los vehículos que pasasen a través de una pequeña separación dejada entre las monedas caídas, el policía preguntó a Ricky qué había sucedido.

—¡Lo ha hecho Joey Brill!

En aquel momento, el camorrista sonreía, satisfecho, observando lo que ocurría desde un banco del parque, en compañía de Will.

El oficial Cal se acercó a ellos para decir, severamente:

—¿Has arrancado tú el dinero de las manos de Ricky Hollister?

—¿Quién? ¿Yo? —preguntó Joey, disimulando.

—Sí. Tú.

—He pasado junto al chico. Si se refiere usted a eso… —dijo descaradamente, Joey.

—Venid conmigo los dos —ordenó el oficial Cal.

Los chicos le siguieron y el policía se dirigió a los que estaban recogiendo monedas, para decir:

—Joey y Will van a recoger los peniques restantes.

—¡Eh! ¡Oiga…! —empezó a decir Will, pero la mirada severa del policía le hizo comprender que no se trataba de ninguna broma.

Dave entregó la bolsa a Joey. Los dos camorristas, protestando entre dientes, empezaron a recoger las monedas, mientras el oficial Cal hacía indicación a los coches para que se desviasen ligeramente.

Los Hollister y sus amigos se detuvieron en el bordillo, contemplando a lo camorristas. Al cabo de un cuarto de hora, Joey se irguió, diciendo:

—¡Uff! ¡Mi espalda! Ahí están los peniques.

Cal preguntó al mayor de los Hollister:

—¿Cuántos tiene que haber, Pete?

—Mil cuatrocientos setenta.

—Cuéntalos —ordenó el policía a Joey.

—Oiga… Yo no estoy muy bien en aritmética… —protestó el chicazo.

—Cuéntalos —repitió, muy serio, el oficial.

—Está bien —rezongó Joey.

Él y Will se acercaron con la bolsa de monedas al banco del parque, seguidos por el policía y los otros niños.

—Uno, dos, tres, cuatro…

Joey empezó a formar pilas con las monedas. Dos veces perdió la cuenta y tuvo que volver a empezar. Pete y Pam les miraban con cara muy seria, pero Ricky y Holly no podían contener su alegría, viendo el castigo que habían recibido los chicazos.

Por fin se contó la última moneda.

—Hay mil cuatrocientos sesenta y cinco peniques —dijo Joey, con la boca torcida de rabia.

—Entonces, faltan cinco peniques —dijo el oficial Cal.

—¿Y qué quiere que haga yo? —preguntó el chicazo.

—Encontrar esas cinco monedas.

—Pero si hemos mirado por todas partes…

—Yo tengo cinco peniques en el bolsillo —dijo Will—. Dalos, Joey, o nos tendremos que estar aquí toda la tarde.

Con todas las monedas ya contadas, las diez libras de peniques fueron guardadas en la bolsa. Joey y Will se marcharon, aunque al pasar junto a Pete Hollister mascullaron promesas de venganza.

Pete no les hizo el menor caso. Dio las gracias al oficial Cal por su ayuda y marchó con los demás, calle abajo, hasta las oficinas del periódico.

Cuando llegaron a la puerta de la fachada, con las bolsas del dinero en la mano, los niños se encontraron con un fotógrafo que les estaba esperando. Brillaron los «flash» mientras se tomaban fotografías, captando la entrega de las monedas en el despacho del editor.

Allí estaba el señor Speed y los Hollister tuvieron que contarle toda la historia sobre la función de polichinelas.

—Habéis hecho un gran trabajo —dijo el editor, deseándoles suerte—. Después de todo, una buena consecución merece otro golpe de fortuna.

Pam se estremeció al oír aquello. Tal vez… sí… Tal vez la suerte la favorecería, permitiéndole ganar el concurso.

Cuando salieron de las oficinas del periódico, los niños se encaminaron directamente a sus casas. Al llegar al camino del jardín los Hollister vieron a su madre, y corrieron a ella para contarle la aventura de los peniques.

—¡Qué maravilla! —exclamó ella, después de escuchar los problemas de la representación con Polichinela y Judy—. ¡Es tan hermoso ayudar al prójimo! Bueno. Ahora, que cada uno elija lo que prefiera.

—¿De qué? —preguntó Pete—. ¿Acaso has hecho más dulces?

—Se trata de cortar el césped del jardín y hacer otras pequeñeces —repuso la señora Hollister—. Todos habéis estado tan ocupados con las marionetas y la función que me temo que al césped le está haciendo falta una buena manicura.

—Bien, mamá —dijo Ricky—. Pete y yo lo haremos.

—Yo también —se ofreció Holly—. Yo desbrozaré los lechos de flores.

—Si encuentras algún gusano, ¿me dejarás que se lo dé a los petirrojos? —preguntó Sue.

A los pocos minutos, el jardín de los Hollister quedó invadido por el zumbido del motor de la cortadora de césped y de las tijeras de jardinero.



—Oh, qué bien huele la hierba fresca —murmuró Pam, mientras recortaba el césped alrededor de un lecho de petunias.

En aquel momento, la señora Hollister abrió la puerta para decir:

—Pam, hay una llamada telefónica para ti.

La morena Pam soltó las tijeras, se enjugó las manos entre la hierba y corrió a casa.

—Puede que sea conferencia —dijo la madre—. La voz sonaba muy apagada.

Pam tomó el auricular, preguntando:

—¿Diga?

—¿Pam Hollister? —preguntó una voz masculina.

—Sí. Soy yo.

—Tengo buenas noticias para usted —añadió el que llamaba.

Pam se estremeció de pies a cabeza.

—¿Buenas noticias? ¿Qué es?

—Ha ganado usted el tercer premio del concurso.

La niña quedó con la boca abierta de par en par. Estaba demasiado emocionada para poder hablar.

—¡Oiga! ¿Sigue usted al aparato?

—Sí —balbuceó Pam—. ¿Eso quiere decir que he ganado el caballo bayo?

—Exactamente. Mañana recibirá usted la confirmación por correo. Buenos días.

Pam colgó el auricular lentamente y se volvió con pasos tan extraños como si estuviera en trance. Pero, de pronto, entró en acción.

—¡Mamá, he ganado! —exclamó.

Pasó los brazos alrededor del cuello de la señora Hollister y empezó a bailotear de alegría.

—¡Dios mío! Me estás dejando sin aliento —rió la madre.

Los demás, al oír el alboroto, corrieron a la casa.

—¿A qué viene tanto grito? —preguntó Pete.

Cuando Pam explicó que había ganado el caballo, todos sus hermanos la felicitaron y aplaudieron alegremente.

—Ahora «Domingo» tendrá un amiguito —razonó inmediatamente, Sue, pensando en él burrito que tenían en el garaje.

—Y tendremos que hacer otro pesebre en el garaje —añadió el pecoso.

—Pero no quedará sitio para el coche… —calculó Holly, con inquietud.

—¿Y qué? —replicó Ricky, rebosando autoridad—. Un caballo es más importante que un coche.

Pete sonrió, al preguntar:

—¿Qué nombre vas a ponerle, Pam?

—Si todavía no sabe si es macho o hembra —dijo Holly—.

Habrá que esperar.

Sue notificó que le gustaría llamar al nuevo animal «Preciosidad Negra», pero Pam le dijo que los bayos tenían un hermoso color dorado.

—Entonces, ¿por qué no le llamamos «Doradito»? —propuso la pequeña, casi sin pararse a pensar.

Nombres para el animal y lugares donde podría instalarse su vivienda fueron los temas de conversación para el resto del día.

—¡Señor! —murmuró Pam, a la hora de acostarse—. Creo que no voy a poder dormir, pensando en la carta de mañana.

Pero había tenido un día de tantas emociones que se durmió inmediatamente, sonriendo, y estuvo soñando con muchos caballos retozones.

A la mañana siguiente, después de desayunar, los cinco Hollister se estacionaron en la carretera de Shoreham, en el tramo que iba de su casa a la de Dave Meade. Pam se situó junto al buzón y Holly al final, cerca de la casa de Dave.

—En cuanto vea al señor Barnes te avisaré —dijo la niñita a su hermana mayor.

El sol de la mañana brillaba entre las hojas de los árboles, proyectando sombras danzantes en el pavimento. Al cabo de un rato, Holly gritó:

—¡Ya veo al señor Bames!

La noticia corrió de boca en boca, hasta llegar a Pam, que aguardaba con el corazón palpitante.

—¡Hola, señor Barnes! —saludó Holly—. ¿Trae usted carta para mi hermana Pam? Vivimos en el ciento veinticuatro de la Carretera de Shoreham.

El cartero sonrió, mientras se acercaba.

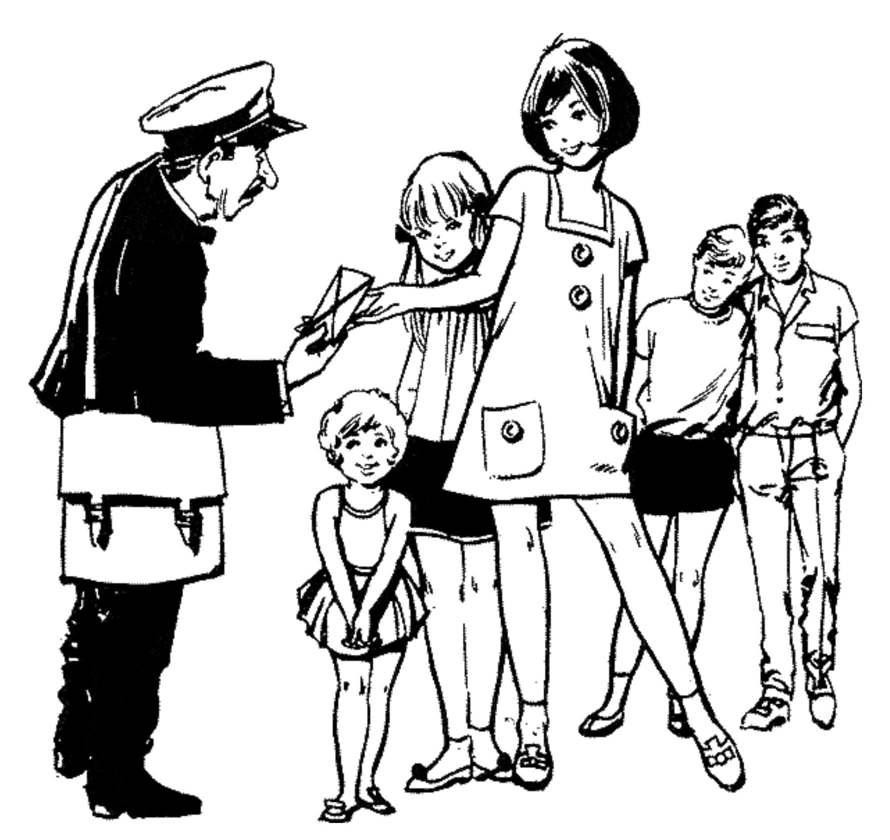
—¿Ciento veinticuatro, dices? Pues… Sí. Tengo una carta para Pam.

Holly dio media vuelta y echó a correr con las trencitas saltando sobre sus hombros, diciendo a gritos:

—¡Hay carta para Pam!

La noticia llegó a Sue, que también echó a correr en dirección a Ricky. Cuando los tres llegaron junto a Pete, éste dijo:

—Está bien. Está bien. He recibido el mensaje.



Los cuatro corrieron al lado de Pam y la rodearon, en espera del señor Barnes. Pam consideró poco digno para una chica de su edad correr hasta el cartero; pero sí anduvo unos pasos en dirección al hombre, con el rostro sonrojado de emoción.

—¡Demonio! Debe de ser algo muy importante —comentó el señor Barnes, al entregar a Pam su carta.

—¡Ya lo creo que lo es, canastos! —exclamó Ricky.

Pam dio las gracias al señor Barnes, bajó la vista hasta el sobre y la expresión de su cara varió totalmente. Su nombre no estaba mecanografiado, sino escrito a lápiz, en letras de molde. Sin saber bien por qué, notó el corazón oprimido, mientras caminaba hacia la casa con la carta en la mano.

—¿Qué pasa, Pam? —preguntó Ricky, mientras él y los otros seguían a su hermana hasta la sala.

Pam se sentó en el sofá y abrió el sobre. Dentro encontró un papel amarillo, doblado en cuatro. Al desdoblarlo dio un suspiro de

desencanto. En el papel había dibujado un ridículo caballo de lomo hundido, y debajo se leía: «Os he tomado el pelo. Joey».

Pam hundió la cara entre las manos y lloró desconsoladamente.

—¡Qué mala intención! —masculló Pete, apretando los dientes.

—Entonces, fue Joey quien telefoneó anoche… —dijo Holly.

Pam, sin dejar de llorar, movió afirmativamente la cabeza.

Cuando la señora Hollister subió del lavadero, situado en el sótano, abrazó a su desconsolada hija, diciéndole:

—No te preocupes, Pam. Pero no puede salirles nada bien a muchachos que gastan bromas tan pesadas como ésta.

—Claro. Además, todavía tenemos a «Domingo» —dijo Ricky.

Pam hizo un esfuerzo por sonreír.

—Y puede ser que el «Dorado» no se hubiera llevado bien con «Domingo» —añadió Sue, muy seria.

—Bueno. No todo va a ser malo. Esta tarde tenemos una fiesta —anunció la señora Hollister.

—¿De quién es el cumpleaños? —preguntó el pelirrojo.

—De nadie —repuso la madre—. Pero como Nadia se marcha mañana para Italia, la señora Hunter y yo hemos pensado que es una buena idea el que todos los niños os reunáis para despedirla.

Después de lavarse la cara con agua fría y peinarse, Pam se reunió con los otros en el patio trasero, donde se habían iniciado los preparativos para la fiesta. Todos sus hermanos procuraron ser muy amables con ella y Holly le dijo:

—Te has quedado sin un caballo, pero eso no es tan malo como perder un tío de verdad, como le ha pasado a Nadia.

Pam dio un beso a su hermanita y entre las dos dispusieron la larga mesa de la merienda, a la sombra de un árbol.

A la hora de la comida llegó el señor Hollister con un ejemplar del periódico de la mañana. Allí aparecía la fotografía de los niños y un artículo hablando del espectáculo de polichinelas.

—Me gustaría que Joey viera esto —confesó Ricky—. Va a darle una rabia…

A las tres, Nadia, Ann y Jeff llegaron acompañados de sus madres. La señora Hunter llevaba una gran tarta. La estaba dejando en la mesa de la merienda cuando entró en el patio la gordita Donna Martin. Casi detrás de ella apareció Dave Meade.

—Se trata de una fiesta de despedida —explicó la señora Hollister a los niños—. Espero que Nadia tenga un buen recuerdo de sus amigos de Estados Unidos.

—Claro que sí —contestó, tímidamente, la niña morenita—. Me gustaría quedarme aquí más tiempo, pero tenemos que buscar al tío Giovanni.

—¡Cuánto me gustaría que no tuvieses que marcharte! —dijo Pam.

—Puede que volvamos a vernos cualquier día —repuso la señora Boschi en tono festivo.

—¿Y si hacéis algún juego? —propuso la señora Hollister—. Éste no es un momento para ponerse tristes.

—¿Quién quiere dar un paseo en burro? —preguntó Pete.

Y cuando por todo el patio sonaron gritos, diciendo: «¡yo, yo!», Pete fue al garaje y paseó a «Domingo» por delante de los niños. El burro llevaba un collar de papel rizado y una gran pluma amarilla sujeta en lo alto de la testuz.

—¡Oh! «L'anisello» —exclamó Nadia con entusiasmo—. ¡Qué burrito tan lindo!

Holly y Sue anunciaron orgullosamente que ellas habían sido quienes adornaron al animalito. La pluma procedía de un sombrero viejo de la señora Hollister, que había sido encontrado en la buhardilla.

Nadia fue la primera en dar un paseo a lomos de «Domingo». La niña extranjera sonreía ampliamente, mientras Pete conducía al animal alrededor del patio, por el que dio tres vueltas completas. Cuando Nadia desmontó, los demás, por turno, dieron también un paseo. Luego los chicos decidieron jugar a «Caballo Fuerte» y la traviesa Holly se unió a ellos inmediatamente. Saltó bien sobre Ricky y sobre Jeff, pero Pete resultó demasiado alto para ella y la pequeña cayó de cabeza sobre el césped.



—Hagamos un coro musical para que podamos participar todos —propuso Pam.

Ella, Holly y los chicos entraron en la casa y volvieron con sillas suficientes para el juego. Donna ayudó a Sue a transportar el piano de juguete que la señora Hollister colocó sobre la mesa de la merienda. Ricky fue a buscar su armónica.

—¿Qué vas a hacer con eso? —preguntó Jeff Hunter.

—Voy a tocarla.

Cuando las sillas estuvieron colocadas, la joven madre tocó una alegre pieza en el piano de Sue. Ricky le acompañó con la armónica, mientras caminaba marcialmente, seguido de los demás niños. Cuando concluyó la música todos corrieron a buscar asiento. Pete no llegó a tiempo y quedó de pie.

—¡Has perdido! —rió, alegremente, la traviesa Holly.

Volvió a sonar la música y los niños empezaran a desfilar. Esta vez, cuando el piano quedó silencioso, Ricky continuó tocando la armónica y Holly, distraída, siguió desfilando sola. Cuando terminó la breve carrera en busca de asiento, Holly estaba sola, en pie, y muy enfurruñada.

—¡Ha sido trampa! ¡Ricky, me has engañado! —protestó.

—Lo siento —repuso el pecoso, conteniendo la risa—. No he oído que paraba el piano.

Pero, antes de que Holly pudiera contestar, la señora Hollister volvió a tocar el piano. Esta vez, Ricky no fue tan rápido como Sue

y quedó fuera del juego. Al final sólo quedaron Nadia y Dave Meade.

Volvió a sonar el piano, más alegremente que nunca, y los dos niños reían a carcajadas, mientras caminaban, mirando atentamente la última silla. Cesó la música. Nadia se deslizó, veloz, hasta la silla. Casi al mismo tiempo, llegó Dave que… ¡quedó sentado en el regazo de la niña!

¡Qué algazara se produjo entre los pequeños espectadores! Al darse cuenta de lo que había pasado, Dave se levantó tan rápidamente que cayó sentado en la hierba. Todavía estaban todos riendo, cuando la señora Hunter anunció que era hora de saborear el helado y la tarta. Todos parecían muy contentos, excepto Holly que miraba oblicuamente al pelirrojo, sin olvidar la broma de la armónica.

Cuando terminó la fiesta, la señora Boschi y su hija dieron las gracias a todo el mundo y se despidieron.

—Iré a verte mañana, antes de que te vayas —prometió Pam.

Aquella noche, al meterse en la cama, Pete exclamó:

—¡Zambomba, qué día tan ajetreado!

—Sí. Pero yo tengo que encontrar un modo de hacer pagar a Joey lo que ha hecho —afirmó Ricky.

El pelirrojo se despertó a medianoche, y en lugar de intentar volver a dormir, empezó a pensar en el modo de gastar una broma al camorrista.

Mientras pensaba, Ricky oyó ruido en el exterior. Se levantó y miró por la ventana. Por el camino del jardín llegaba un coche con los faros apagados. El coche llegó ante la casa, sumido en la oscuridad. Cuando se detuvo, una portezuela se abrió sigilosamente y del vehículo salió alguien. «Zip» estaba durmiendo en el porche y no dio más que un gruñido.

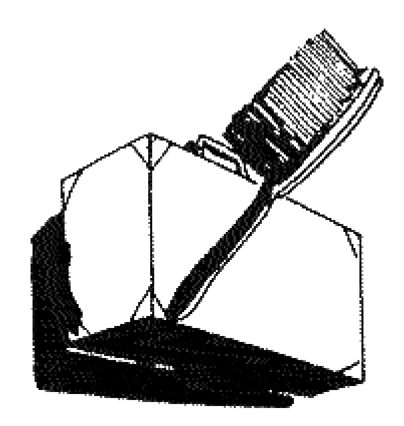
Ricky cruzó a toda prisa la habitación y sacudió a Pete para despertarle.

—¡Chist! No hagas ruido. Vamos abajo, Pete. Alguien ha entrado sigilosamente en nuestro patio.

Sin despertar a nadie más, los dos muchachos bajaron las escaleras de puntillas y cruzaron la sala. Cuando llegaron al porche, el misterioso intruso estaba a punto de hacer girar el picaporte de la

puerta vidriera. ¡Inmediatamente, Pete encendió la luz!

EL ADULTO RICKY



Instantáneamente, las luces que se encendieron en el porche permitieron ver quién era el hombre que entraba en la casa.

¡Era nada menos que tío Russ!

—¡Zambomba! —exclamó Pete a media voz—. No te esperábamos, tío Russ.

Russell Hollister era el hermano menor del padre de los Hollister. También era atractivo y más alto y delgado que John Hollister. Vivía con su esposa (la tía Marge) y sus dos hijos (Teddy y Jean) en la ciudad de Crestwood. Tío Russ era un dibujante cuyas historietas cómicas se publicaban en todos los periódicos de la nación.

—¡Chiisst! —suplicó el visitante, mientras entraba en la casa, sonriendo ampliamente—. No despertéis a nadie.

Y sin hacer ruido, dejó en el suelo el maletín.

—Pero ¿por qué no nos dijiste por teléfono que ibas a venir, canastos? —preguntó el pecoso, oprimiendo cariñosamente la mano de su tío.

—He podido hacer el viaje sin interrupciones y, aunque pensaba pasar la noche en un motel que hay a unas cien millas de aquí,

como hace una noche tan agradable, decidí seguir adelante.

Tío Russ añadió que no había telefoneado por no despertar a la familia.

«Zip» se acercó, meneando el rabo, y lamió la mano libre de tío Russ.

—Dormiré aquí, en el diván —dijo el tío.

—No es necesario eso —replicó Pete.

Y Ricky, con aires de hombre maduro, añadió:

—Claro que no, tío Russ. Tú puedes dormir en mi cama y yo me acostaré con Pete.

—¿Seguro que no os importa?

Los dos hermanos aseguraron que no y Pete tomó el maletín de su tío. El dibujante se quitó los zapatos y subió de puntillas con sus sobrinos.

Después de alborotar cariñosamente el cabello rojizo de Ricky, tío Russ cuchicheó las buenas noches. Los dos chicos se metieron en la misma cama y todo volvió a quedar silencioso.

A la mañana siguiente, fue Holly la primera en abrir los ojos. Sin hacer ruido se acercó a la cama de Sue y la despertó para decirle:

—Quiero gastarle una broma a Ricky por lo que me hizo ayer durante el juego de música.

Sue se incorporó en la cama, bostezando, y sus grandes ojos parpadearon.

—¿Qué broma? —preguntó.

—Le haré cosquillas o algo así…

—Bueno. Pero hay que ir sin hacer ruidos —advirtió la chiquitina a su hermana.

Todavía en pijama, las dos niñas, aguantando la risa, se encaminaron sigilosamente a la habitación de Ricky. A la ligera claridad del amanecer, Holly abrió la puerta silenciosamente. El durmiente de la cama de Ricky estaba encogido y con la cabeza cubierta por la sábana. La ropa había quedado suelta por la parte de los pies.

Holly se aproximó al tocador con mucho cuidado y cogió un cepillo. Sue casi no podía contener la risa, mientras observaba a su hermana que, con mil precauciones, estaba levantando la sábana, para meter el cepillo y cosquillear las plantas de los pies del

durmiente.



De repente, la persona que ocupaba la cama dio un grito de sorpresa y saltó al suelo, frotándose los ojos, mientras Holly quedaba como clavada en el suelo, levantando la vista con incredulidad, y Sue salía corriendo a buscar ayuda en su madre.

—¡Qué miedo! ¡Ha pasado una cosa «tirrible»! ¡Ricky se ha hecho un hombrote grandísimo! —gritaba Sue, despavorida.

Los alaridos de la pequeñita despertaron la alarma en toda la familia. Tomando a Sue de la mano, la señora Hollister y Pam corrieron a la habitación de los chicos para ver qué había sucedido. Cuando vieron a tío Russ, Holly y los chicos quedaron doblados por la cintura de tanto reír, y también ellas prorrumpieron en carcajadas.

—De modo que éste es Ricky, convertido en un hombre —rió la señora Hollister, mientras se acababa de abrochar la bata.

—Creí que estaba haciendo cosquillas en los pies de Ricky —admitió Holly, avergonzada.

En seguida empezaron todos a asaetar con preguntas al

dibujante.

—¿Qué estás haciendo en Shoreham?

—¿Dónde están Teddy y Jean?

—¿Te quedarás con nosotros unos días?

El tío levanto los brazos, mostrando desaliento, y dijo:

—Contestaré a todas las preguntas durante el desayuno, suponiendo que vuestra madre me sirva pestiños.

—¡Canastos! ¡Claro que mamá hará pestiños! —afirmó Ricky.

En poco más de media hora, todo el mundo se había lavado y vestido y la pasta de los pestiños estaba preparada.

—Creo que sería agradable desayunar en el jardín —propuso la señora Hollister.

—¡Sí, sí! —se entusiasmó Pam, y se apresuró a extender la mesa plegable que había utilizado el día antes para la fiesta de Nadia.

Pronto las fuentes de pestiños, crujiente tocino frito, jarras de jarabe de arce y espumosos vasos de leche estuvieron a punto para alimentar a los hambrientos Hollister.

—¡Hummm! Magnífico —dijo el tío Russ, mientras todos saboreaban el desayuno—. Ahora, ya me siento con humor para hablar.

El dibujante, sentado entre Sue y Holly, explicó que había salido de viaje hacia Italia.

—¡Canastos! ¡Qué suerte! Tú podrías ayudar a Nadia a resolver un misterio —propuso Ricky.

Tío Russ dejó sobre el plato el pestiño que estaba a punto de comer, y preguntó:

—¿Un misterio en Italia? Pero ¿acaso no os basta con resolver misterios en América?

—No creas que es cosa nuestra —explicó Pam—. Es que la amiga italiana de Ann Hunter no encuentra a su tío-abuelo.

—¡Chiist! —pidió Holly—. ¿Por qué no dejáis que el tío nos diga lo que tiene que hacer?

—Holly está de mi lado —bromeó tío Russ—. Me voy a Milán.

—¿Para qué? —indagó Pete.

El dibujante explicó que Milán era el centro de las publicaciones cómicas de toda Europa. Iba a aquella ciudad para firmar un contrato que permitiría que sus historietas se publicasen en muchos

países extranjeros.

—¡Vaya, tío Russ! —se asombró Holly—. Yo no sabía que hablaras tantos idiomas.

—No los hablo, hijita. Las traducciones las harán en Milán.

—¡Qué «mocionante»! —murmuró Sue, mientras batallaba por alcanzar con la lengua una gotita del jarabe que le resbalaba por la barbilla—. ¿Van contigo Teddy, Jean y tía Marge?

Tío Russ contestó que su esposa y sus dos hijos habían ido a visitar a la familia de tía Marge, que vivía en la Costa Oeste.

—De modo que tengo que hacer el viaje solo. Pero tengo una buena idea para no estar tan aburrido —añadió, con una sonrisa. Y mientras la señora Hollister servía leche a Sue, dijo—: Me gustaría llevar a Pete y Pam como invitados en este viaje.

Todos dejaron de comer a un tiempo, para mirar al dibujante con asombro.

—¿Qué hay de extraño en mi invitación? —preguntó, sonriendo, el tío—. Vosotros dos tenéis pasaporte, ¿verdad?

—Sí, sí —repuso Pete.

—Y nosotros ¿qué? —preguntó Holly, con carita tristona.

El tío replicó que no podía llevarse a todos. En otra ocasión serían los más pequeños quienes le acompañasen en una de sus excursiones.

—¡Por el amor de Dios, Russ! Eres demasiado generoso —dijo el señor Hollister.

Pam miró a Ricky, Holly y Sue y después a su madre.

—Creo que no debemos ir —declaró, al fin—. Siempre hemos ido juntos a todas partes.

—Pero ahora ya somos bastante mayores —protestó Pete—. A mí me gustaría mucho ir contigo, tío Russ.

Holly se mordió los labios y, mientras se retorcía nerviosamente una de las trencitas, murmuró:

—Tú también debes ir, Pam.

—Claro, claro. Así no te pasarás el día esperando al cartero —comentó Ricky, altruista.



Entonces intervino la madre, para decir:

—Me parece una magnífica idea. ¿Cuánto tiempo estaréis fuera, Russ?

—Todo depende de una cosa extra-especial que tengo que hacer.

—¿Algo diferente a tus historietas? —preguntó Pete.

El tío asintió.

—¿Qué es? —insistió Ricky.

—Sue, ¿quieres hacerme un favor? —pidió el dibujante.

La pequeñita apartó de su lado el plato vacío y contestó:

—Sí, tío Russ.

—Si subes a la habitación y me traes la carpeta que está en mi maletín, os mostraré qué cosa es.

La pequeña dejó la servilleta y entró en la casa, corriendo. En el silencio de la mañana, todos pudieron oír sus pasos subiendo las

escaleras hacia el dormitorio.

—Sé que va a ser una sorpresa para todos —dijo el tío, mientras aguardaban a que Sue hiciese el recado.

De repente, todos se sobresaltaron al oír un estrépito. ¡Bum, bum, bum! Parecía como si alguien estuviera rodando por las escaleras.

—¡Quiera el Señor que no haya ocurrido nada! —exclamó la señora Hollister.

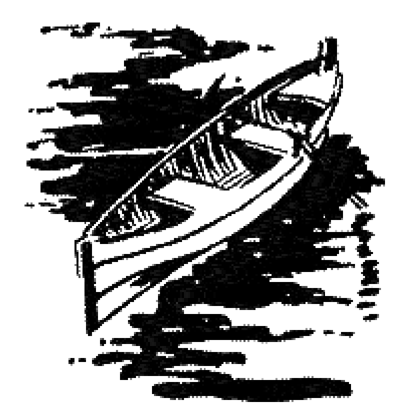
Todos corrieron a la casa y miraron hacia las escaleras. Sue estaba en el escalón más alto. Al pie de las escaleras estaba el maletín.

—¡Ooh! —exclamó tío Russ, llevándose una mano a la frente muy preocupado—. Si lo que va dentro se ha roto, al Presidente no va a gustarle.

—¿A qué Presidente? —preguntó Pete.

—Al de los Estados Unidos de América.

¿QUIÉN ES QUIÉN?



—¡Canastos! ¿Es algún rompecabezas, tío Russ? —preguntó el pecoso.

Desde lo alto de las escaleras llegó la vocecita de Sue, disculpándose.

—No he querido ser traviesa —dijo, empezando a bajar paso a paso—, pero no podía abrir tu maletín, tío Russ. Por eso he querido bajarlo todo y… ¡plum! Se cayó.

El dibujante manipuló en la cremallera del maletín y lo abrió. Mientras toda la familia Hollister le miraba, intrigada, tío Russ sacó con cuidado una caja de cartón. Levantó la tapa de la caja y dentro apareció un objeto, envuelto en papel de seda, que crujió ligeramente cuando el dibujante lo sacó con muchas precauciones.

¡Era una hermosa concha marina, blanca y rosada, tan grande como la cabeza de Ricky!

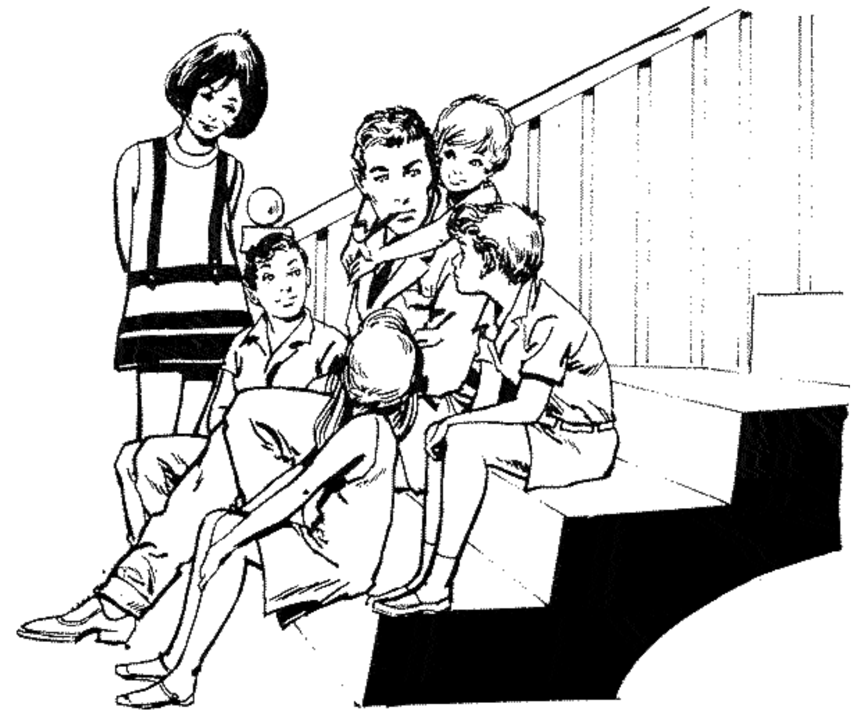
Tío Russ le dio vueltas en sus manos y exhaló un suspiro de alivio.

—Gracias a Dios no está rota.

—Entonces, el Presidente no se enfadará contigo —dijo Holly.

—¡Zambomba! —exclamó Pete, rascándose la cabeza—. ¿Qué es

todo esto, tío Russ?



—Una historia singular.

Los niños se sentaron en los escalones y el señor y la señora Hollister escucharon con gran interés, mientras su huésped empezaba a hablar.

—El Presidente de los Estados Unidos —explicó tío Russ— encontró esta concha tan perfecta, hace muchos años, en una isla del sur del Pacífico. Ahora quiere hacer con ella un camafeo para regalárselo a la Primera Dama del país el día de su cumpleaños.

—¿Un camafeo? ¿Qué es eso? —quiso saber el pecoso.

La señora Hollister explicó a sus hijos que un camafeo era una pieza de joyería que se hacía esculpiendo una piedra preciosa o una bonita concha marina.

—Eso es —concordó el dibujante—. Y esta concha tiene un delicado color rosa. ¿Lo veis? Un famoso artista italiano que se llama Pietro Caramagna quitará esta parte de aquí y esculpirá un camafeo que se parezca al rostro de la Primera Dama.

—¡Qué interesante! —dijo Pam—. ¿Y tú eres el mensajero que

va a llevar la concha a Italia, tío Russ?

Él asintió, sonriendo.

—Conozco bien al señor Caramagna y también al secretario del Presidente. Éste me encargó que fuese a Milán para ver a Pietro y entregarle la concha.

Pam fue a consultar su enciclopedia y, en poco rato, se enteró de muchas cosas sobre los camafeos. Descubrió que el arte de hacer camafeos empezó en Mesopotamia y Egipto.

—¿Y siempre tienen cara de señora? —preguntó Ricky, algo aburrido.

—No —respondió Pam—. En la enciclopedia dice que los griegos y los romanos grababan en los camafeos, además de retratos, escenas de guerra y caza. Debe de ser difícil de hacer.

Entonces, Pam leyó en la enciclopedia que los artesanos esculpían las figuras en la capa más exterior de la concha para que quedase en relieve sobre una capa inferior, de color diferente.

—Y escuchad esto otro —continuó Pam—. En las épocas de decadencia del arte se perdió la costumbre de los camafeos. Pero volvió a revivir en Italia, durante el Renacimiento. Se utilizaron los camafeos en pulseras, pendientes, collares y broches.

El tío informó:

—Los grabadores de conchas italianos son muy expertos. El señor Caramagna tiene una fábrica y muchos artesanos empleados.

—¡Qué emocionante! —comentó la señora Hollister—. Pensar que esta concha va a convertirse en una joya para la esposa del Presidente, en la Casa Blanca…

Los niños miraron con orgullo a su tío, que tenía conocidos tan importantes.

—Russ —dijo, entonces, el señor Hollister—, conviene que tengas cuidado con esta concha.

—Tienes razón, John. Por eso necesito dos guardaespaldas durante mi viaje a Milán —bromeó tío Russ.

—Aquí tienes uno —dijo Pete, poniéndose en pie muy erguido.

—Pam, tú eres el otro guardaespaldas —decidió Holly, pasando cariñosamente el brazo por la cintura de su hermana—. No nos importa que te vayas. De verdad.

—Creo que Holly tiene razón —concordó la señora Hollister—.

Si el tío quiere llevaros, a mí me parece estupendo.

—Iré contigo, tío Russ —accedió Pam, muy contenta—. Tengo algo para que puedas llevar bien esa concha.

Inmediatamente subió las escaleras y volvió al poco con un «neceser» cuadrado, de su madre. Allí encajó la concha, diciendo:

—No la perderé de vista hasta que lleguemos a Milán.

—¡Viva! ¡Pete y Pam se van a Italia! —gritó, alegremente, Ricky, dando una voltereta sobre la alfombra de la sala.

Pam se volvió a su madre para preguntarle si sería tan amable de darle la noticia, en el caso de que hubiera ganado algún premio pequeño en el concurso.

—Claro que sí, hijita —prometió la señora Hollister—. Ahora hay mucho que hacer, si os habéis de preparar para el viaje.

Después de ayudar a su madre en los quehaceres de la casa, Pam fue a casa de Ann Hunter a darle la noticia.

—¿A que no sabes una cosa, Nadia? —dijo a la niña italiana que salió a recibirla a la puerta—. ¡Nos vamos a Italia!

Casi sin aliento, Pam contó los planes de tío Russ a sus dos amigas.

—Y mientras estemos allí, procuraré resolver el misterio de la desaparición de tu tío —prometió a Nadia.

—¡Ojalá puedas! —repuso la italiana—. Pero debes aprender a decir algunas palabras en italiano.

—Me parece bien. Ven a casa que buscaremos un rincón tranquilo para que puedas enseñarnos a Pete y a mí a hablar algo en tu idioma.

Las tres niñas marcharon a casa de los Hollister. Pete propuso salir en la barca de remos por el lago, para que nadie les estorbase. A toda prisa buscó Pam cuatro lápices y cuadernos, y todos corrieron al embarcadero.

Nadia se sentó en frente de Ann y Pam, en el asiento posterior y Pete se encargó de remar. El agua estaba calmada y tibia, en la mañana llena de sol. Cuando Pete dejó los remos y se volvió de frente a la niña italiana, Ann, con una risilla, dijo:

—¡Pareces una maestra frente a una clase, Nadia!

—Pues la primera palabra que vais a aprender es «hola» —contestó la morenita, con una sonrisa.

Pam repartió lápices y papel. En grandes letras Nadia escribió «c-i-a-o» y lo sostuvo en alto para que sus alumnos lo vieran.

Pete sonrió, preguntando:

—¿Hay que decirlo o estornudarlo?

—Se pronuncia «chao» —dijo Nadia.

—«Chao» —repitieron todos, y copiaron en sus cuadernos lo que Nadia había escrito.

—La misma palabra vale para decir adiós —explicó la italiana.

—Una palabra de doble significado —dijo Pam.

—Otro modo de decir adiós es «arrivederci» —añadió Nadia—. Es una palabra más seria y quiere decir «hasta la vista».

—¿Cómo se dice «por favor»? —preguntó Pam.

—«Per favore» y gracias se dice «grazie».

—«Per favore» —dijeron los alumnos a coro—. «Grazie».

—«Prego» —añadió Nadia, escribiendo la palabra en grandes letras.

—Eso quiere decir «perdón», ¿verdad? —dijo Pam.

—Eso es —contestó la joven maestra, que señalándose a sí misma, siguió diciendo—: «Mi chiamo» Nadia Boschi. Ahora tú, Ann, dinos cómo te llamas.

—«Mi chiamo» Ann Hunter —dijo su amiga, con una risita.

—Estupendo —aplaudió Nadia—. Si necesitáis preguntar a un desconocido su nombre, debéis decir: «¿Cómo si chiama?».



Como fuera que, al decir aquella frase, Nadia miraba a Pete, éste contestó con premura:

—«Mi chiamo» Pete Hollister.

Y todos rieron alegremente. Llevaban un rato practicando, cuando la señora Hollister les llamó desde el embarcadero y Pete remó hacia allí.

—Pam —dijo la madre—, tenemos que hablar sobre tus vestidos. Estoy segura de que tus amigas nos disculparán.

—Sí, señora Hollister —contestó Nadia, sonriendo.

—«Ciao» —dijo Pam, también sonriente.

Y sus amigas respondieron con la misma palabra.

—Esto me recuerda que estoy hambriento —dijo Pete.

—La comida estará dentro de una hora, hijo.

A la hora prometida la madre sirvió bocadillos de queso fundido, leche y pastel de chocolate. Apenas habían acabado los niños de comer, cuando se detuvieron ante la casa los Hunter, Nadia y su madre. La señora Hollister y sus hijos se acercaron al coche para saludarles.

—Hemos venido a decirles «arrivederci» —dijo la señora Boschi —. Nos ha emocionado saber que Pete y Pam van a ir a Italia.

—Ojalá pudiéramos ir todos los demás —repuso la señora Hollister.

—Si sus hijos pasan por Roma, no deben dejar de visitarnos —insistió la madre de Nadia.

—Te hemos traído una cosa —dijo Nadia a Pam, abriendo su bolsito. De él sacó una minúscula cabeza de polichinela—. El tío Giovanni hizo varias. Él siempre llevaba una, como amuleto de la suerte. Es igual que los polichinelas que hacía en tamaño corriente. Se reconoce por esto.

Nadia señalaba un lunar chiquitín, pintado en un lado de la nariz del polichinela.

—¿Puedo quedarme con él? —preguntó Pam.

—Claro. Es tuyo, Y hay algo más —dijo la niña italiana, dando a Pam una pequeña fotografía de su tío-abuelo.

—Pues es muy guapo —afirmó Pam, mirando la foto.

Giovanni Boschi era un hombre de aspecto aristocrático. Tenía la nariz recta, los ojos oscuros y profundos, el cabello blanco y abundante y un blanco bigotillo de guías.

—¡Zambomba! —exclamó Pete—. Yo le reconocería ya en cualquier parte.

—«Grazie» —dijo Pam, inclinándose a dar un beso a Nadia.

Mientras el coche se alejaba, Pete dio un ligero codazo a su hermana, diciendo:

—Ya tenemos dos buenas pistas, para empezar.

—¡Estoy deseando que nos vayamos! —repuso su hermana.

Los dos siguientes días pasaron igual que un sueño para Pete y Pam. Los dos hicieron aceleradamente los preparativos para cruzar en avión, con el tío Russ, el océano Atlántico. Por fin, el lunes, llegó el momento de marchar. La señora Hollister iba al volante de la furgoneta, mientras que su marido se sentó al volante del coche de su hermano.

—¿Todos preparados? —preguntó la madre.

El coro de «¡sí, sí!» fue interrumpido por el timbre del teléfono.

—¿Quieres bajar a averiguar quién es, Ricky? —pidió la señora Hollister.

El chiquillo bajó de la furgoneta y corrió a la casa.

—Ricky Hollister al aparato, ¿con quién hablo?

La voz que llegaba desde el otro extremo era clara y profunda.

—Tengo un mensaje para Pam Hollister. Ha ganado…

—¡Ya no puedes engañarnos, Joey! —atajó Ricky—. Además, tenemos mucha prisa. Adiós.

El pequeño colgó, muy decidido, y salió a todo correr.

—No era nada importante —dijo, mientras subía a la parte posterior de la furgoneta.

Pero, cuando los dos vehículos de su familia salían por el camino del jardín, los ojos del pecoso se abrieron y abrieron hasta casi desorbitarse. Allí, en la curva inmediata a la casa, estaba Joey y Will, pedaleando en sus bicicletas.

Durante todo el trayecto al aeropuerto, Ricky estuvo reflexionando sobre el extraño aspecto que toman, a veces, los acontecimientos. ¿Habría sido, realmente, Joey quien telefoneó? Y si fue él, ¿cómo pudo llegar tan rápidamente frente a la casa de los Hollister?



«¿Quién es quién, canastos?», pensaba el pecoso.

Y siguió pensando en lo mismo, mientras observaba cómo Pete, Pam y tío Russ dejaban los equipajes para encaminarse al aparato.

Unos minutos más tarde, el avión se elevaba por los cielos y parecía que apenas habían pasado unos minutos cuando, en Nueva York, cambiaron de aparato, para instalarse en el que les había de llevar a través del Atlántico.

—Pellízcame, Pete —pidió Pam, cuando estuvieron a cientos de

metros sobre el nivel del mar—. No me parece verdad lo que está pasando.

—Claro que lo es —replicó Pete—. Ahí abajo tenemos un océano de verdad. ¿No ves aquel barco tan pequeño?

Al poco rato sirvieron una apetitosa comida y, al terminarla, Pam se reclinó en el asiento. Empezaba a adormilarse cuando alguien le dio un golpecito en el hombro. Pam levantó la vista y pudo ver una manga azul con cuatro galones.

—¡Ponte de pie, zambomba! —exclamó Pete—. Es el capitán del avión.

—¿Pam Hollister? —preguntó el oficial a la niña.

—Sí, señor.

—Tengo un recado urgente para ti.

UNA DESAGRADABLE CONFUSIÓN



La mano de Pam Hollister temblaba de nerviosismo, mientras la niña leía la nota que el capitán del avión acababa de darle.

—¡Oh! —exclamó—. ¡No!

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Pete, muy alarmado.

Incluso el tío Russ, por lo general siempre sonriente, se había puesto muy serio.

—He ganado el primer premio del concurso. ¡Un viaje alrededor del mundo para dos! Me lo comunica mamá.

El capitán sonrió, al decir:

—Estaba seguro de que el recado iba a complacerte.

Y se ofreció para enviar a América, por radio, cualquier mensaje que la niña quisiera redactar.

Varios pasajeros se habían vuelto a mirar al grupo. Cuando Pete les explicó cuál era la emocionante noticia que su hermana acababa de recibir, todos movieron la cabeza, comprensivamente, y sonrieron. Una señora que iba cerca de Pam, al otro lado del pasillo, comentó:

—Pero tú ya has salido de viaje. Puede que no les importe darte el dinero, en lugar de los pasajes.

—No. No voy a pedir el dinero —contestó la niña.

Los Hollister hablaron del asunto, mientras el gran avión sobrevolaba el océano.

—Tal vez convenga que Pam regrese —dijo tío Russ.

—A mí eso me parece una pérdida de tiempo —objetó Pam.

—Tienes razón —concordó el tío.

Después de permanecer unos minutos en silencio, Pam se volvió a los otros dos con el rostro resplandeciente de alegría.

—¡Ya sé lo que podemos hacer! En lugar de un viaje alrededor del mundo para dos, puedo pedir un viaje a la mitad del mundo, para cuatro.

—No te entiendo —confesó Pete.

—¿No te das cuenta? Con cuatro billetes, mamá, Sue, Holly y Ricky podrían reunirse con nosotros en Italia.

—Eres muy generosa, Pam —dijo el tío, con admiración—. Bien pensado, me parece una gran idea. Si tu madre y tus hermanos vienen, podréis quedaros en Italia más tiempo del que iba a estar yo.

—¡Eso es! ¡Hasta que se resuelva el misterio de Giovanni Boschi! —dijo Pete.

Pam empezó a hacer planes sobre dónde podrían reunirse, pero el tío Russ aconsejó, sensatamente:

—Antes, hay que averiguar si puede hacerse.

Y dio a su sobrina lápiz y papel para que ella redactase un telegrama para su familia. Acompañados por una azafata, Pete y Pam fueron a entregar el mensaje al capitán, que, al leerlo, sonrió ampliamente.

—Una gran idea —aplaudió, pasando la nota al radiotelegrafista.

Cuando el avión tomó tierra en Milán, Russ Hollister estaba tan nervioso, a causa del premio de Pam, como los mismos niños.

—Tu madre sabe el nombre del hotel. En cuanto haga las averiguaciones sobre el premio, puede ponerse en contacto con nosotros.

Pam cogió fuertemente, en una mano, el estuche de tocador, y bajó del aparato. En la terminal, tío Russ dijo:

—Pete, Pam y tú vigilad los equipajes, que bajarán por la plataforma, mientras yo voy a cambiar algunos dólares por dinero

italiano.

Los pasajeros se arremolinaron ante la plataforma baja donde se iban entregando los equipajes. Pete miró a su alrededor, observando que el pasillo de salida llevaba hasta un uniformado oficial de aduanas, que se sentaba tras una cabina de cristal. En la puerta, ante el corredor, se veía un guardia uniformado.

—Mira. Ahí llegan algunos equipajes —dijo Pam.

Los dos hermanos observaron atentamente, mientras las maletas iban descendiendo por la plataforma. Pete vio, a distancia, los que les pertenecían y se acercó a pedirlas. Pam quedó unos momentos sola, y se puso de puntillas para poder mirar entre los hombros de los mayores. De repente, sintió cómo una mano se apoderaba de su estuche de tocador. Y tiró con tal fuerza que arrancó el asa de la mano de Pam. Girando sobre sus talones, vio a una robusta mujer que la miraba con ojos de indignación.

—¡Dame ese estuche! —ordenó la mujer, enfurecida—. ¡Se necesita frescura para llevarse el equipaje ajeno!

—¡Es mío! —protestó Pam—. ¡Devuélvamelo, por favor!

La mujer no estaba de humor para discutir. Con la maleta en una mano y en la otra el estuche con la concha, la viajera se abrió paso entre la multitud, camino del oficial de aduanas. En el primer momento, Pam buscó con desespero a Pete y su tío. Pero no viendo a ninguno de los dos, intentó abrirse camino entre el gentío para alcanzar a la mujer. Cuando la niña llegó a la puerta de la aduana, la viajera estaba ya mostrando su pasaporte. Delante de ella había tres pasajeros más y Pam se sintió desesperada.



—¡Espere, señora! ¡Espere! —gritó la niña—. ¡Ha tomado usted mi estuche por equivocación!

Pam quiso adelantar a la gente que aguardaba, en fila, pero el hombre uniformado la detuvo.

—Tengo que alcanzar a aquella señora —le explicó la niña—. Se ha llevado una cosa mía, sin darse cuenta.

La señora se guardó el pasaporte en el bolso y volvió la cabeza, haciendo un gesto de enfado.

—Esa jovencita se equivoca —dijo, tranquilamente, y se alejó a buen paso.

A Pam le latía el corazón apresuradamente. Tío Russell había confiado la concha para el camafeo del Presidente… ¡Y ahora ella lo acababa de perder!

—¡Por favor! «Per favore!». ¡Déjeme pasar! —suplicó, muy apurada, Pam, dirigiéndose al guardia—. ¡Volveré ahora mismo! En

cuanto me devuelvan mi estuche.

Entre tanto la mujer estaba a punto de desaparecer, caminando a buen paso hacia la parada de taxis. El guardia, que parecía muy confuso, preguntó:

—¿Dónde está tu madre?

—En América… Pero ahora no puedo explicarle nada. Déjeme pasar. Le prometo que vuelvo en seguida.

El guardia hizo señas a otro hombre uniformado que estaba cerca del mostrador de equipajes y que se acercó en seguida. Los dos hablaron unos instantes en italiano y el segundo guardia dijo, al poco:

—Ven conmigo.

Y escoltó a la niña hasta pasar la oficina de aduanas. Una vez al otro lado de la puerta, Pam corrió hacia la parada de taxis. La mujer estaba a punto de entrar en un vehículo y Pam se acercó como una flecha y cogió el estuche con las dos manos. La gruesa viajera se volvió, sorprendida, y gritó:

—¡Vete de aquí!

Ya el guardia estaba junto a Pam y, como hablaba inglés, pudo preguntar qué era lo que estaba sucediendo.

—Esta cría quiere robarme el estuche —declaró la señora carnosa.

—Puede que usted tenga uno igual, pero éste es mío —protestó Pam—. Mire. Aquí está el nombre de mi madre.

Los tres se quedaron mirando la plaquita de identificación que colgaba del asa.

—¿Es usted la señora Elaine Hollister? —preguntó el guardia a la señora gruesa.

—¿Yo…? No… No.

—¡Pues yo me llamo Pam Hollister! —anunció la niña.

—En tal caso, esto pertenece a la jovencita —decidió el guardia.

La señora gruesa estaba más colorada que un tomate maduro.

—Bueno… Cualquiera puede equivocarse —masculló—. Mi estuche es exactamente igual a éste. No. Puede que un poquito más grande.

Pam dio las gracias al guardia y volvió a toda prisa a donde se había quedado su hermano. Cuando llegó a la plataforma de

equipajes, Pete y tío Russ la estaban buscando.

—¡Por fin estás aquí! —exclamó el tío—. ¿Dónde te habías metido, Pam?

Mientras la niña explicaba lo ocurrido, Pete vio en la plataforma de equipajes un último estuche. Era igual al de Pam, aunque un poco más grande. La mujer gruesa se acercó a buen paso, lo cogió y, sacudiendo la cabeza en señal de enfado, se alejó con actitud muy digna.

—¡Bueno! Por lo menos, has salvado la concha para el camafeo —dijo Pete.

Russ Hollister alabó la firmeza de Pam, que no se había dejado amilanar por nada, hasta que recobró el maletín. Entre los tres recogieron las maletas y, después de presentar los pasaportes, subieron a un taxi.

—¡Por fin estamos en Italia! —exclamó Pete, mientras el conductor les llevaba hacia la ciudad.

A lo lejos, por el norte, se podía ver el contorno de unas montañas.

—Ahí empiezan los Alpes —explicó el tío.

Y añadió que Milán estaba enclavada en una vasta y fértil planicie que ocupaba la mayor parte del norte de Italia. El taxi avanzaba a toda prisa por la carretera y no tardó en penetrar en unas calles que llevaban al centro de Milán. Allí se detuvieron a la entrada de un hotel.

A cada uno de los recién llegados se le dio la llave de una habitación individual. Al entrar en la suya el tío dijo a los niños:

—Nos reuniremos en el vestíbulo, dentro de una hora. Será cuando llegue el señor Caramagna.

Pam entregó a su tío el estuche y cada uno se metió en su habitación para descansar y refrescarse después del viaje sobre el océano.

Una hora más tarde los dos hermanos se encontraron en el vestíbulo, donde el tío Russ ya estaba hablando con un caballero italiano de aspecto distinguido. El señor Caramagna era alto y tenía el rostro delgado y la expresión preocupada. Sus manos eran largas y delgadas, pero resultaron muy firmes cuando estrecharon las de los niños americanos.

—Celebro que hayas recobrado la caracola —dijo a Pam el señor Caramagna, haciendo una ligera inclinación de cabeza. Y se volvió a tío Russ para añadir—: Lamento no cenar con ustedes, pero debo volver inmediatamente a Nápoles con la caracola.

—¿Allí es donde tiene usted la fábrica? —preguntó Pete.

—Está entre Nápoles y Pompeya.

El señor Caramagna explicó que tendría que trabajar de firme, noche y día, si quería tener acabado el camafeo para el cumpleaños de la primera dama norteamericana.

—Sentimos mucho que no pueda usted acompañarnos —dijo Russ Hollister.

—Hay mucho trabajo, no sólo para mí sino también para los empleados de mi fábrica.

Por lo visto había una gran demanda de camafeos tanto modernos como antiguos.

—Cuando vayan ustedes hacia el sur, les mostraré la mayor colección de camafeos que hay en Italia. Los tengo en las salas de exhibición de la fábrica Caramagna.

Después de guardar la caracola en su maletín, el señor Caramagna se despidió de los Hollister y dejó el hotel.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Pete a su tío.

—La Galería está cerca de aquí —repuso el dibujante—. Quizá podamos cenar allí.

—¡Zambomba! Vamos —dijo Pete, alegremente.

Salieron del hotel y, al poco rato, llegaron al edificio más extraño que Pete o Pam vieran nunca. En la parte central, como si fuera una amplia calle, había una arcada de varios pisos de altura. Estaba cubierta por un cristal curvado. A ambos lados de la Galería había tiendas y restaurantes.

Tío Russ llevó a los niños a un café, con mesas y sillas instaladas en el exterior, a un lado de la arcada. Allí cenaron y observaron a la gente que entraba y salía. Cuando terminaron, tío Russ dijo:

—Ahora tengo una gran sorpresa para vosotros.

—¿Qué es? ¿Qué es? —preguntó Pam.

—Ya veréis.

Los tres se encaminaron al otro extremo de la Galería y se encontraron con una escena que quitaba el aliento. Ante ellos

aparecía una gran plaza o «piazza» y a un lado se elevaba una bella catedral.

—¡Ooh! —se entusiasmó Pam—. ¡Qué preciosidad!

—Esto se llama el Duomo de Milán y su construcción llevó cuatrocientos años.

—¡Qué espiras tan bonitas! —observó Pam, mientras se acercaban a la antigua iglesia.

Los visitantes admiraron las estatuas que decoraban la parte superior. En el extremo de casi cada una de las espiras, había una de dichas estatuas.

Después de contemplar largamente la catedral y regresar al hotel, Pete propuso ir a la policía para hacer averiguaciones sobre la desaparición de Giovanni Boschi. Un taxi les llevó en poco rato al cuartelillo, donde encontraron a un hombre de expresión severa, sentado a una mesa escritorio, donde un cartelito decía: «Il Capitano». El hombre escuchó las explicaciones de los Hollister y luego contestó:

—Es un misterio para nosotros. Aceptaremos de buena gana la ayuda de cualquiera.

El día en que se encontró la motocicleta de Giovanni Boschi había estado lloviendo muchas horas.

—Daba la impresión de que el vehículo hubiera sido atropellado por un coche —concluyó el capitán.

—¿Podríamos visitar el lugar donde se encontró? —preguntó Pam.

—Ésta es una petición muy singular —dijo el hombre, que se quedó contemplando unos momentos los rostros serios de sus visitantes. Por fin, con una sonrisa, anunció—: Lo arreglaré para mañana. Uno de mis «carabinieri» les esperará a ustedes frente al hotel, a las diez de la mañana.

—«Grazie, Capitano» —dijo Pete.

—«Prego» —le repuso el oficial.

A la mañana siguiente, a las nueve, tío Russ pidió que le proporcionasen un coche de alquiler. Puntualmente, a las diez, un oficial de policía apareció en su motocicleta.

—Si me siguen, yo les llevaré a donde tuvo lugar el accidente —dijo el «carabinieri».

La motocicleta corría delante de los Hollister, ascendiendo por una calle, descendiendo por otra, hasta llegar a las afueras de la ciudad, al este de la Autostrada. Varios kilómetros después de haber salido de los límites de la ciudad, el policía se detuvo a un lado de la carretera y tío Russ aparcó detrás.

—Éste es el lugar —dijo el hombre de la policía.

El trecho que señalaba, a un lado de la carretera, era una superficie de barro seco con unas pocas briznas de hierba. Mientras los Hollister salían del coche, el hombre dijo:

—Ahora debo irme.

Y después de saludar, volvió a poner en marcha la moto.

—Tenemos que buscar pistas —decidió Pam—. Ven, tío Russ, tú puedes ayudarnos.

—Pero ¿por dónde empiezo? Yo no soy detective como vosotros.

Pam opinó que, si Giovanni Boschi había dejado caer algo en el lodo aquel día, lo más fácil era que se hubiese endurecido en el barro. Pete y ella encontraron unos palitos y con ellos empezaron a hurgar en el barro seco. *

De vez en cuando encontraban piedrecillas, pero nada más. El tío les ayudó en la búsqueda, utilizando una varilla de hierro que encontró en el coche.

—Por aquí no hay nada —sentenció Pete, cuando llevaban casi una hora escarbando. Y en aquel mismo instante exclamó—: ¡Vaya! ¿Qué será esto? Un trozo de tela…

Pam se acercó, inmediatamente, a su hermano, y los dos con mucho cuidado escarbaron la tierra alrededor de la tela. Luego, Pete dio un tirón de ello y sacó un pequeño polichinela.



—Se parece al que nos dio Nadia —dijo Pam.

Pete sacudió el barro seco que cubría al muñequito y Pam lo limpió con su pañuelo. A un lado de la nariz del polichinela se veía un lunar. Era el distintivo de Giovanni Boschi.

Pete volvió el muñequito boca abajo, para mirar el interior de la cabeza, pero el hueco correspondiente al cuello estaba taponado de barro seco. Pete hurgó con el dedo y pronto rozó con la uña un pedazo de papel. Después de sacarlo con cuidado y alisarlo, pudo leer la palabra «aiuto» escrito allí.

—¡Qué pista tan buena! —exclamó Pam—. Aunque no sé lo que quiere decir.

Los tres Hollister subieron al coche y se trasladaron con toda la rapidez posible al hotel. Mientras su tío buscaba sitio donde aparcar, los dos hermanos corrieron a hablar con el conserje del hotel.

—¿Qué quiere decir esto? —preguntó Pam, mostrando al hombre la nota.

El empleado leyó el papel y, luego, miró a los niños con extrañeza, contestando:

—Quiere decir «ayuda» o «socorro».

UN MENSAJE DESDE VENECIA



—«Grazie» —dijo Pam y, al girar sobre sus talones estuvo a punto de tropezar con su tío, que ya había entrado en el vestíbulo.

—Esa palabra italiana quiere decir «socorro» —explicó Pete, muy nervioso—. Creo que debemos hablar con la policía ahora mismo.

Con el muñeco y la nota en manos de Pam, los tres se encaminaron a la policía y entregaron las pistas que habían encontrado en la Autostrada.

El «capitano» quedó muy sorprendido con el descubrimiento que habían hecho los niños americanos. Y dijo que aquello era una pista muy concreta de que Giovanni Boschi había caído en manos de secuestradores.

Pero ¿quién pudo hacerlo? La policía ya se había puesto en contacto con los amigos de Giovanni sin lograr averiguar otra cosa, sino que aquel hombre no tenía enemigos conocidos.

Los Hollister y el oficial de policía estuvieron comentando por qué habrían querido secuestrar a una persona tan buena y simpática como aquel ancianito.

—Indudablemente, no habrá sido para obligarle a que

confeccione polichinelas —comentó el policía, sacudiendo la cabeza.

—Puede que la motocicleta la averiasen después de secuestrarle, para hacer creer a todos que el señor Giovanni había tenido un accidente —opinó Pete.

El capitán movió afirmativamente la cabeza.

—Nosotros pensamos que pudo sufrir un golpe en la cabeza, perder la memoria y marchar de la escena del accidente, sin saber a dónde. Ahora podemos estar seguros de que ha sido secuestrado.

Pam opinó que se debía informar a Nadia inmediatamente de aquella nueva pista. El capitán pidió conferencia con Roma y, al momento, pasó el auricular a la niña americana.

—¿Nadia? Soy Pam Hollister. Pete y yo estamos en Milán con el tío Russ.

A continuación contó a la niña italiana el descubrimiento que habían hecho. Mirando a la cara a su hermana, Pete pudo darse cuenta de que también ella estaba recibiendo información importante. Después de estar hablando unos pocos minutos, Pam colgó y se dirigió a los demás, explicando:

—Nadia y su madre han recibido una postal procedente de Venecia.

—¿La envió Giovanni?

—Eso creen. Aunque no dice nada. Sólo se ve el perfil de un polichinela.

—¿Qué quieres decir? ¿Una narizota y la barbilla saliente? —preguntó el chico.

Pam asintió y tío Russ intervino, diciendo:



—A veces, los artistas dibujan más de prisa que escriben.

Pam dijo que la postal era una fotografía de la Campanile, alta torre construida junto a la Catedral de San Marcos.

Durante todo aquel tiempo el capitán de la policía estuvo tomando notas de lo que decía Pam. Luego comentó:

—El dibujo de la postal debe de ser un mensaje secreto.

Pete y Pam opinaban lo mismo. En el teatro, el polichinela siempre se encuentra en conflictos. Tal vez el señor Boschi quería dar a entender que también él tenía problemas. El policía dijo que iba a ponerse inmediatamente en contacto con las autoridades de

Venecia.

—Tendremos que ir allí en seguida, tío Russ —opinó Pete—. A lo mejor encontramos la pista de Giovanni Boschi.

El dibujante movió negativamente la cabeza.

—Lo siento, pero no puedo llevaros.

Los dos hermanos quedaron muy desencantados, cuando su tío les explicó que tenía una cita importante con un editor, a la mañana siguiente. Era algo que no podía dejar para otro momento.

El resto del día lo empleó el dibujante en llevar a sus sobrinos a contemplar la pintura original de «La Última Cena», de Leonardo da Vinci. Esta pintura cubría toda una pared de una antigua estancia que había sido un comedor o refectorio de monjes.

—Es un milagro que haya sobrevivido a la última guerra —comentó el tío Russ—. Este edificio quedó en ruinas.

—Pero lo restauraron —repuso Pam, mientras miraba la famosa pintura.

Cuando salieron de la fría iglesia y volvieron a gozar del cálido sol de Italia, Pam volvió a pensar en el desaparecido Giovanni. Aunque le había gustado su visita a Milán, estaba impaciente por trabajar en el último misterio.

A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, el tío dijo:

—Lamento no poder llevaros a Venecia. Pero, mientras yo estoy ausente, tengo un trabajo que encargaros. Lo harás tú, Pam.

Buscó en su maletín, del que sacó un cuaderno y lápiz.

—Quisiera que me hicieseis algunos bocetos del Duomo. Podéis subir a la torre. Tendréis una magnífica vista.

Luego advirtió a los niños que no debían ir más allá de la Galería y la Catedral.

—Volved al hotel a la hora de la comida, pero cuidado, no vayáis a perderos.

—No te preocupes por nosotros, tío Russ —dijo Pete, con una amplia sonrisa—. No somos Ricky y Holly.

El tío Russ cerró su maletín, se puso en pie y se alejó, dispuesto a dedicar todo el día a sus negocios. Pete y Pam salieron del hotel, camino de la Galería. Después de visitar alguna de las tiendas, se sentaron a una mesita de un café y pidieron un chocolate caliente.

Mientras Pete miraba con curiosidad cuanto les rodeaba, Pam,

entre sorbo y sorbo de chocolate, fue haciendo un boceto de la alta cúpula.

—¡Zambomba, qué gran dibujo! —alabó Pete una vez.

Incluso el camarero, de negra chaquetilla, se detenía de vez en cuando a observar el trabajo de Pam. Al cabo de un rato, le dio un golpecito en el hombro, diciendo:

—Tengo un recado para ti.

—¿Para mí? —se asombró la niña.

Dejando el lápiz, la niña cogió un sobre blanco que le ofrecía el camarero.

—¿Quién se lo ha dado? —preguntó Pete.

—Un hombre que se sentaba detrás de vosotros. Creí que estaba admirando el boceto.

Pete se volvió sobre su asiento, pero no vio a ningún hombre cerca.

—Acaba de marcharse —dijo él camarero.

—A lo mejor eso es una nota echándote piropos por el dibujo —bromeó Pete.

La niña abrió el sobre y sacó un pedazo de papel blanco, doblado. En el papel había varias palabras escritas en italiano.

—¿Qué dice? —preguntó la niña, mirando al camarero.

El hombre frunció el ceño.

—No me gusta lo que estoy leyendo.

—¡Zambomba! ¿Es algo malo? —inquirió Pete.

—Me temo que sí. —El camarero inclinó la cabeza y apretó los labios, antes de leer—: «Dejad de buscar. Estáis en peligro».

Pete miró en torno suyo con angustia. Pam también se sintió muy asustada. Ella y su hermano se miraron interrogativamente. ¿Quién, aparte de la policía, podía saber que estaban buscando a Giovanni?

Pete miró, muy serio, al camarero para preguntarle:

—¿Puede describir usted al hombre que le dio esta nota?

—Era bajo y con bigote.

—Gracias —dijo el muchacho, pagando a continuación lo que debían por los chocolates. Y en voz baja dijo a su hermana—: Vamos, Pam. Marchémonos de aquí.

Los dos hermanos volvieron al hotel a toda prisa.

—Me da la impresión de que nos siguen —dijo Pam, cuando entraron, corriendo, en el vestíbulo.

Pete pulsó el timbre del ascensor y los dos subieron a la habitación de Pam.

—Estoy preocupada —dijo la niña, dejándose caer en una butaca.

—Es muy raro. Alguien debió de oír nuestra conversación con Nadia.

—¿Dónde? ¿En el cuartelillo de policía?

Pete se encogió de hombros.

—Esto se está convirtiendo en un verdadero misterio.

—Preferiría que no estuviéramos solos —comentó Pam—. Si Ricky y Holly estuvieran aquí todo sería más entretenido.

Pete y Pam se quedaron en la habitación de la niña, escribiendo a los amigos de Shoreham, hasta la hora de comer. A esa hora bajaron al comedor del hotel. Mientras comían estuvieron vigilando por si se veía aparecer a algún hombre bajo, con bigote negro. Pero no vieron a nadie con tales características.

Acabado el postre, consistente en jugosa fruta del tiempo, Pete dijo:

—No vamos a pasarnos todo el día sentados en el hotel, Pam. Yo creo que lo mejor será ir al Duomo en taxi. Nadie nos buscará en la torre.

El conserje avisó a un taxi y a los pocos minutos los niños estaban en el interior de la fría catedral. Los dos avanzaron entre los gigantescos pilares y giraron a la izquierda, donde un letrero señalaba dónde estaba el ascensor.

Subieron en el pequeño ascensor, con otros visitantes y salieron a las losas de mármol que cubrían el antiguo Duomo.

—¿Verdad que es precioso? —dijo Pam, emocionada, contemplando el complicado trabajo de las espiras.

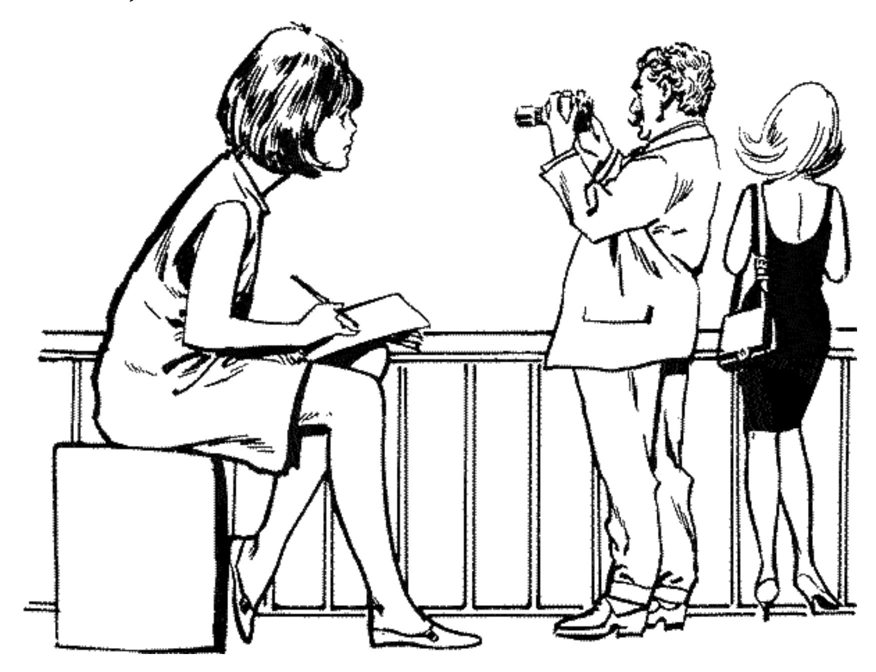
—¡Zambomba! Debió de llevar mucho tiempo hacer este trabajo.

Los niños se acercaron a una baranda de piedra y contemplaron la ciudad, que se extendía abajo. En torno a ellos, había otros turistas que tomaban fotografías.

—Mira —dijo Pete, señalando una escalera de caracol—. Aún se puede subir más arriba.

Pam contestó que prefería quedarse donde estaba y hacer un dibujo. Encontró hueco a la sombra de un pretil y se sentó en una piedra baja. Estaba colocando el papel sobre sus rodillas cuando se fijó en un hombre bajo y moreno, de pequeño bigote, que estaba tomando fotografías. La niña hizo una indicación a su hermano, murmurando:

—Mira, Pete.



El muchacho miró al hombre. Llevaba un traje bien cortado y corbata de seda. Su cabello iba peinado con pulcritud.

—Hay miles de hombres bajos con bigote negro, en Italia —dijo el chico a su hermana.

El hombre no les prestó la menor atención. Dejó la cámara fotográfica que llevaba al hombro sobre el repecho de piedra, y se reclinó para contemplar el paisaje.

—Debe de ser también un turista —comentó Pete.

Mientras el muchachito hablaba, un niño pasó junto al hombre y rozó la cámara, que osciló, a punto de caer. Pete se acercó, de un salto, y pudo coger la máquina en el último momento. Al darse cuenta de lo sucedido, el hombre sonrió y dijo:

—«Grazie».

Cuando Pete le contestó «prego», él le soltó una larga frase en italiano y el chico, que no le entendió, tuvo que explicar:

—Soy americano.

—¿Sí? Pues hablas muy bien el italiano.

—No conocemos más que una docena de palabras —dijo Pete, que luego presentó a su hermana y a sí mismo.

—Yo soy el conde Gallino, de Venecia —contestó el desconocido.

A Pam le gustó el agradable acento del italiano, pero prefirió no entablar una conversación larga con alguien a quien no conocían. Sin embargo, Pete fue menos precavido y, a los pocos momentos, estaba dando explicaciones al hombre sobre el viaje de los Hollister a Italia.

Pam miró a los ojos a su hermano y movió ligeramente la cabeza, deseando advertirle, pero Pete estaba distraído y no comprendió.

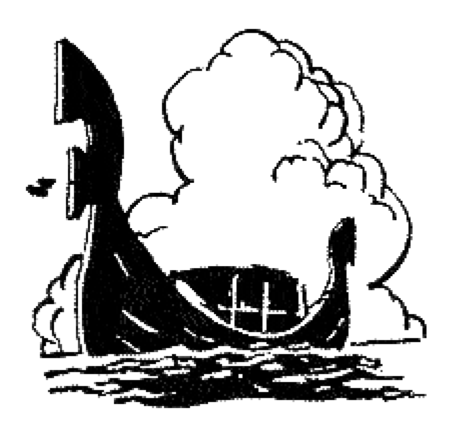
—Me gustan los americanos, porque son mis mejores clientes —estaba diciendo el hombre con una sonrisa. Y añadió que su familia poseía una famosa fábrica de cristal en Venecia. En seguida se apresuró a decir—: Me gustaría hacer unas cuantas fotografías más.

Él y Pete se alejaron, sin cesar de hablar.

Pam levantó la vista hacia las artísticas espiras que se recortaban, muy perfectas, entre el luminoso cielo azul. Su lápiz se movía con rapidez, mientras hacía un apunte de la obra de arte que estaba contemplando. Tan ensimismada estaba en el trabajo que, durante un rato, no volvió a pensar en su hermano. Por fin, al completar el dibujo, buscó a Pete con la vista. Y súbitamente el corazón le dio un salto en el pecho, porque no se veía a Pete por ninguna parte.

Pam dejó el boceto sobre la piedra en que se sentaba y, poniéndose en pie, miró en torno. ¡Pete y el hombre habían desaparecido!

UN MILLÓN DE PALOMAS



A la imaginación de Pam Hollister acudieron ideas terribles. ¿Acaso el hombre del bigote había secuestrado a su hermano? ¿Adónde le habría llevado? ¿Al lugar desconocido en donde retenían a Giovanni Boschi?

Asustadísima, Pam siguió mirando a todas partes e incluso se subió a la piedra para estar más segura de que Pete no se encontraba tras alguno de los visitantes del Duomo. A cierta distancia, pudo ver a un hombre uniformado que mostraba al público el camino hacia el ascensor.

Pam recogió el boceto y los lápices, y se encaminó a donde estaba el empleado. En su carrera, sobre las brillantes losas de mármol, una idea repentina acudió a su mente. Y Pam se volvió a mirar la espira principal, que se elevaba sobre la cúpula.

Allí vio dos siluetas, apoyadas sobre la barandilla, tomando fotografías. ¿Podían ser Pete y el desconocido? En aquel momento, oyó gritar:

—¡No te vayas, Pam! ¡En seguida bajo!

Pam suspiró, tranquilizada, y un escalofrío sacudió sus hombros. A los pocos minutos, Pete bajaba por la escalera de caracol para

correr junto a su hermana con una alegre sonrisa. Pero, al estar cerca, exclamó:

—¡Zambomba! Estás pálida, Pam. ¿Te encuentras bien?

La niña asintió con la cabeza y dijo:

—Estaba un poco preocupada por ti.

El conde Gallino, que llegaba detrás de Pete y oyó a la niña, se apresuró a decir:

—No tengas miedo, Pam. Tu hermano no corre peligro conmigo.

En aquel momento, pasó junto al grupo un sacerdote que acompañaba a los niños de una escuela.

—«Ciao» —dijo el sacerdote al conde, el cual movió la cabeza y respondió al saludo.

—El conde está de nuestro lado —explicó Pete a su hermana, que ya estaba perdiendo la palidez—. Está interesado en el caso Boschi.

—Tu hermano me habló de una misión especial que teníais que llevar a cabo —sonrió el italiano, dirigiéndose a Pam—, pero no me dijo de qué se trataba hasta que le probé mi identidad. Sois cautelosos, lo cual me da a entender que sois también buenos detectives.

Los tres charlaron un rato más y el conde dijo a los niños que si pasaban por Venecia no dejasen de ir a verle a la fábrica de cristal.

—Me encantará ayudaros —aseguró, inclinándose cortésmente ante Pam. Y en seguida estrechó la mano de los niños, que tomaron el ascensor para regresar rápidamente al hotel.

—¡Caramba! —murmuró Pam, mientras entraban, en el vestíbulo—. Si hoy tenemos una sorpresa más…

En aquel momento, al dejar atrás un grupo de tiestos, oyó exclamar:

—¡Eh!

Una diminuta personilla de cabello rubio llegó, saltando, junto a Pam. La mayor de los Hollister dio un grito de sorpresa, al tiempo que abrazaba a la pequeñita Sue.

—¡Queridita! ¿De dónde has salido?

—De la nada, pero estoy aquí —dijo Sue, repitiendo, entre risillas, una frase que su madre solía emplear.

Sonaron risas apagadas entre los tiestos antes de que aparecieran

Holly, Ricky y la señora Hollister. Las personas que cruzaban el vestíbulo se volvían a mirar, con simpatía, a la familia que tan cariñosamente se abrazaba y tesaba. Todos los niños empezaron a hablar a un tiempo, hasta que Pete pidió silencio, diciendo:

—Dejad que lo explique mamá.

Todos se sentaron en el largo sofá del vestíbulo y la señora Hollister contó a Pam y Pete lo que había sucedido. Los organizadores del concurso habían accedido a que el viaje por todo el mundo, para dos personas, fuese de sólo medio mundo, para cuatro viajeros.

—De modo que podemos visitar Italia juntos —concluyó la madre, rebosante de alegría.

Aún no habían tenido tiempo de subir a sus habitaciones cuando llegó el tío Russ.

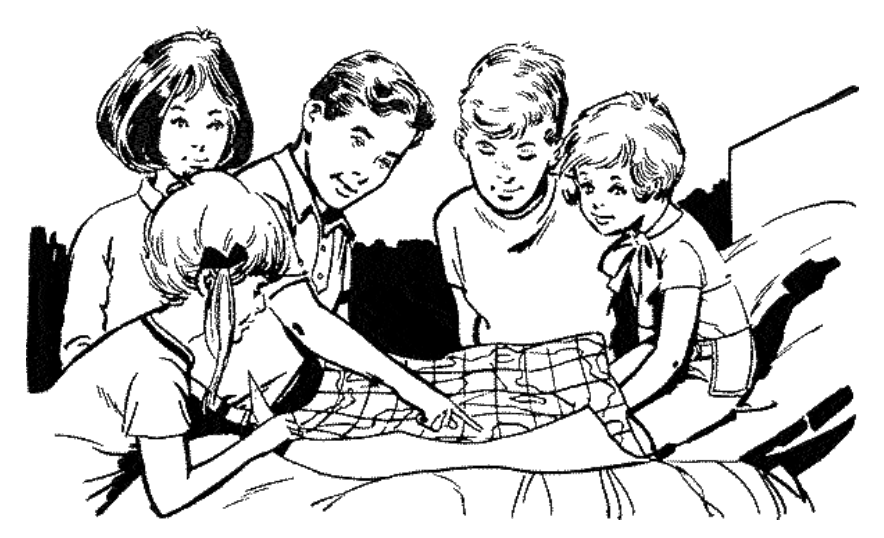
—¡Caramba! Parezco el tío de unas mónitas —rió, mientras Sue y Holly trepaban, literalmente, por él, para abrazarle.

Volvieron a repetirse las explicaciones de los recién llegados de América y, luego, tío Russ dijo:

—Ha sido una suerte que ya estéis aquí. Tengo que acudir urgentemente a Alemania, concretamente a Frankfort, y ya debo salir de viaje.

Los niños lamentaron mucho que su tío tuviera que dejarles, pero por suerte ya tenían la compañía de la señora Hollister.

—Tenemos que ir a Venecia lo antes posible —dijo Pete—. Yo creo que a Giovanni Boschi le tienen prisionero allí.



El resto de la tarde, lo pasó la familia muy entretenida, oyendo a Pete y Pam contar las novedades sobre el misterio que debían resolver en Italia. Después de la cena, el tío Russ se excusó para retirarse, porque tenía que escribir unas cartas sobre negocios. Los niños se reunieron en la habitación de la señora Hollister y en la cama de matrimonio extendieron un gran mapa de Italia. Sue montó a horcajadas sobre una almohada, mientras Holly y Ricky se quitaban los zapatos para instalarse en la cabecera y poder ver mejor.

—Cuidado, Ricky. Estás aplastando Venecia con una rodilla —advirtió el hermano mayor.

—Mirad. Es este trecho de la costa —añadió Pam.

Y la señora Hollister explicó:

—La ciudad fue construida sobre pequeñas islas, hace cientos de años.

—¿En islas? ¿A todos les gustaba nadar? —preguntó Holly.

—No. Es que creían que así estaban más a salvo de los invasores que solían bajar por los Alpes y guerrear en las ciudades italianas —explicó Pete, quien también pudo informar a sus hermanos de que la ciudad estaba comunicada por canales que hacían las veces de calles. Varias docenas de puentecillos permitían pasar de un lado a otro.

—¿Y qué hacen con los automóviles? —preguntó Ricky, atónito.

—Aparte de andar, no usan más medio de transporte que las

embarcaciones —contestó la madre.

Pam consultó la guía turística y se enteró de que los autobuses acuáticos se llamaban «vaporetti». «Se detienen en diversas paradas, como los autobuses en las calles de una ciudad», leyó Pam.

—Y no olvidéis que también hay góndolas —dijo Pete.

—Aquí veo la fotografía de una —contestó Pam, levantando la guía de manera que todos pudieran ver la alargada y baja embarcación. En la parte posterior se veía un hombre que sostenía con ambas manos un gran remo.

—Ése es el gondolero —dijo Pete.

—¡Canastos! ¡Qué divertido! —exclamó Ricky y, rápido como una centella, saltó al borde del tablero de los pies de la cama—. ¡Miradme! —gritó, empuñando un imaginario remo—: ¡Soy un bandolero!

—¡Gondolero, tonto! —le rectificó Holly que, al instante se estremecía y gritaba, asustada—: ¡Ricky!

—¡Cuidado! —le advirtieron los demás, a coro, mientras el pecoso sacudía los brazos con desespero, hasta acabar cayendo en la cama, justamente en el centro del mapa.

En aquel momento, llamaron a la puerta. Abrió la señora Hollister y el tío Russ entró.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó—. Os he oído desde el pasillo.

—Estábamos estudiando el mapa —dijo Ricky, gateando por la cama, mientras los demás reían.

Antes de que cada uno se retirase a dormir, la señora Hollister dijo que, al día siguiente, irían a Venecia, en un coche de alquiler. Y telefoneó a un hotel para que les reservasen habitaciones. Tío Russ no sabía cuánto tiempo habría de estar en Frankfort, pero prometió ponerse en contacto con su familia cuando regresase a Pompeya a recoger el camafeo.

—Dejad una nota al señor Caramagna, diciéndole dónde estáis —pidió el dibujante.

A la mañana siguiente, toda la familia se levantó temprano para hacer las maletas antes de desayunar. Después del desayuno fueron al coche, donde había una caja de cartón con bocadillos y refrescos, que la señora Hollister había encargado para comer.

Tío Russ se despidió y los niños se pusieron en camino para

Venecia, con la madre al volante del coche de alquiler. La señora Hollister condujo habilidosamente a través del abundante tráfico de Milán, llegó a la Autostrada y por ella tomó la dirección este. Por el camino, Pete y Pam señalaron el lugar en donde habían encontrado la cabeza del polichinela.

Al cabo de un rato, la carretera empezó a discurrir entre viñedos y trigales. Cada pocos kilómetros surgía algún castillo antiguo, en la cima de algún montículo, rodeado por un pueblecillo.

—Yo no sabía que en Italia hubiera tantos castillos —dijo Pam, contemplando aquel paisaje que parecía propio de algún cuento de hadas.

La señora Hollister conducía a una velocidad prudente, mientras otros coches pasaban junto a ellos como una exhalación. Faltaban unos cincuenta kilómetros para llegar a su destino, cuando la familia se detuvo a un lado de la carretera y comió los bocadillos.

—¡Venecia, próxima parada! —gritó alegremente Ricky, cuando el coche reanudó la marcha.

Media hora más tarde el coche llegaba a un puente y Holly exclamó:

—¡Ya hemos llegado!

—¡Canastos! ¿Qué haremos con el coche? —preguntó el pecoso.

—Anoche, mientras vosotros dormíais, yo leí unos folletos y me enteré de lo que hay que hacer al entrar en Venecia —explicó la madre, sonriendo.

—¡Un hurra por mamá! —pidió Sue—. Es tan listísima…

A los pocos minutos, la señora Hollister demostró que sabía perfectamente lo que había que hacer. Después de cruzar el puente, los niños vieron varios coches alineados a la entrada de un gran garaje de aparcamiento. Un amable policía les hizo señas para que entrasen en el edificio. La señora Hollister embocó un largo camino subterráneo y al poco se detuvo para que todos, excepto Pete, bajasen. Cuando se hubieron descargado los equipajes, pidió:

—Esperad a que Pete y yo regresemos.

Entonces, condujo por una rampa en espiral que subía y subía… En el quinto piso, la señora Hollister aparcó el coche. Luego, ella y Pete se encaminaron al ascensor para bajar al primer piso. Allí se encontraron con los demás, que estaban hablando con un robusto

mozo de cuerda que llevaba un blusón de percal.

—Vamos al «vaporetto» —dijo la señora Hollister, dando al hombre un puñado de monedas.

—«Grazie» —dijo el mozo, empezando a cargar los equipajes en una carretilla de mano.

La familia Hollister le siguió, saliendo del edificio y cruzando la calle hasta un gran embarcadero de madera… Allí la señora Hollister adquirió billetes para el «autobús» y dijo a los niños:

—A ver si estáis todos juntos y me seguís.

Todavía siguiendo al mozo de equipajes, todos se acercaron al borde del muelle. Un pequeño vapor se detuvo junto al embarcadero. En la parte delantera y en la posterior del vapor, había bancos para los pasajeros. En el centro, bajo una alta cabina en donde iba el piloto, había espacio para equipajes y pasajeros de pie.

Dos empleados amarraron la embarcación con una sólida cuerda y los pasajeros fueron subiendo a bordo con gran rapidez. La oleada de personas que entraba a toda prisa obligó a Holly a soltar la mano de Pam.

—Ven aquí, Holly —llamó, al momento, la hermana mayor.

El mozo subió al «vaporetto» delante de la familia y a los pocos momentos volvía a tierra, abriéndose paso entre los pasajeros que seguían subiendo. Tan pronto como el último pasajero hubo subido a bordo, se soltaron las amarras y se oyó zumbar el motor. En aquel momento, Pam exclamó:

—¡Holly! ¿Dónde estás?

La señora Hollister miró a su alrededor, contando a sus hijos. ¡Faltaba Holly!

—¡Está allí! —anunció Pete.

La pobre Holly estaba en el embarcadero, sacudiendo una mano, para llamar la atención de los suyos, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—No podemos dejar a Holly. ¿Qué vernos a hacer? —preguntó Ricky, muy preocupado.

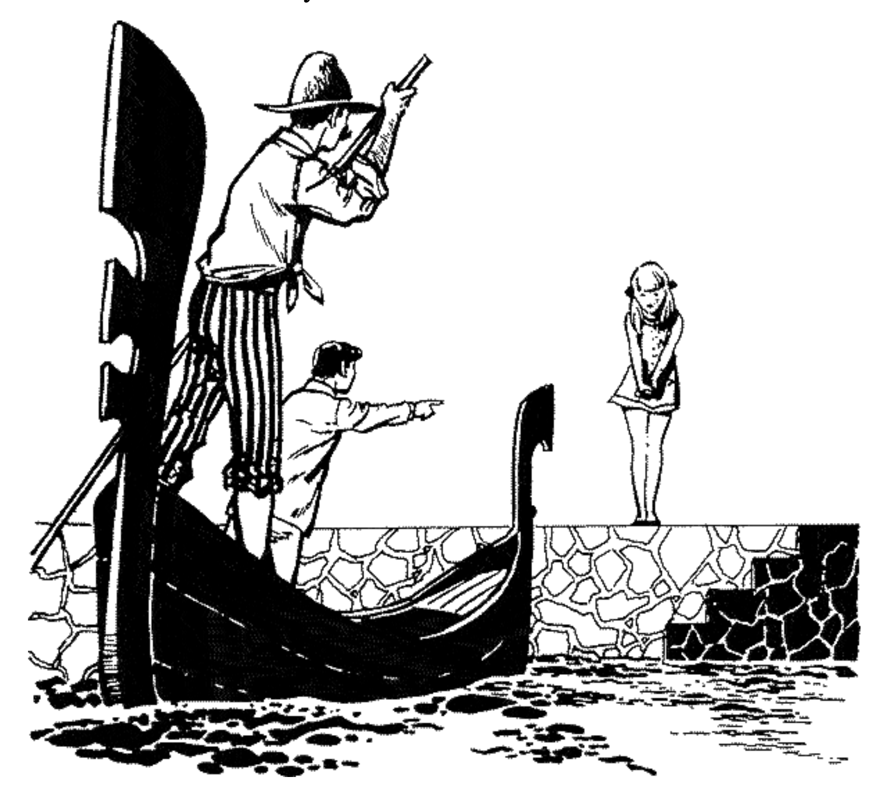
En aquel momento, pasaba una góndola junto al vapor. Pete, ante la mirada perpleja del gondolero, saltó a la cubierta de la pequeña embarcación y gritó a su madre:

—Haz que el piloto detenga el vapor. Yo iré a buscar a Holly.

Por gestos hizo comprender al gondolero que necesitaba recoger a su hermanita. El hombre asintió, con un cabeceo, y con enérgicos movimientos remó hasta el embarcadero. Holly saltó inmediatamente a la góndola. Entre tanto, el «vaporetto» se había detenido en mitad del Gran Canal. La góndola le dio alcance en dos minutos y, mientras Pete y su hermana subían a bordo, la señora Hollister tendió al gondolero unas monedas. El hombre sonrió, saludó con la mano a los niños y se alejó, remando.

—¡Vaya una entrada en Venecia! —suspiró la señora Hollister, mientras Holly la abrazaba.

El susto quedó pronto olvidado, mientras el «autobús» acuático avanzaba a lo largo del canal. Los Hollister veían ir y venir cientos de embarcaciones, mientras contemplaban las casas construidas a uno y otro lado del canal. Algunas tenían hasta tres y cuatro pisos, fachadas ornamentales y balaustradas.



—Esto es aún más bonito de lo que yo pensaba —dijo Pam.

El vaporcillo iba haciendo paradas, lo mismo que los autobuses en Shoreham. Primero se paraba a un lado del canal, luego al otro y la gente saltaba a tierra con gran prontitud.

—¡Zambomba! Hay que estar preparado, o alguien más se quedará rezagado —dijo Pete.

Al cabo de media hora la embarcación llegó ante un hermoso edificio rectangular, de mármol.

—Éste es el palacio de los Duces —informó la señora Hollister—. Nuestro hotel está muy cerca de aquí.

Los Duces, explicó la madre, habían sido los primeros gobernadores de Venecia. El vaporcillo se aproximó a la orilla y los niños pudieron ver una gran plaza en la que se levantaba la Catedral de San Marcos. Al lado se veía un alto campanario.

—¡El campanario! —gritó, sin poderlo evitar, Pam—. ¡El campanario de la postal de Giovanni!

—Ésta es la Plaza San Marcos —informó la madre.

La plaza desapareció de la vista de los pasajeros, mientras la embarcación seguía adelante, hasta la pared. Allí descendieron los Hollister y colocaron el equipaje en el muelle. En seguida apareció otro mozo, que les llevó las maletas a un hotel, próximo a la orilla del agua.

Cuando la familia se hubo acomodado en su «suite» ya era hora de cenar. Terminada la cena todos salieron a pasear a orillas del canal, giraron en una esquina, hacia el Palacio de los Duces y llegaron a la plaza de San Marcos. Había muchas mesas preparadas por los restaurantes de la plaza, para quienes querían cenar al aire libre y, además, las orquestas invadían el aire con su suave música.

Iba anocheciendo, mientras los viajeros americanos caminaban por calles estrechas donde abundaban las tiendas y restaurantes. El laberinto de callejas estaba atravesado por puentes que daban paso sobre los canales más pequeños.

—Éste sería un sitio estupendo para que alguien se escondiera —comentó Pete, hablando con su hermana mayor.

—Sí —concordó ella—. Creo que nos va a dar mucho trabajo encontrar a Giovanni Boschi.

—¿En dónde buscamos primero? —preguntó Ricky, mientras se

acercaba y aplastaba la naricilla en el escaparate de una tienda de recuerdos.

Pam opinó que lo mejor era empezar por el Campanile. A lo mejor la postal era una pista.

—Bien —asintió la madre—. Será lo primero que visitemos, mañana por la mañana.

Como no había tráfico rodado, la ciudad resultaba silenciosa y pacífica. Aquella noche los niños se durmieron en seguida y apenas les pareció que habían transcurrido unos minutos cuando ya era hora de levantarse.

En cuanto terminaron el desayuno, salieron todos a la calle, inundada de sol, y se encaminaron directamente al Campanile. La señora Hollister compró tickets para subir a la torre de observación y todos entraron en el ascensor.

¡Qué maravilloso panorama se contemplaba desde arriba! Los niños se aproximaron a la barandilla para mirar la vasta ciudad que se extendía abajo. Los viandantes de la Piazza San Marcos parecían minúsculas marionetas, movidas por hilos invisibles. Y las casas, con sus tejados de terracota, parecían formar un pueblecito de juguete.

Los jóvenes detectives escudriñaron el paisaje desde los cuatro lados de la torre.

—¿Ves alguna pista? —preguntó Ricky, a su hermano.

Pete tuvo que confesar que nada de lo que veía desde lo alto del Campanile le daba una idea de dónde podía estar Giovanni Boschi.

—Ya he visto bastante —dijo al poco rato, Holly—. ¿Por qué no bajamos?

El ascensor les llevó al pie del Campanile. Cuando salían a la plaza, Sue extendió su dedo gordezuelo, al tiempo que gritaba:

—¡Le veo! ¡Está allí!

Los niños se volvieron y vieron un anciano alto que cruzaba la plaza. Pam contuvo un grito. ¡El viejecito era igual que Giovanni Boschi! Pete y Pam avanzaron a grandes zancadas hacia el hombre, pero no echaron a correr porque no querían asustarle.

De pronto, cuando estaban en mitad de la plaza, las grandes campanas de la iglesia empezaron a sonar, dando las nueve de la mañana. Al instante, de todas partes surgieron bandadas de

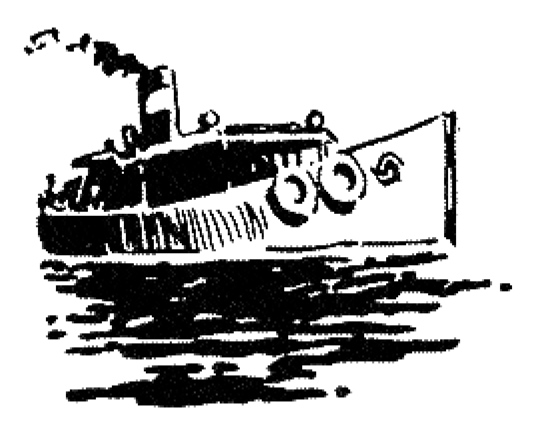
palomas.

—¡Canastos! —gritó Ricky—. ¡Hay un millón de palomas!

Las aves descendían en tropel hacia el extremo más apartado de la plaza, formando una negra nube que ocultó al hombre de cabellos blancos.



EL LADRÓN RESBALADIZO



Los niños se detuvieron en seco, ante aquel espectáculo. Parecía que todas las palomas de Venecia se hubieran reunido en la Piazza San Marcos. El aire se llenó del zumbido del batir de alas. Al fin, las aves acabaron por posarse en el pavimento, rodeando a dos hombres que les arrojaban puñados de maíz.

Un americano que pasaba por allí, notando la sorpresa de los Hollister, explicó:

—Todas las mañanas, a las nueve, se da de comer a las palomas. Cuando suenan las campanadas, saben que es su hora de alimentarse.

—Es una suerte para las palomas, pero una desgracia para nosotros —comentó Pete, antes de echar a correr en busca del señor de cabellos blancos, al que distinguió entre unas arcadas, al fondo de la plaza.

—¡Señor Boschi! —llamó el chico, aproximándose al hombre a todo correr.

El hombre se volvió y observó al muchacho con sus penetrantes ojos azules.

—Es usted el señor Boschi, ¿verdad?

El hombre se encogió de hombros e hizo un ademán de incomprensión, respondiendo:

—No hablo inglés.

Ya el resto de la familia se había acercado a Pete y Pam dijo:

—Hay que poner a prueba nuestro italiano.

—¿«Come si chiama»? —preguntó Pete al hombre.

—Rocco Martinelli —repuso amablemente el italiano, mostrando gran extrañeza.

—¡Vaya! Ahora resulta que no era él —se lamentó Ricky.

Pam sacó de su bolsita la fotografía de Giovanni Boschi y la enseñó al desconocido. Éste arqueó las cejas con sorpresa, durante unos minutos. Luego, moviendo negativamente la cabeza, sacó del bolsillo una tarjeta y se la tendió a la señora Hollister. Ella la leyó y dijo a sus hijos que aquel señor dirigía un restaurante de Venecia.

Desencantados, los niños le dieron las gracias. Él hizo una pequeña inclinación de cabeza y todos dijeron «Arrivederci».

Mientras el italiano se alejaba, Pam abrió el bolso, para volver a guardar la fotografía y entonces notó que el cierre estaba flojo.

—Pete, será mejor que lleves tú la fotografía y la cabeza de polichinela que nos dio Nadia. A mí se me pueden caer del bolso.

El chico se guardó ambas cosas en el bolsillo, mientras toda la familia cruzó la plaza en dirección al palacio de los Duces.

Los Hollister entraron en el antiguo edificio por un amplio patio y, luego, subieron unas escaleras hasta una galería donde se exhibían los cuadros más grandes que los niños vieran nunca.

—¡Qué maravillas! —exclamó Pam, sin aliento—. Debió de ser maravilloso vivir en aquellos tiempos antiguos.

La señora Hollister le recordó que también existieron costumbres muy crueles en aquellos lejanos tiempos.

—Acuérdate de los presos a los que se encerraba en mazmorras.

—¡Zambomba! ¿Podremos ver las mazmorras? —preguntó Pete.

La madre consultó la guía y condujo a los niños nuevamente abajo. Allí cruzaron un puente cubierto que atravesaba un estrecho canal.

—Éste es el puente de los suspiros —explicó la madre. Y mientras los niños contemplaban las aguas de abajo la señora Hollister explicó que algunos prisioneros que cruzaron aquel puente

nunca volvieron a ver el mundo exterior.

—¡Qué «pavorosio»! —murmuró Holly, agarrando con fuerza la mano de su madre.

Al poco llegaron a un sombrío pasadizo de piedra que conducía al húmedo interior de las mazmorras. Resonaban tétricamente los pasos, mientras los visitantes iban pasando ante las sólidas rejas.

—Sólo un gato podría escaparse de aquí —comentó Ricky, mientras pasaba una mano por el frío metal.

Después llegaron a la salida y Pam sujetó la puerta para dejar paso a su madre. En ese momento, se oyó algo así como un llanto, procedente de las mazmorras.

—¡Canastos! ¿Qué será eso? —se asombró Ricky.

—¡Qué curioso! —dijo la madre—. Me había parecido Sue. Pero ¿dónde está?

—Aquí no —repuso Pete.

Mientras regresaban por el pasadizo pudieron oír voces de asombro y pronto llegaron junto a un grupo de visitantes, reunidos ante una celda. ¡Dentro estaba Sue!

—¡Pero, guapina! ¿Cómo has entrado ahí? —preguntó Pam.

No sabiendo ya si llorar o reír, la asustada pequeña repuso:



—Si un gato podía entrar aquí, yo también puedo.

—Entonces, sal —ordenó la madre.

—¡Pero si no puedo! —se lamentó la pequeña.

—Inténtalo otra vez.

La pequeñita se colocó lateralmente y pasó una pierna entre los barrotes. Luego, pasó los hombros y en seguida lloriqueó:

—¡Ay, mamita! Antes, cuando entré, no tenía una cabezota tan grandota.

—Ten calma —le aconsejó Pete—. No vayas tan de prisa.

Mientras todos los presentes observaban, conteniendo la respiración, Sue metió la cabeza entre los barrotes. Durante unos pocos minutos la nariz de la pequeña quedó aplastada contra el hierro, pero, al fin, la cabeza pasó al otro lado sin sufrir daño.

—¡Vaya, vaya! —murmuró la madre—. Si llegas a comer un filete un poco más grande, ayer, te habría costado aún más salir de ahí, Sue.

Llevando a su hija menor bien asida de la mano, la señora Hollister condujo a su familia al exterior. Todos aspiraron profundamente el aire fresco que procedía del mar Adriático.

Holly miró intensamente un establecimiento que se encontraba en una esquina de la plaza y acabó diciendo:

—¡Tengo un apetito!…

—Es demasiado temprano para comer —repuso la madre—, pero podemos ir allí a tomar alguna pequeñez.

Mientras tomaban un riquísimo chocolate caliente, la señora Hollister explicó a sus hijos que Venecia era famosa por su cristal.

—Me gustaría enviar alguna bonita pieza de cristal a tía Marge.

—¿Por qué no vamos a la fábrica del conde Gallino? —propuso Pete.

Pam se ofreció para telefonear al italiano y averiguar cómo, exactamente, podían llegar a la fábrica. Mientras la señora Hollister pagó el consumo y los demás niños contemplaron el tráfico, Pam fue al interior del restaurante para hacer la llamada telefónica. Unos momentos después salía, riendo.

—¿Sabéis una cosa? El conde Gallino envía su lancha especial a recogernos a nuestro hotel.

Pam añadió que la fábrica estaba situada en una isla muy apartada del puerto.

—¡Canastos! Eso es estupendo —afirmó el pecoso.

Cinco minutos más tarde una motora se detenía ante el embarcadero del hotel, donde los Hollister aguardaban. Tenía una pequeña cabina y asientos para diez personas. El conde Gallino, en persona, iba al timón. Al ver a los americanos, les saludó con la mano, y gritó:

—«Buon giorno». ¡Buenos días! ¡Bien venidos a Venecia!

Pete y Pam presentaron al resto de la familia y todos entraron en la motora. El conde abrió la válvula y la embarcación se deslizó, veloz, sobre las aguas.

—¡Qué bella se ve Venecia desde el agua! —comentó la señora Hollister—. Ha sido usted muy amable, viniendo a buscarnos, conde

Gallino.

—Será un placer mostrarles mi fábrica.

Pronto llegó la embarcación a la isla. Allí fue amarrada y los visitantes bajaron a tierra. Su anfitrión les acompañó a un edificio extenso y poco alto.

—Primero me gustaría mostrarles cómo se hace el cristal —dijo, conduciendo a los Hollister a una pequeña sala en la que trabajaban dos hombres. En una esquina había un hogar con un lecho de carbones al rojo vivo. Sobre los carbones había una masa de cristal fundido, sujeta por unas tenazas que sostenía un hombre. El hombre retrocedió y se la dio a su compañero, el soplador de vidrio, que ajustó a la blanda masa en un tubo largo. Hinchando las mejillas, sopló y sopló, haciendo girar el tubo entre las palmas de sus manos.

Los Hollister miraban, fascinados, cómo la masa de vidrio se iba convirtiendo en una gran bola de cristal transparente. El otro hombre señaló un círculo alrededor de ello, golpeó un extremo y el círculo marcado se separó.

—¡Ya veo! —exclamó Holly—. ¡Va a ser un jarro!

—O una copa —añadió Pam.

El ayudante dejó el globo con mucho cuidado y calentó otra masa de vidrio al fuego. El soplador de vidrio hizo una especie de tallo y lo aplicó al globo.

—¡Sí! ¡Es un jarro! —dijo Pam a Holly—. ¡Qué bonito!

Cuando se completó la fabricación del jarro, el conde Gallino acompañó a sus visitantes al vestíbulo, subió cuatro escalones y todos entraron en una sala de exhibición. Alineada en las paredes se veían delicadas piezas de cristalería, de todas clases y colores.

Mientras sus hijos paseaban por la sala, contemplándolo todo ávidamente, la señora Hollister eligió una hermosa copa encarnada, decorada con una flor de lis dorada. Pagó su importe al conde y le dio la dirección de la tía Marge, en Crestwood, a donde debía enviarse.

Luego, el italiano reunió a todos sus visitantes para decirles, con gran orgullo:

—Ahora quiero enseñarles el más bello trabajo de nuestra fábrica. Es una Madonna de incalculable valor, hecha por el más famoso artista de Italia. Pero —añadió, con un guiño— no está a la

venta, «signora». Sólo pueden verla.

Los Hollister siguieron al conde hasta una pequeña antesala de la que, en aquel momento, salía un hombre con expresión aterrada. Habló atropelladamente en italiano y el conde se mostró perplejo.

—¿Robado? ¿Han robado la Madonna? —preguntó, incrédulo.

El empleado corrió a la ventana y señaló las aguas.

Una ligera embarcación negra, de potente motor fuera borda, corría hacia el corazón de Venecia. Los Hollister quedaron observando, sin saber qué hacer, mientras el propietario de la fábrica llamaba a varios empleados. A las tajantes órdenes del conde cada uno de los hombres contestaba con algunas frases en italiano. Cuando todos los demás se marcharon, el conde sacó un pañuelo para enjugarse el sudor de la frente.

—Lo lamento mucho, pero es que ha ocurrido algo terrible.

Un ladrón acababa de robar, no sólo la Madonna de cristal, sino también un delicado cuenco de intrincado diseño en lámina de oro, que era considerado el más exquisito de toda Venecia.

—¡A plena luz del día! —exclamó el conde, entristecido—. Debía de saber perfectamente dónde estaba cada pieza.

Según dijo el conde, los empleados de la fábrica habían visto al hombre varias veces, antes. Habían pensado que era un futuro comprador. Aquella mañana había vuelto a ir, llevando escondido bajo la chaqueta papel igual al que utilizaban en la fábrica para envolver las adquisiciones.

—El ladrón salió tranquilamente, como si hubiera comprado alguna pieza —dijo el conde—. Les ruego que me disculpen, pero debo ir a la policía. Mi empleado les llevará a ustedes al hotel.

Antes de salir, Pete pidió una muestra de papel de envolver. Un botones le dio una hoja. Era de color café, con una filigrana de rayas más claras y una letra G, dorada, cada seis centímetros. Pete dobló el papel y se lo guardó en el bolsillo, mientras un empleado del conde les acompañaba a la embarcación. Al poco rato, se encontraban delante del hotel.

—Quisiera poder ayudar al conde —dijo Pete. Y, de pronto, preguntó—: ¿A qué viene aquel alboroto de allí?

Junto al embarcadero del «vaporetto», se había reunido una multitud que miraba a los dos policías de una barca patrulla y a

otra motora inmediata. Los dos hermanos Hollister corrieron a ver y Ricky hizo señas a las niñas para que les siguieran.

—¡Es la motora que huyó de la fábrica! —observó Pete—. ¡Ya la han encontrado!

Era la misma embarcación que habían visto desde la ventana de la fábrica. Teniendo buen cuidado de no tocar nada en donde los ladrones hubieran podido dejar sus huellas, la policía ató una amarra a la parte delantera y se llevó la motora a remolque.

—¿Dónde la han encontrado? —preguntó Holly, luchando por ver algo entre el gentío que tenía delante.

—Ahí mismo —contestó una dama alta, con acento inglés—. Estaba ahí, vacía. Yo he visto acercarse la barca de la policía.

—Entonces el hombre debió de escapar por aquí mismo —opinó Pam.

—Y no hace mucho rato —añadió la señora Hollister, mirando a su alrededor.

De repente pareció muy asombrada. Demasiado emocionada para poder hablar, oprimió el brazo de Pete y señaló el cercano embarcadero.

Mezclado entre la multitud que esperaba a tomar el «vaporetto» había un hombre que llevaba dos paquetes oscuros, uno bajo cada brazo.

—¿Os parece que…? —empezó a murmurar.

—Hay que averiguarlo —decidió al momento Pete—. Ven, Pam. Ricky, sígueme.

—Tened mucho cuidado —pidió la madre—. Veré si localizo a un policía.

Pete, Pam y Ricky corrieron a la taquilla de billetes, donde Pete entregó las liras suficientes para adquirir tres pasajes. Los niños subieron al «vaporetto» en el momento en que éste estaba a punto de ponerse en marcha.

—¡Allí está! —murmuró Pete.

Los tres hermanos se abrieron paso entre la multitud para aproximarse al sospechoso. Con el pretexto de asomarse a ver mejor la ciudad, Pete se acercó más al hombre y pudo ver perfectamente los paquetes. ¡En el de tonos marrones y café se veían claramente grandes G! ¡Era indudable que los paquetes procedían de la fábrica

del conde!

Ricky estaba tan emocionado, que empezó a apretar fuertemente la mano de Pam, mientras miraba con insistencia al desconocido. Éste era alto y delgado, de rostro tosco y ojos oscuros y hundidos. El áspero cabello castaño le caía hasta los hombros. Llevaba camisa blanca y chaqueta color crema, todo ello bastante pulcro; pero la corbata se le había ladeado.

—Parece que tiene prisa por llegar a alguna parte —cuchicheó Ricky, hablando a su hermana.

Ahora Pete volvió junto a sus hermanos, diciendo:

—Yo creo que es el hombre que buscamos.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Pam.

Pete quedó unos momentos reflexionando; y por fin, propuso rodearle, al salir del «vaporetto» y sujetarle hasta recibir ayuda.

—¡Pero parece tan fuerte! —murmuró Pam, recelosa.

Mientras escuchaba las conversaciones en italiano de quienes les rodeaban, Pam lamentó no saber hablar el idioma del país.

«Pero, al menos, Pete y yo sabemos pedir socorro», pensó, recordando la nota que habían encontrado en la Autostrada.

El «vaporetto» se detuvo en una de las paradas, pero el hombre de los paquetes no se movió. En la siguiente parada, miró a su alrededor nerviosamente y se aproximó a la salida, pero tampoco bajó.

Los ojos de los tres niños no se apartaban de su presa. En la parada siguiente, el hombre apretó los brazos contra cada paquete y se abrió paso hacia la salida.

—¡No os separéis de mí! —dijo Pete a Pam y a Ricky.

Cuando el hombre salió de la embarcación, Pete se adelantó a los demás pasajeros, extendió sus brazos delante del hombre y gritó:

—¡Deténgase!

Pam y Ricky hicieron lo mismo. El hombre quedó tan asombrado que los niños pudieron sentir su cuerpo tenso, bajo las manos de los Hollister. Dejó caer uno de los paquetes y Pete soltó al hombre para coger lo que caía.



Soltándose de los otros niños, el ladrón salió a la carrera.

—¡Socorro! ¡«Aiuto»! —gritó Pam.

Los espectadores estaban tan asombrados como el fugitivo y no hicieron nada. Pete pasó el paquete a las manos de Pam y, mientras echaba a correr detrás del fugitivo, dijo:

—Llévalo a la policía.

Pete corrió a lo largo del embarcadero y luego por un callejón angosto. A cierta distancia, seguía viendo el cabello castaño de su perseguido.

Las piernas de Pete parecían volar sobre el suelo empedrado. ¡El hombre aún continuaba siendo visible! De pronto, giró en, una esquina, embocando una calleja aún más estrecha. Pete tuvo que frenar en su carrera para girar también. Y llegó en el momento preciso para ver cómo el hombre desaparecía por una puerta, en cuya parte superior se leía «Hotel».

A partir de ese momento, el muchacho avanzó con cautela. Miró al interior del establecimiento donde vio una sucia entrada y un hombre de cabello gris en pie tras un mostrador.

—Hola —saludó Pete—. ¿Ha visto usted entrar a un hombre?

—Americano, ¿eh? —comentó el hombre—. ¿Quieres ver al señor Olevi?

—Sí —murmuró Pete, tragando saliva con dificultad.

—Habitación 205 —dijo el hombre, señalando con el pulgar unas escaleras. Y añadió, con un encogimiento de hombros—: Éste es un hotel pequeño. No hay ascensor.

Pete subió los escalones de dos en dos y avanzó por un pasillo, al final del cual había una ventana desde donde se veía un canal.

«Habitación 203…, 204…», iba diciéndose Pete. «Aquella del fondo debe ser la 205».

De pronto se detuvo en seco. La puerta estaba entreabierta. El muchachito se aproximó de puntillas, temeroso de hacer ruido. Apoyando las puntas de los dedos en la puerta, Pete empujó y la abrió un poco más. Luego escuchó.

No se oía nada.

Miró al interior, pero la estancia parecía vacía. Arrimada a la pared, bajo una ventana, había una cama. Al fondo, una cómoda, un escritorio y una silla de madera. Con el pulso latiéndole aceleradamente, Pete contuvo la respiración y avanzó un paso hacia la habitación. ¿Adónde habría ido el fugitivo? Si hubiera dejado alguna pista…

¡Plash! Un hombre saltó de detrás de la puerta, haciendo caer a Pete de cabeza. Luego, con el paquete de papel marrón y un maletín, el desconocido salió de la habitación y cerró la puerta de golpe. Inmediatamente, se oyó correr una llave en la cerradura. ¡Pete estaba prisionero!

ARRIESGADA EVASIÓN



Todavía aturdido por el golpe que acababa de recibir, Pete se levantó del suelo y manipuló en el picaporte. ¡Lo hizo resonar, pero no por ello abrió! Arrugando la frente, por haber sido tan inocente como para caer en aquella trampa, el muchacho corrió a la ventana y miró abajo. Allá, con una separación de dos pisos, se mecían las aguas amarronadas de un pequeño canal. Pero en aquel momento no se veía ninguna embarcación.

«Llamaré al conserje», pensó Pete, buscando con la vista un teléfono. Pero allí no había teléfono alguno.

«Tengo que salir en seguida o ese ladrón se escapará para siempre», se dijo el muchacho.

Y empezó a golpear con fuerza la puerta, sin conseguir nada. Entonces, se acercó a la cama y rasgó las sábanas en varias tiras que anudó entre sí. Ató uno de los extremos a la mesa escritorio y sacó por la ventana el extremo suelto, que resbaló por la pared del edificio, hasta casi el borde del agua.

Luego, Pete se quedó en la ventana, vigilando, y pronto vio una góndola que se acercaba lentamente desde la curva del canal.

—¡Gondolero! —llamó Pete a gritos y, en seguida, subió al

repecho de la ventana y desde ella se deslizó por la improvisada cuerda de tela de sábana.

Viendo lo que sucedía, el gondolero remó con rapidez para detenerse junto al paredón. Pete descendió hasta la góndola y dio el nombre del hotel en donde se hospedaba la familia, pidiendo:

—¡A toda prisa! «¡Pronto!».

El gondolero, un hombre bajo y robusto, con un pañuelo alrededor de la frente, remaba ahora con rapidez, apoyando todo su peso en el remo, cada vez que lo hundía en el agua. Pronto, estuvieron en el Gran Canal, donde el gondolero tuvo que hacer mil giros para evitar el abundante tráfico marítimo, en su camino al palacio de los Duces.

Tan pronto como la góndola llegó al embarcadero, Pete dio las gracias al hombre, pagó el importe del viaje y saltó a tierra, para correr al hotel. Allí encontró a su familia, hablando con dos policías.

—¡Gracias a Dios que estás aquí! —exclamó la señora Hollister —. ¿Qué ha ocurrido?

Mientras explicaba cómo le habían encerrado en la habitación de la que en seguida logró escapar, uno de los policías, que hablaba inglés, fue tomando notas. Cuando concluyó, Pete se volvió a Pam para preguntarle:

—¿Cómo habéis regresado aquí tú y Ricky?

Pam dijo que habían tomado el «vaporetto», avisado a la policía y entregado el paquete.

—Era el valioso cuenco —dijo el oficial y dio las gracias a Pete por haberlo devuelto.

—Pero el ladrón se ha llevado la Madonna de cristal —contestó Pete, preocupado.

El oficial repuso que irían inmediatamente al hotel mencionado, por si se encontraban pistas.

—Ya es hora sobrada de comer —dijo la madre, cuando los policías se hubieron marchado.

Mientras comían en un restaurante al aire libre, Pete pidió permiso para ir, con Pam, al hotel de donde huyó el ladrón.

—Me gustaría averiguar más cosas sobre ese hombre, si es posible, mamá —dijo.

Como la señora Hollister no acababa de decidirse, Pam intervino:

—La policía seguramente estará allí todavía —dijo—. De modo que no habrá ningún peligro.

Después de advertirles que tuvieran muchísimo cuidado, la madre dio su permiso y los dos hermanos mayores salieron en el «vaporetto». Media hora más tarde avanzaban por el callejón empedrado que conducía al hotel, en el que entraron para hablar con el conserje.

—Quisiera pagarle las dos sábanas que le he roto —dijo Pete.

El hombre de grises cabellos no quiso aceptar el pago y contestó, nerviosamente:

—La policía acaba de marcharse. Ya me han informado de tu valerosa escapatoria y yo les he dicho todo lo que sé sobre Olevi.

—¿Puede contárnoslo también a nosotros? —preguntó, muy amablemente, Pam.

El conserje dijo que hacía cosa de un mes cuatro hombres le alquilaron la habitación. Sin embargo, en las últimas tres semanas, sólo Olevi la había utilizado.

—Ayer volvió uno de ellos. Era bajo, con bigote. No sé el nombre de los otros.

—¿Podríamos registrar la habitación? —preguntó Pete.

—Niños, os ruego que no me molestéis más —contestó el hombre, amablemente—. Ya he tenido bastantes emociones por hoy.

Pete y Pam dijeron que lo sentían mucho y salieron del hotel. Desilusionados, volvieron por donde habían llegado, hasta pasar por una tienda de recuerdos para turistas. El ver las postales del escaparate recordó a los niños la postal de Giovanni.

—Debemos entrar y preguntar si le han visto —decidió Pam.

—Está bien. Aunque no creo que sirva de nada. Debe de haber cientos de tiendas de postales en Venecia —fue la opinión de Pete.

—Ésta es una calle alejada. Sería un buen sitio para que alguien anduviese escondiéndose.

Decidiéndose, los Hollister entraron en la tienda. Tras el mostrador había una señora gruesa y baja, de brillantes ojos negros. Pete sacó de su bolsillo la fotografía de Giovanni Boschi y se la

enseñó.

—¿Habla usted inglés? —preguntó, ante todo.

—Un poquito.

—¿Ha visto usted alguna vez a este hombre?

—Sí, sí —repuso la señora, en italiano.

Los dos niños la miraron, sin poder creer en lo que oían.

—¿Cómo dice? —insistió Pam.

—Sí —respondió la señora, esta vez en inglés y con voz firme. Y, con acento chillón y torpe para el idioma de los Hollister, siguió explicando que el anciano caballero había adquirido una postal, había escrito algo en ella y, después de dejar cien liras, había salido apresuradamente de la tienda.



—¿Hará un mes, más o menos? —preguntó Pete.

—Sí, sí. —Los ojos negros de la mujer relucieron intensamente cuando añadió—: Luego le atraparon.

—¿Quiénes? —preguntaron a un tiempo, Pam y Pete.

—Unos hombres —contestó la señora, levantando dos dedos de su mano.

—¿Y no sabe usted a dónde le llevaron? —preguntó Pete, muy nervioso.

La dueña de la tienda alargó un brazo, señalando la dirección del hotel.

—Por ahí.

—¡Me apuesto algo a que el señor Boschi intentaba escapar! —declaró Pete—. Hay que volver al hotel, Pam.

—¿Para registrar la habitación?

—Sí. Puede que haya algo que ver entre Boschi y los ladrones.

Después de dar las gracias a la amable señora, los dos hermanos salieron corriendo de la tienda. El conserje del hotel quedó sorprendido al verles otra vez en el vestíbulo.

—Perdónenos, pero es muy importante —dijo Pete, sacando la fotografía de Giovanni Boschi—. Este señor ¿es alguno de sus clientes?

El hombre de cabello gris movió la cabeza negativamente. Recordaba haber visto entrar y salir a un quinto hombre, pero nunca le vio bien la cara.

«Puede que fuese Giovanni», pensó Pam.

—¿Podemos registrar la habitación? —suplicó Pete.

—No le molestaremos —prometió Pam.

—Aquí tenéis la llave, pero la policía ya la ha registrado.

Pete y Pam subieron a toda prisa las escaleras y abrieron la puerta de la habitación. La cama estaba otra vez hecha y la estancia limpia y ordenada. Pete miró en la papelera. Estaba vacía. Aunque los dos niños buscaron bien en los cajones y el armario, no hallaron nada tampoco.

Pam miró nuevamente en el escritorio. Había varios sobres y cuartillas en blanco, todos con el membrete del hotel. Estaba Pam a punto de cerrar el cajón cuando notó una ligera sombra en el papel blanco.

—Creo que he encontrado algo —dijo.

Cogió el primer papel de la pila de cuartillas y lo sostuvo a la luz.

—¡Zambomba! —exclamó Pete—. Esta cuartilla estaba debajo de otra en la que estuvieron escribiendo. Y el lápiz ha dejado marcado lo que escribieron.

—Parece el plano de una casa —dijo Pam que, además, pudo leer las palabras «Firenze Pitti».

—Esto tiene algo que ver con la ciudad de Florencia —casi gritó Pete, que no podía dominar sus nervios.

—¡Y es allí donde han salido a la venta los polichinelas de Giovanni! —añadió Pam—. ¡Pete, estos ladrones deben de haber secuestrado a Giovanni!

—Tenemos que ir a Florencia —decidió Pete, cogiendo el papel que le tendía su hermana—. ¡Puede que le tengan allí!

—Volvamos en seguida a decírselo a mamá. No hay tiempo que perder —dijo Pam.

Al salir del hotel, Pete miró hacia un extremo de la calle y vio que un hombre de cabello negro entraba a toda prisa en un portal.

—Camina de prisa. Creo que nos están vigilando.

Casi corriendo, recorrieron las callejuelas hasta llegar al «vaporetto». Cuando, al fin, llegaron ante el hotel, los dos niños se detuvieron mirando a su alrededor. No se veía por ninguna parte al hombre moreno.

Muy tranquilizados, entraron en el vestíbulo, donde el conserje entregó una nota a Pete. Era de la señora Hollister, y decía que ella y los pequeños habían salido de compras y volverían pronto.

Mientras esperaban, Pam preguntó al conserje qué quería decir la palabra «Pitti». El hombre explicó que el palacio Pitti era un famoso museo de Florencia.

Después de dar las gracias, Pete y Pam fueron a sentarse en un sofá de la sala.

—Estoy seguro de que esos hombres planean robar en el palacio Pitti —afirmó Pete.

—A lo mejor sólo se dedican a robar obras de arte —añadió Pam —. Pero ¿por qué habrán raptado a Giovanni?

—Lo importante es saber dónde le tienen escondido —murmuró Pete, que, un momento más tarde, se ponía en pie, de un salto, diciendo—: Tengo una idea.

Pam le siguió hasta la cabina telefónica, cerca del mostrador de

recepción, donde su hermano buscó el número de un servicio de prensa americano. Por el periodista de turno se enteró de que el almacén de Florencia en donde se habían vendido los polichinelas se llamaba Valerio. Pete habló de esto a su hermana.

—Empezaremos a investigar allí —decidió Pam.

En aquel instante, entraron en el hotel la señora Hollister y los tres hermanos pequeños. Antes de que Pete o Pam hubieran tenido tiempo de hablar, Holly, que iba cargada de paquetes informó a voces:

—¡Qué bien lo hemos pasado haciendo compras!

La vocecita cantarina de Sue notificó:

—Y algunas cosas no nos han costado nada.

—Hemos vuelto a la fábrica Gallino —anunció Ricky.

La señora Hollister contó a sus hijos mayores que el conde les había pedido que fueran.

—Os da las gracias por haber salvado bu valiosa copa y me ha dado regalos para todos.

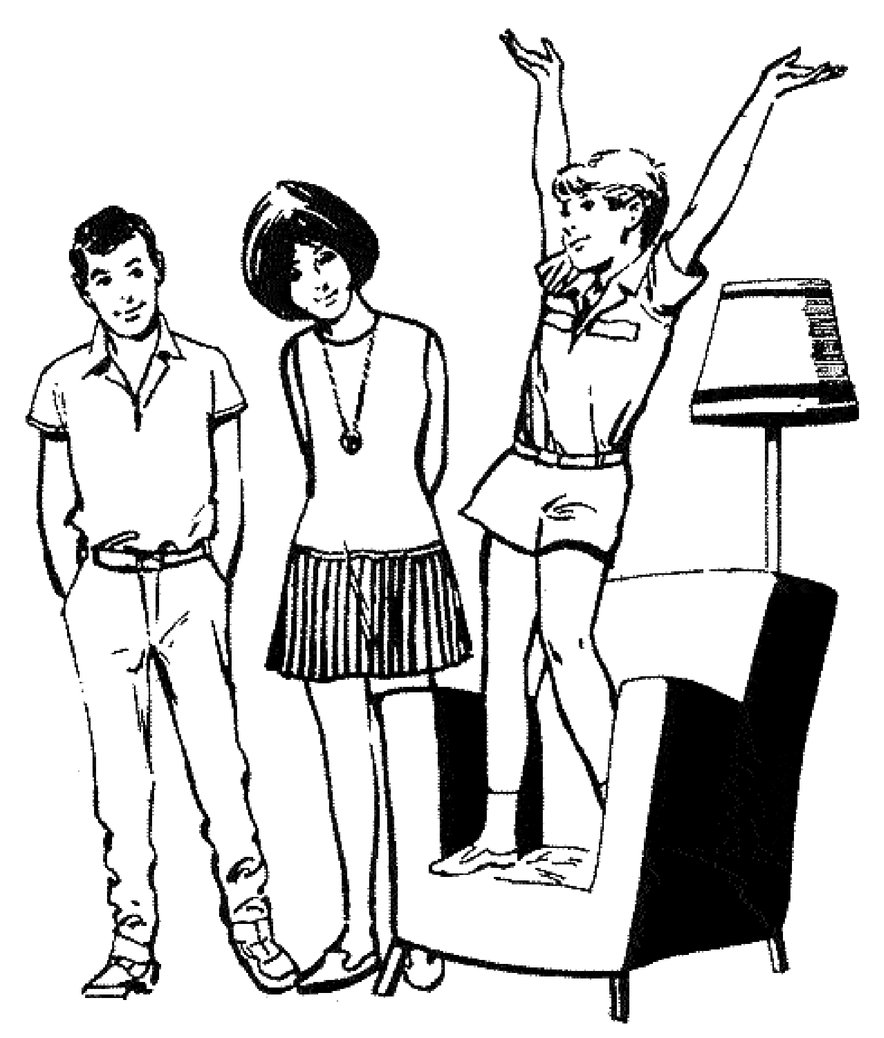
—Todavía no los hemos abierto. Venid —llamó Holly, empezando a desenvolver paquetes sobre una mesa de mármol de la sala.

Sue recibió un cervatillo de cristal, Ricky un perro pequinés y Holly un gato persa. Pam desenvolvió su regalo, encontrando un pez dorado, de exquisita belleza. Pete encontró un caballero sobre su correspondiente montura.

—¡Qué amable es el conde! —comentó Pam, agradecida, mientras volvía a guardar su regalo.

—También nosotros tenemos sorpresas —anunció Pete, hablando a continuación de las pistas que habían encontrado y de dónde creían que se encontraba Giovanni.

—Tenéis razón —decidió la madre—. Debemos ir a Florencia.



—¿Cuándo? —preguntó Ricky, que iba saltando, como un perro, de un sillón a otro—. ¿Esta tarde?

La señora Hollister miró a sus dos hijos mayores.

—¡Zambomba! Sería colosal —dijo Pete.

—Pediré ahora mismo que nos reserven habitaciones en un hotel —decidió, entonces, la señora Hollister.

Una hora más tarde toda la familia estaba en el garaje de aparcamiento, con sus equipajes. Holly llevaba una bolsa de panecillos tiernos que habían comprado para comer por el camino. Cuando llegasen a Florencia tomarían una cena.

La señora Hollister condujo el coche fuera del garaje, cruzó la carretera y recorrió varias ciudades, antes de que Holly, que iba arrodillada en el asiento trasero, notase algo extraño. Dijo:

—Un cochecito encarnado nos está siguiendo.

Cuando Holly habló así, se estaban aproximando a un pequeño puente que unía la carretera sobre las aguas de un arroyuelo. De repente el coche rojo aumentó la velocidad.

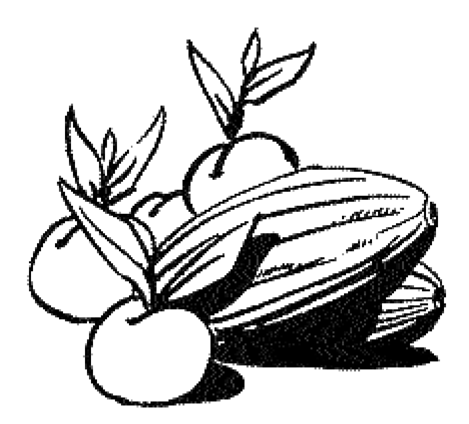
—¡Quiere adelantarnos! ¡Cuidado, mamá! —gritó Pete.

El cochecito avanzó hasta colocarse al lado de los Hollister, y Pam dejó escapar un grito de miedo. ¡El conductor era el ladrón al que siguieron en el «vaporetto»! Detrás se sentaba un hombre bajo con bigote negro.

El coche rojo siguió avanzando hasta que su parte posterior quedó justamente delante del coche de los Hollister. Entonces, el conductor forzó a la señora Hollister a desviarse hacia un lado del camino. En frente tenían la baranda de piedra del puente.

—¡Mamita! —chilló Sue, aterrada—. ¡Vamos a chocar allí!

UN EXTRAÑO PUENTE



Mientras los niños contenían el aliento, la señora Hollister apartó, tanto como pudo, el coche de la carretera. Reduciendo la velocidad, se detuvo a sólo unos centímetros del nacimiento del paredón de piedra.

—¡Eres estupenda, mamá! —aplaudió Holly—. ¡Tengo unas ganas de crecer para ser tan buena conductora como tú!

Cuando la señora Hollister volvió a situarse debidamente en el camino y cruzó el puente, el cochecito rojo había desaparecido. Recorrieron unos cuantos kilómetros en silencio, porque todos iban pensando en lo próximos que habían estado de tener un accidente. Por fin, fue Pete el primero en hablar, diciendo:

—Debemos tener información muy valiosa, mamá. Esos hombres no querían que siguiésemos adelante.

—Pero seguiremos, de todos modos —afirmó, valerosamente, el pecoso.

—Claro que sí —concordó la madre—. No vamos a permitir que nadie nos asuste.

Poco después la carretera se ensanchó, convirtiéndose en una amplia autopista que recorría una región montañosa, de bello

paisaje. Puentes, viaductos y túneles se curvaban y desaparecían entre los pinares por los que, en tiempos pasados, avanzaron hacia el norte los ejércitos romanos, para enfrentarse con sus invasores.

Los niños estaban tan fascinados por el paisaje que no se daban cuenta de que iba pasando el tiempo. Por fin, a la hora del crepúsculo, la carretera llegó a un valle de varios kilómetros de anchura y, a la izquierda, pudieron ver todos las parpadeantes luces de la ciudad de Florencia.

La señora Hollister condujo con mucha precaución al centro de la ciudad, hizo preguntas a un policía y encontró fácilmente el hotel.

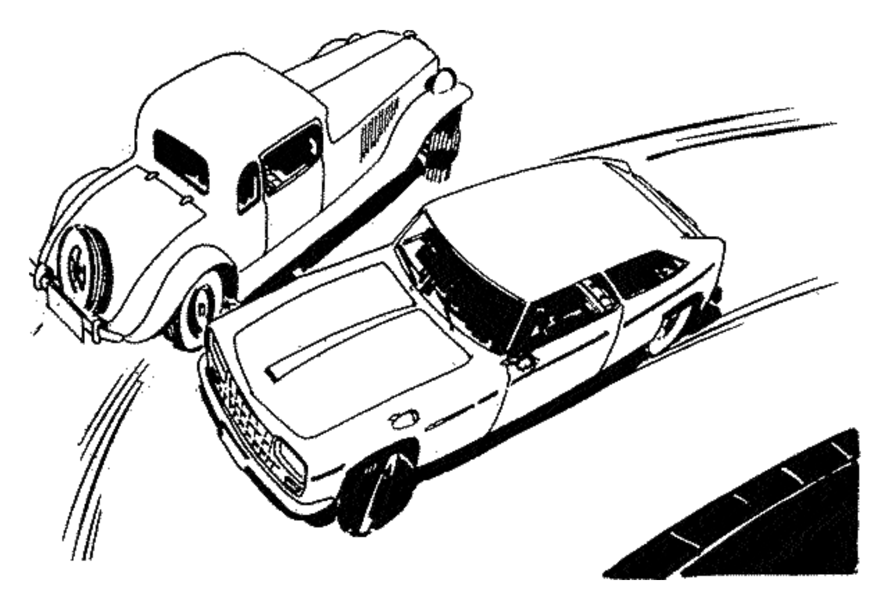
Después de dejar los equipajes en sus habitaciones, todos se reunieron en el vestíbulo. Pete telefoneó al departamento de policía de la localidad para informar sobre la pista del palacio Pitti, que habían descubierto en Venecia.

—Muchas gracias —le contestó un oficial, que hablaba un inglés perfecto—. Pero, lamentándolo mucho, vuestra pista llega demasiado tarde. ¡Sí, demasiado tarde!

Y el policía añadió que, desgraciadamente, la noche antes había sido robada del museo de arte una muy valiosa y admirada pintura.

—Hemos encontrado huellas que concuerdan con las que encontró la policía de Venecia, después del robo de la Madonna de cristal.

Pete explicó la parte que estaban tomando los Hollister en el extraño caso.



—Pensamos buscar a Giovanni Boschi en Florencia.

—De acuerdo. Pero id con mucho cuidado.

Al enterarse de lo que la policía había dicho, toda la familia de Pete se mostró muy nerviosa.

—¡Yo tenía razón! —exclamó Pete—. Es una banda que roba obras de arte.

Lo que nadie podía comprender era por qué habían secuestrado al tío de Nadia.

—Seguramente sabe algo de ellos y los ladrones le han secuestrado para que no pueda hablar con la policía —razonó Pete.

Los Hollister cenaron en el hotel y se acostaron pronto. A la mañana siguiente, el rumor del tráfico, que pasaba bajo sus ventanas, les despertó temprano.

—Podemos visitar primero esa tienda que se llama Valerio —propuso Pete, mientras desayunaban.

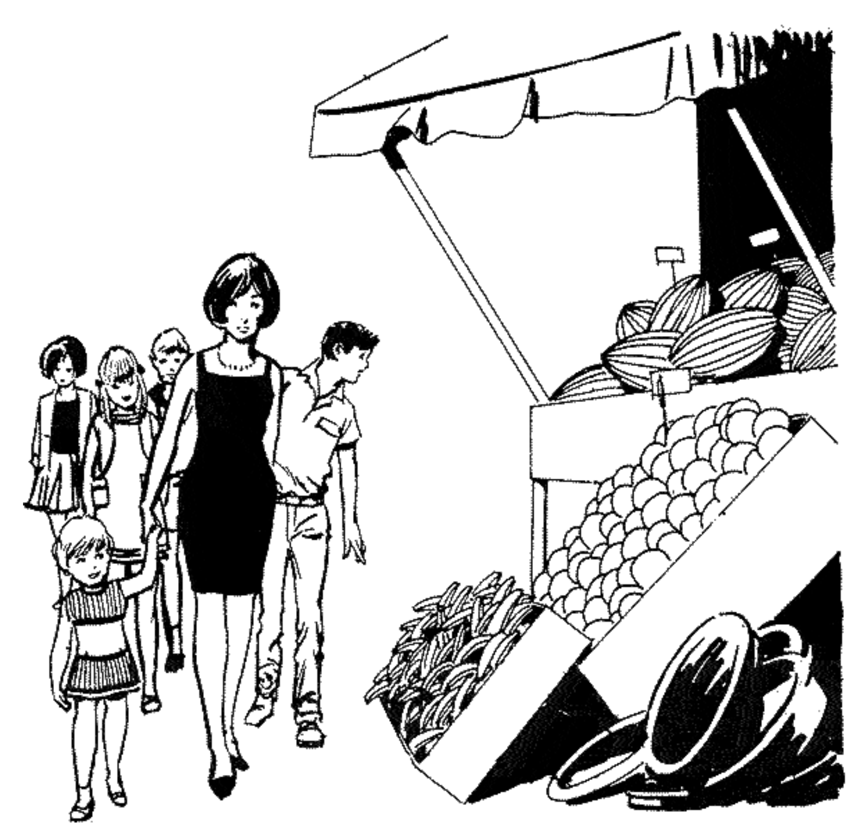
Por el conserje del hotel averiguaron que Valerio se encontraba en un puente llamado Ponte Vecchio, al otro lado del río Arno.

—¡Canastos! ¡Una tienda sobre un puente! —se asombró Ricky.

El hombre sonrió al pequeño y explicó:

—Es que, por allí, ya no hay tráfico. Sólo tiendas.

—Muchas gracias. Estoy segura de que podremos encontrarlo —contestó Pam.

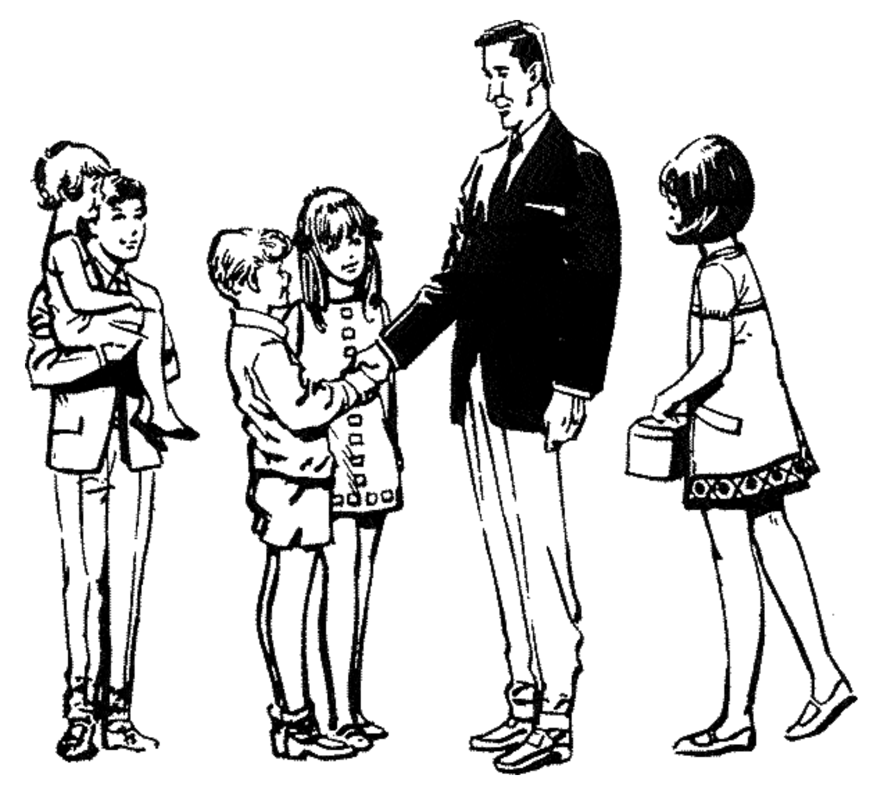


La familia salió a las estrechas calles en cuyas aceras se alineaban banastas con fruta y verduras del tiempo y se veían restaurantes y tiendas de todas clases. Pronto llegaron a una avenida, que discurría a lo largo del río Arno. Los niños contemplaron el agua. Era marrón, como el barro, y se movía lentamente.

—Mirad qué embarcaciones tan raras —dijo Pam, señalando dos remeros que movían sus remos acompasadamente, como si se tratasen de gigantescas patas de araña, por las espumosas aguas del río. Por un momento los dos desaparecieron bajo el más extraño puente que los niños vieran jamás. Parecía un bloque de edificios de la ciudad, que formaba arcadas bajas. A ambos lados se levantaban tiendas.

Teniendo cuidado de esquivar los coches y las motocicletas que iban y venían a gran velocidad, los niños se encaminaron al puente. La tienda de Valerio estaba casi en el centro. Allí, se vendían

objetos de arte, artículos de cuero, bisutería y muñecas. La señora Hollister cruzó la abierta puerta, seguida de sus hijos. Un hombre alto les saludó cordialmente y se presentó diciendo que él era Valerio.



—¿Qué desean ver? —preguntó.

—Hemos venido aquí a cumplir una misión —dijo la señora Hollister, que en seguida se volvió a Pam, diciendo—: Tú serás nuestro vocal.

La niña habló en seguida de la desaparición de Giovanni Boschi. Al concluir, preguntó:

—¿Le quedan todavía polichinelas, señor Valerio?

—Sólo uno —repuso el hombre, llamando a una dependienta a la que dijo unas palabras en italiano.

La joven desapareció en la trastienda y volvió con una caja blanca, que el tendero abrió. Dentro había un polichinela.

—¡Es del señor Boschi! —exclamó Pete—. Tiene el lunar en la

nariz.

Pam sacó el muñeco y lo examinó con atención. Deslizó los dedos por el interior de la cabeza, pero allí no había nada.

—Supongo que la policía habrá visto también éste —dijo Pete.

—No. Éste no. Llegó después de que entregué las otras cajas de polichinelas a la policía.

A continuación, Pete interrogó al amable vendedor sobre la persona que le había vendido los polichinelas.

—No era un corredor habitual. Yo no le había visto antes y no he vuelto a verle después.

El señor Valerio explicó que el vendedor era bajo, delgado y de rostro afilado.

—¿Podríamos examinar esta caja? —preguntó Pam.

—Está a vuestra disposición —contestó el hombre.

Pam miró atentamente la tapa. Era lisa, sin ninguna marca visible. Tampoco en el interior había nada que indicase de dónde procedía. La niña la volvió hacia abajo.

—¡Mirad! —exclamó.

En una esquina se veía un perfil de polichinela y al lado unas palabras en italiano.

—¡Canastos! ¡Es un mensaje de Giovanni!

El señor Valerio se acercó a mirar.

—¿Qué dice? —preguntó Pam.

El hombre sacudió la cabeza, extrañado.

—Hay ocho palabras, pero no puedo comprender el significado. —Y tradujo para los Hollister—: Cristal Gallino. Pintura Pitti. Mármol Roma. Concha Caramagna.

—Es una lista de planes para robos —dedujo Pam.

Incluso el señor Valerio se sintió muy interesado al escuchar la opinión de los jóvenes detectives. Ya habían sido robadas piezas de cristal de la fábrica que Gallino tenía en Venecia. Y la noche anterior había desaparecido una pintura del palacio Pitti.

—Entonces, ¿queréis dar a entender que en Roma se robarán mármoles y conchas de algún lugar llamado Caramagna?

—Eso es lo que suponemos —contestó Ricky, gravemente—. Pero nosotros detendremos a estos ladrones.

El tendero movió con incredulidad la cabeza, mientras decía:

—Me cuesta trabajo creer que unos niños puedan resolver un caso así.

Entonces, envolvió el polichinela y la señora Hollister pagó el importe. Pam cogió el paquete y todos dieron las gracias al señor Valerio y se despidieron. Pero de pronto Holly se volvió, retorciendo con insistencia una de sus trencitas, y preguntó:



—¿En qué otro sitio podríamos encontrar polichinelas, señor Valerio?

—¡Zambomba! ¡A mí no se me había ocurrido esa pregunta! —dijo Pete.

—Sí. Mi amigo Muro, de Pisa, compró también algunos.

Después de repetir las gracias, todos salieron.

—¡Canastos! ¡Qué estupendas pistas!

—Pero ¿qué haremos ahora? —preguntó Pete, mientras

regresaba por el puente.

Se decidió que lo primero era entregar la caja a la policía.

—Si no lo hacemos, nadie creerá esta historia —dijo Pam.

—Así podrán avisar a la policía de Roma, para que mantengan vigilancia —sugirió Pete.

—¿Y el pobre señor Caramagna? —recordó Holly—. También tendríamos que avisarle.

—Claro que sí —asintió el mayor de los chicos—. Su fábrica está anotada para cometer en ella un robo. Hay que avisarle en seguida.

Pete volvió corriendo a la tienda del señor Valerio. El amable tendero pidió una conferencia con la fábrica de camafeos de Caramagna.

—Ponte tú —dijo Valerio, pasando el auricular a Pete—. Este empleado habla inglés.

Pete averiguó que estaba hablando con el señor Nitto, que según dijo era el secretario particular del propietario. Cuando Pete dio la información sobre el robo, el hombre que estaba al otro extremo de la línea soltó una sonora carcajada.

—Eres un chico, ¿verdad? ¿De cuántos años?

—De doce —replicó Pete.

—¿Y esperas que crea tu estúpido cuento?

—Ya sé que parece extraño, pero es la verdad. Por favor —pidió Pete—, déjeme hablar con el señor Caramagna. Él me conoce.

Pete explicó al señor Nitto que había conocido, en Milán, al propietario de la fábrica. Pero el secretario siguió diciendo que no podía molestar a su jefe.

—Está trabajando en algo muy importante.

Pete insistió y suplicó, pero no pudo convencer al señor Nitto.

—Por favor, inténtelo usted —pidió Pete al señor Valerio.

El tendero cogió el auricular y habló en italiano, con voz firme. Luego, escuchó unos momentos y acabó colgando.

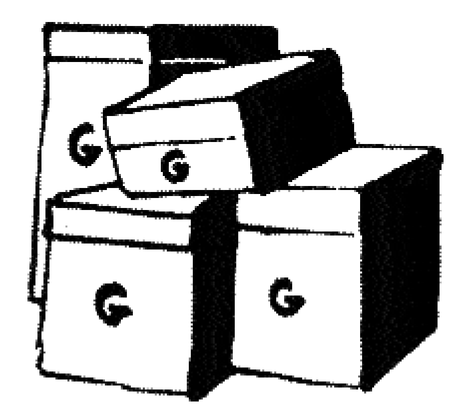
—Lo siento, pero tampoco a mí ha querido creerme.

El señor Valerio no consintió que Pete le pagase el coste de la conferencia y deseó buena suerte al chasqueado detective, que salió a toda prisa, para contar lo ocurrido a los demás.

—Si llevamos esta caja a la policía, estoy segura de que ellos convencerán al señor Nitto —opinó Pam.

La familia caminó puente adelante y estaban a punto de llegar al final cuando un grupo de alegres turistas pasó, corriendo, junto a ellos. Un chico, de unos dieciséis años, tropezó por casualidad con Pam. La caja blanca saltó de manos de la niña y salió, como disparada, por encima del puente, hacia las aguas del río Arno.

LA TORRE DE PISA



La caja blanca zigzagueó por los aires y, como una cometa sin cuerda, acabó descendiendo sobre las fangosas aguas del río.

—¡Hay que atraparla! —gritó Pam, mientras todos corrían al estrecho bordillo de orillas del Arno.

Los Hollister quedaron mirando cómo la corriente se llevaba la caja río abajo. Pero, al mismo tiempo, vieron a un barquero solitario que empuñaba los remos, no lejos de la perdida caja.

Pete colocó ambas manos en hueco, ante sus labios y gritó:

—¡Socorro! «¡Aiuto!».

Sus hermanos le hicieron eco y el remero no tardó en oírles. Se volvió en su embarcación y, al ver lo que los Hollister señalaban, lo cogió al pasar. Levantando una mano, señaló un trecho, río abajo, donde los niños podrían llegar al nivel del agua. Remando enérgicamente, el joven barquero italiano llegó a la orilla, dejó en tierra la empapada caja blanca y, sonriendo, volvió a alejarse. Pete, ágil y rápido, fue el primero en llegar junto a la caja, que cogió y entregó a Pam. La niña se apresuró a mirar el interior, buscando las ocho palabras.

¡Horror! ¡La tinta se había corrido! Y el mensaje había

desaparecido.

Ahora fue Pam quien quedó muy mohína. ¿Quién iba a creerles ahora que ya no había ninguna prueba del mensaje de Giovanni Boschi?

Volviendo otra vez a la carretera, la niña dejó caer la maltrecha caja en un cubo de basura.

—¡Zambomba! Nos hemos quedado sin una de nuestras mejores pistas —se lamentó Pete.

Después de celebrar una breve consulta entre los cinco hermanos y su madre, se decidió que toda la familia saldría para Pisa inmediatamente. Tres cuartos de hora más tarde se ponían en camino. Pete y Pam habían leído algo sobre la famosa Torre Inclinada y estaban deseando verla.

La carretera, estrecha y serpenteante, llevaba al oeste a través de tierras de labranza y pequeñas aldeas. Las casas estaban tan cerca de la carretera, que los viajeros podían ver lo que había en el interior, a través de las cortinillas de tiras de plástico, de alegres colores, que cubrían la entrada de cada una. De vez en cuando, algún niño risueño, con resplandecientes ojos castaños, asomaba la cabecilla y saludaba a los americanos.

Al cabo de varias horas, llegó la familia a las afueras de Pisa. Desde allí la señora Hollister fue siguiendo la orientación de los letreros, a través de las calles de la ciudad, hasta la Torre Inclinada.

Al fin, llegaron a un río y cruzaron el puente hasta llegar a un verde prado. Ante ellos se levantaba una hermosa iglesia. Detrás había una alta torre, ligeramente inclinada.

—¡Cuidado, mamita! —advirtió Sue, mientras se acercaba—. Se va a caer encima de nosotros.



—No. No tengas miedo —la tranquilizó Pete.

—Eso esperamos —añadió Ricky.

La señora Hollister aparcó el coche delante de una tienda de «souvenirs» cuyo nombre era Muro. Pero un letrero colgado de la puerta decía que estaba cerrada durante la hora de la comida.

La familia decidió que también ellos debían comer; luego harían una visita por los alrededores y regresarían. Entraron en un restaurante cercano donde les sirvieron una sabrosa comida de spaghetti y pollo asado. En cuanto terminaron, Ricky se levantó de la silla, diciendo:

—Vamos. Quiero subir a la torre «torcida».

Una vez fuera, los niños saltaron alegremente y patinaron por las aceras, hasta llegar a la entrada de la Torre de Pisa. Asidas de la mano, Sue y Holly fueron las primeras en llegar a la taquilla, al pie de las escaleras de piedra.

Después de que la señora Hollister hubo pagado al empleado una pequeña cantidad por los billetes, los visitantes subieron la

escalera de caracol. En el segundo rellano todos se detuvieron para pasear por la rampa que rodea el edificio.

—Vuelve aquí, Sue —llamó Pam, tomando la mano de su hermanita—. No te acerques tanto al borde.

El mismo Ricky se sintió algo asustado y retrocedió hacia la parte interior de la rampa. Luego, siguieron subiendo y subiendo hasta llegar a la torre de observación, en la parte más alta.

Bajo ellos, rodeando los edificios de la iglesia y las tiendas, se veían verdes campos de cultivo.

Estaba Pete mirando abajo, cuando vio un hombre que se acercaba al establecimiento Muro, abría la puerta y entraba. Pero aún no había tenido tiempo de dar la noticia a los demás cuando sucedió algo estremecedor.

¡Un tremendo estruendo invadió el aire y la torre se estremeció! Varios visitantes gritaron, alarmados, y una señora chilló:

—¡Un terremoto!

El estruendo se prolongó unos segundos y la torre inclinada sufrió una enorme sacudida. Todo el mundo corrió a los escalones de piedra y se precipitó en dirección a la salida. A pesar del nerviosismo, todos los turistas consiguieron llegar a la salida sin más que con algunos morados y contusiones.

En la calle todo el mundo daba alaridos y la policía llegó rápidamente para apuntalar la torre.

—¿Acaso va a caerse? —preguntó Ricky, mirando a lo alto.

—No parece que esta vez se haya producido ningún desperfecto —contestó un italiano—, pero tememos llegar a perder nuestro hermoso campanario, algún día.

Mientras se acercaban a la tienda de Muro, la señora Hollister explicó a sus hijos que la construcción de la torre se había iniciado hacía muchos cientos de años. Pronto, se vio que quedaba ladeada.

—El trabajo quedó interrumpido un largo tiempo. Pero al fin, se reanudó y concluyó.

Seguían hablando de la torre cuando llegaron a la tienda de recuerdos para turistas. El cristal del escaparate se había roto y el propietario estaba sujetándolo con cinta adhesiva. Cuando los Hollister le explicaron por qué estaban allí, el señor Muro les saludó con afables apretones de manos.

—Me alegra tener noticias de mi amigo Valerio —dijo—. Lo que siento es haber vendido ya todos los polichinelas. Aunque tengo otros muñecos. ¿Quieren verlos?

—No. Muchas gracias —contestó Pam—. Lo que necesitábamos, precisamente, era uno de los polichinelas.

De pronto, a Pam se le ocurrió una idea que le hizo preguntar:



—¿Tiene usted alguna de las cajas en donde venían?

—Puede que haya alguna en los sótanos.

Mientras la señora Hollister, Ricky, Holly y Sue se quedaban contemplando los objetos de la tienda, Pete y Pam acompañaron al propietario a lo largo de un tramo de escaleras de madera tosca. Abajo, apiladas en orden junto a una pared, había muchas cajas de diversas medidas.

El señor Muro, con ayuda de los niños, fue mirándolas.

—Era blanca. Lo recuerdo. Pues no está. Debo haberla usado.

Cuando volvieron a la tienda, Pete preguntó al propietario qué aspecto tenía el vendedor de los polichinelas. La descripción del señor Muro concordaba con la del hombre bajo y delgado que hizo el señor Valerio.

—Y tenía acento napolitano —añadió el tendero.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Holly.

El señor Muro explicó que era corriente, en las personas que vivían en Nápoles, no acabar de pronunciar el final de las palabras.

—Un hombre bajo, de Nápoles —murmuró Pete—. No es mucha ayuda para seguir buscando.

Durante la conversación, la señora Hollister sostenía en su mano varios diminutos modelos, en plata, de la Torre de Pisa.

—Mamá va a enviarlos a Shoreham para Ann y Donna —explicó Sue, muy contenta.

Después de hecha la compra, los americanos dieron las gracias al señor Muro y volvieron al coche. Se decidió viajar el trecho más largo posible aquella tarde, pasar la noche en cualquier parte, y reanudar el viaje a Roma a la mañana siguiente.

—Antes de salir de Pisa, creo que mamá debe intentar hablar con el señor Caramagna.

La señora Hollister estuvo de acuerdo con su hijo y salió del coche hacia una cabina cercana. Volvió moviendo negativamente la cabeza.

—Sólo he podido hablar con el señor Nitto y tampoco a mí me cree —dijo.

—Se necesita ser tranquilo —rezongó Ricky, rojo de indignación.

—Quizá en Roma podamos reunir nuestras pistas y las de Nadia, y será más fácil resolver el misterio —dijo Pam.

—Si no podemos hablar con el señor Caramagna por teléfono, habrá que ir a advertírselo personalmente —opinó Pete.

La señora Hollister guió el coche a la salida de Pisa y tomó la carretera oeste. Cuando llegaron a la costa de Tireno, se detuvieron unos minutos para contemplar las aguas azules. Siguieron hacia el sur, hasta la población de Grosseto, en donde pasaron la noche.

Por la mañana temprano, la señora Hollister pidió reservas de habitación en un hotel de Roma. Después de un sabroso desayuno, la familia reanudó el viaje.

—Mirad cómo va cambiando el paisaje —observó Pam, mientras cruzaban una amplia llanura que descendía suavemente hacia el mar. En los extensos trigales de uno y otro lado de la carretera se veía infinidad de amapolas.

En un cruce de carreteras, varios kilómetros antes de llegar a Roma, la señora Hollister se detuvo para adquirir gasolina. Mientras aguardaban a que se llenase el depósito, Pam dijo a su madre:

Déjame que telefonee a Nadia, para decirle que vamos allí.

—Buena idea —repuso la señora Hollister que habló con el empleado, que sabía algo de inglés, para que pidiese comunicación.

—Oiga… ¿Está Nadia? —preguntó Pam—. Soy Pam Hollister.

La voz que contestó era de hombre y hablaba el inglés con fuerte acento extranjero.

—Nadia ha dejado un recado para ti. Su tío Giovanni ya ha sido encontrado y está bien.

—¡Qué alegría! —exclamó Pam—. ¿Con quién hablo, por favor?

—Soy el padre de Nadia —fue la respuesta que llegó desde el otro extremo de la línea.

LA PATRULLA NOCTURNA



—¿El padre de Nadia? —repitió Pam. Y añadió, en seguida—: Ah, bien, bien. Adiós.

—¿De qué estás hablando? —preguntó la señora Hollister cuando su hija colgó—. El padre de Nadia murió.

—¡Ya lo sé, mamá! —respondió Pam, muy nerviosa—. Pero en casa de Nadia hay un hombre que se hace pasar por su padre.

Cuando Pam acabó de explicar cuanto el hombre había dicho, Pete exclamó:

—¡Todo es mentira!

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Ricky, mientras entraban en el coche.

—Lo mejor será ir a Roma y buscar inmediatamente a Nadia —decidió su hermano.

Mientras se dirigían a la ciudad, los Hollister iban muy preocupados por lo que pudiera haberles ocurrido a Nadia y a su madre.

—Puede que también a ellas las hayan secuestrado —apuntó Holly, inquieta.

Pam contestó que no creía que hubiera nadie tan malo como

para hacer eso. Sin embargo, algo muy extraño estaba ocurriendo y los Hollister estaban dispuestos a averiguarlo.

Siguiendo las orientaciones de Pete, que iba consultando el mapa, la señora Hollister penetró en la bulliciosa y pobladísima Roma.

—¡Canastos! ¡Cuánto trófico! —exclamó, muy asombrado Ricky.

Los coches, la mayoría pequeños, parecían brotar en todas direcciones, pero la señora Hollister no se asustó. Por fin, llegaron a una hermosa avenida, bordeada de árboles, que ascendía hacia una montaña. Al fondo de las amplias aceras había muchos hoteles.

—¡Ahí veo el nuestro! —anunció Pam y su madre detuvo el coche ante un viejo edificio de aspecto confortable.

En cuanto estuvieron inscritos y dejaron los equipajes en las habitaciones, todos volvieron al coche. Pete consultó un plano de Roma para localizar el apartamiento de los Boschi. Y en seguida se internaron nuevamente entre el abundante tráfico.

Hubo una ocasión en que la señora Hollister estuvo a punto de entrar, equivocadamente, por una calle de dirección única, pero un rápido giro del volante lo solucionó todo. Los bocinazos, el sol ardiente y el maremagnum de coches fue aumentando de tal manera que, a los pocos minutos, el vehículo de los Hollister no pudo hacer más que ir reptando tras las apretadas hileras que se iban formando.

—La calle de Nadia debe de ser la próxima, a la derecha —calculó Pete, tras un rato de viaje.

Aquella calle resultó estar enclavada en una zona residencial, con lindas casas antiguas de vecindad, de paredes oscuras, con columnas de mármol trabajado en los umbrales de las puertas. La señora Hollister aparcó ante el número deseado y todos bajaron.

—¿No os parece que debimos venir con un policía? —preguntó Ricky, mientras se acercaban a la puerta.

Todos opinaron que no. Tal vez Nadia tenía ahora un nuevo padre. Entonces ¿qué? Todos pasarían un gran bochorno.

La pesada puerta se abrió, a un empujón de Pete, lo mismo que la puerta interior que daba paso a un tramo de escaleras. La vista de lince de Pam ya se había fijado en el número de apartamiento, anotado en una lista de inquilinos colocada en el vestíbulo.



En silencio, la familia subió las escaleras de mármol, hasta el tercer piso. El apellido Boschi estaba inscrito, en grandes letras, sobre el timbre de la primera puerta del piso.

—¡Canastos! ¿Qué haremos si el hombre nos ataca? —se le ocurrió preguntar a Ricky.

—No te preocupes. Le atraparemos —respondió Pete que, sin embargo, tuvo que respirar profundamente antes de atreverse a llamar.

—Ya viene alguien —murmuró Sue, oyendo aproximarse suaves pisadas.

La señora Hollister y sus hijos retrocedieron y la puerta se abrió lentamente. ¡Allí estaba Nadia! Al ver a los recién llegados la niña italiana ahogó un grito:

—¡Los Hollister! —exclamó—. ¡Mamá! ¡Ven!

La señora Boschi llegó corriendo a la puerta, y abrazó a los visitantes, diciendo:

—¿Por qué no nos telefonearon? Habríamos ido a verles al hotel.

Los americanos fueron conducidos a una salita, decorada con buen gusto, en cuyas paredes se veían varios cuadros de vivos colores. Una estatuilla de la Madonna, colocada en una mesita del fondo, recordó a Pam el robo de Venecia.

—¡Han ocurrido tantas cosas desde que estamos en Italia, señora Boschi! —comentó.

—¿Habéis averiguado más cosas sobre mi tío? —preguntó Nadia.

—Sí —dijo Pete—. Pero antes queríamos saber una cosa. Cuando telefoneamos, esta mañana, fue un hombre quien contestó.

—¡Imposible! —exclamó la señora Boschi—. Aquí no ha estado ningún hombre.

—Pues dijo que era el padre de Nadia —informó Pam.

Al oír esto, la diseñadora de vestidos se puso muy pálida y su hija se echó a llorar.

—¡Es horrible! —se lamentó la señora Boschi.

Sue trepó al regazo de la pequeña italiana y echándole los brazos al cuello, susurró, consoladora:

—¡Nosotros detendremos al malote!

También Pam sintió deseos de llorar, viendo lo afectadas que estaban sus amigas italianas. La señora Boschi estaba explicando, entonces, que aquella mañana estuvieron las dos ausentes varias horas.

—Alguien debió de entrar en casa, pero no comprendo por qué.

—Para llevarse alguna cosa —supuso Pete.

La señora Boschi contestó que no había observado que le faltase nada en la casa.

—Debe usted mirar bien —aconsejó Pete.

Mientras todos los Hollister observaban, Nadia y su madre examinaron todos los cajones y armarios. En apariencia no faltaba nada.

—¿Qué es esto? —preguntó Pete, inclinándose a mirar una vieja arquita de madera, guardada en un ropero.

—Esto pertenece a tío Giovanni —dijo la señora Boschi—. Tiene ahí sus documentos privados y sus viejos recuerdos.

—¿Puedo examinarlo?

—Desde luego.

Pete quiso levantar la tapa, pero estaba cerrada con llave.

—¿Te das cuenta? Nadie la ha tocado —dijo la señora Boschi.

—De todos modos, sería mejor que la abriese usted, si puede —opinó Pete—. Puede haber alguna pista, dentro.

La señora Boschi cogió la llave del tablero de su tocador y se la dio al muchachito, que la introdujo en la cerradura. ¡Clic! Cuando levantó la tapa, Pete dio un grito de sorpresa.

—¡Qué desorden! Todo ha sido registrado.

Entre él y Ricky sacaron la arquilla del armario y la señora Boschi empezó a examinar su contenido. Sacó el modelo original del polichinela, algunos recortes de periódico y documentos. Respirando pesadamente, la señora Boschi levantó los ojos hasta sus visitantes y exclamó, apesadumbrada:

—¡El pasaporte de Giovanni ha desaparecido!

—Eso no me gusta. Puede que con él quieran sacar a su tío de Italia —dijo Pete.

Los jóvenes detectives dedujeron que los aprehensores de Giovanni le habrían obligado a decirles dónde estaba el pasaporte y la llave del arca.

—Seguramente estuvieron vigilando los alrededores de la casa, y, al verlas salir a ustedes, entraron, utilizando una ganzúa —dijo Pam.

—Dio la casualidad de que, entonces, Pam llamó y el intruso contestó al teléfono —añadió la señora Hollister.

Todos estuvieron de acuerdo en que aquél era un caso para poner en manos de la policía. Se avisó a jefatura y pocos minutos después llegaron tres agentes, a quienes se explicó lo que había sucedido. Un hombre, provisto de un equipo para tomar huellas digitales, fue cubriendo con unos polvos los objetos que el intruso podía haber tocado, pero no logró encontrar otras huellas más que las de la señora Boschi y su hija. No cabía duda de que el intruso había utilizado guantes.

Antes de que la policía se marchase, Pete contó todo lo que los Hollister habían descubierto sobre Giovanni y los ladrones. Y acabó hablando de la pista que se había borrado cuando la caja cayó al agua, en Florencia.

—¿Querrán ustedes avisar a la fábrica de camafeos? —pidió Pete —. A ustedes les creerán.

Uno de los policías se acercó al teléfono, hizo una llamada y estuvo unos minutos hablando en italiano. Después de escuchar la respuesta colgó, muy satisfecho, en apariencia.

—El señor Caramagna no estaba, pero he hablado con el señor Nitto, su secretario —dijo.

Los niños quedaron desencantados.

—No os preocupéis —les dijo el oficial, con una sonrisa—. Me ha prometido tomar toda clase de precauciones.

Holly, recordó, entonces:

—¿Qué se puede hacer con eso del «Mármol, Roma»?

El oficial quedó indeciso.

—No es una gran pista —confesó, pero no obstante, dijo que pondría sobre aviso a la Vigili Notturni dell'Urbi.

—¿Qué es eso? —quiso saber Ricky.

Se le contestó que la Vigili era una fuerza de seiscientos policías en bicicleta que hacían ronda por las calles de Roma durante la noche.

—Si yo me «pirdiera», ¿ellos me encontrarían? —se interesó Sue, mientras se balanceaba sobre uno de los pies.

—Sí, sí. Ellos encuentran incluso a una «signorina» tan pequeñita como tú.

Con esta simpática contestación, los policías se marcharon, pero la gravedad de aquel misterio hizo que todos los demás continuaran muy serios, incluso durante la hora de la comida, que la señora Boschi preparó para todos. Mientras estaban comiendo, Nadia dijo:



—Aunque ya no tengáis que preocuparos por el señor Caramagna, deberíais visitar Pompeya.

—Mañana haremos la visita —dijo la señora Hollister, consiguiendo así que sus hijos cambiaran risueñas miradas.

Aquella tarde las dos familias salieron a visitar la ciudad. Como las Boschi tenían otro compromiso para la cena, se despidieron de los Hollister delante del hotel.

—Buena suerte en el viaje —deseó la señora italiana.

—Y avisadnos en seguida, si averiguáis algo de tío Giovanni —suplicó Nadia, despidiéndose con un beso de las niñas Hollister.

Ya se alejaban todos con la señora Hollister, cuando Nadia les dijo a gritos:

—¡Sois unos estupendos detectives!

—Es simpática, para ser una chica… —comentó Ricky, condescendiente, mientras entraban en el vestíbulo del hotel.

Todos descansaron un rato, antes de cenar. Cuando salieron del comedor, la señora Hollister dijo:

—Tengo una sorpresa para vosotros.

—¿Qué es, mamita? —preguntó, muy seriamente, Holly.

—Veremos el Coliseo a la luz de la luna.

—¡El antiguo circo romano! —exclamó Pete—. ¡Qué suerte, zambomba!

Tomaron un taxi, en el que se instalaron un poco apretados, y

sentados unos sobre otros. Otro taxi iba muy cerca de ellos. Cuando Pete se dio cuenta y se lo dijo a su madre, ella contestó:

—Roma está llena de taxis, hijo. Mira. Da la impresión de que nosotros estemos siguiendo a ese de delante.

El conductor les dejó frente al Coliseo. Los niños contemplaron el gran paredón, roto, que se elevaba en arcos.

—¡Debió de ser magnífico! —se admiró Pam.

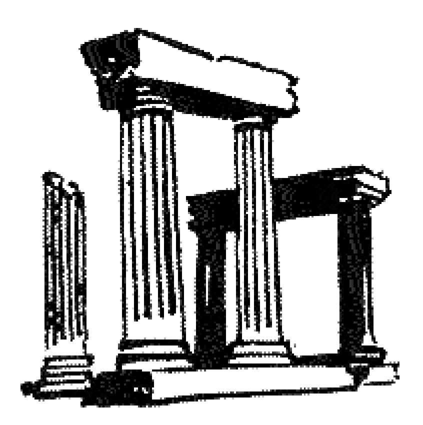
Mientras atravesaban la entrada, los Hollister no vieron más que unas pocas personas que entraban o salían.

Asidos de la mano, se acercaron al borde de la gran hondonada, en el centro del estadio. Las inmensas ruinas tenían un aspecto fantasmagórico a la luz de la luna.

Inesperadamente, entre las sombras se vio surgir a un hombre. Los niños sólo pudieron ver parcialmente su rostro afilado y flaco.

—¡Les aconsejo que salgan ustedes de Roma! —siseó, amenazador.

UN EXTRAÑO TRASLADO



El hombre desapareció en las sombras y casi al instante surgió otra persona.

—¿Les tiene confusos el Coliseo? —dijo.

Esta pregunta tan singular, pronunciada después de la amenaza, fue más de lo que Pete era capaz de resistir con paciencia.

—¡Confusos! —exclamó—. Más que confusos nos tiene este misterio.

—¿Misterio? —repitió el desconocido, avanzando hacia la zona iluminada por la luna—. ¡Ah! Realmente el Coliseo es un misterio, porque da lugar a muchas preguntas para las cuales los turistas querrían respuesta. ¿Puedo servirles en algo?

Mientras hablaba, el hombre sacó de su bolsillo una tarjeta, que le identificaba como guía oficial.

—Uno de los muchos que hay en la ciudad de Roma —explicó.



—Gracias por su ofrecimiento —dijo la señora Hollister. Y señalando la gran hondonada del centro de la pista, añadió—: Eso de ahí parecen viejas celdas. ¿Es eso lo que fueron?

El guía les explicó que, durante la época de esplendor de Roma, el Coliseo había tenido un lago en el centro. Luego, después de la caída de la ciudad, el lago fue secado por los habitantes, quienes levantaron casas en aquel lugar.

—Éstos son los restos de las viejas viviendas.

Mientras los Hollister escuchaban atentamente, el guía le contó otros muchos detalles interesantes sobre el Coliseo. Así supieron que había sido construido por quince mil esclavos, capturados en Jerusalén.

—Miles de ellos murieron durante los trabajos de construcción y, cuando la luna brilla como esta noche, a mí me da la impresión de que sus espíritus rondan por estas ruinas —concluyó el guía.

Pete soltó una risita, diciendo:

—Es lo que nos falta. Unos cuantos fantasmas para añadir a nuestro jeroglífico…

Sue estaba ya tan cansada que subió a los brazos de su madre. Cuando el guía señaló las jaulas donde en otros tiempos se encerraba a los leones, la chiquitina murmuró:

—Los leones son gatos grandotes.

Y, casi al momento, se quedó dormida.

Ya completada la visita, la señora Hollister dio las gracias al guía, le pagó por sus servicios y salió con sus hijos del Coliseo. Varios taxis estaban estacionados junto a la acera. Antes de tomar uno, los niños miraron a todas partes, con atención, pero no se veía a nadie que resultase sospechoso.

Al llegar al hotel, en el mostrador de recepción encontraron a un botones, dormitando. El chico, todavía medio dormido, dio la llave a Pete y toda la familia tomó el ascensor. Ya arriba, Pete abrió la puerta de sus habitaciones. Al instante se dieron cuenta de que algo malo había ocurrido.

Pam corrió al armario. ¡No quedaba ni una sola prenda de las que colgaban allí! Holly empezó a lloriquear y eso despertó a Sue, quien seguía en brazos de su madre. Asustada, la pequeñita gritó:

—¡Salvadme de los leones!

A todo esto, Pam estaba telefoneando a recepción. Pero, a causa del estrépito que reinaba en la habitación, el botones no logró entenderla. Unos minutos después llegaba a toda prisa.

—¡Yo puedo explicarles! ¡Yo puedo explicarles! —repetía.

—¡Nos han robado! —dijo Pete, indignado.

—¡Yo puedo explicarles! —insistió el muchacho. Y cuando la aturdida familia guardó silencio, el botones dijo que aquellas habitaciones habían sido reservadas para otra familia varias semanas atrás. Muy avergonzado, el botones añadió—. Por eso los hemos trasladado a ustedes a otras habitaciones.

—¿Por qué no nos lo advirtió usted? —preguntó Holly.

El muchacho contestó que en la casilla de los Hollister se había dejado una nota, informando del cambio de «suite». Pero, cuando la familia entró, él estaba demasiado adormilado y no recordó dar la nota.

La señora Hollister exhaló un gran suspiro de alivio, y toda la

familia siguió al muchacho a sus nuevas habitaciones.

Después de aquel día de emociones y nerviosismo, era fácil dormir profundamente. Tan fácil que Ricky se dejó caer en la cama sin desvestirse. Pete le quitó los zapatos y la camisa, mientras el pelorrojo se movía pesadamente a derecha e izquierda.

Cuando, a la mañana siguiente, entró el sol a raudales por la ventana, los chicos se frotaron los ojos cargados de sueño. Tan pronto como estuvo despabilado, Pete telefoneó a la policía. ¿Se había encontrado a alguien que intentase robar una estatua de mármol? La respuesta que recibió fue descorazonadora. No se había detenido a ladrón alguno, pero… ¡una famosa estatuilla de mármol había sido robada!

—¡Ya se han salido con la suya! —exclamó Pete, golpeándose la palma de una mano con el puño de otra. ¡Y el próximo robo será en la fábrica de camafeos! ¡Seguro!

A los pocos minutos, la señora Hollister y las niñas estaban sentadas en la cama, con las batas sobre los hombros, escuchando la noticia que les daba Pete.

—Pero no hay que preocuparse —dijo Holly—. Ya han avisado al señor Caramagna.

—¿Cómo podemos saber que el señor Nitto le ha transmitido el mensaje? —replicó Pete, el cual agregó en seguida—: Mamá, estoy convencido de que debemos ser nosotros quienes avisemos al señor Caramagna.

Pam estuvo de acuerdo con su hermano mayor.

—Ya se han cometido, esta semana, tres de los cuatro robos planeados —dijo la niña, con voz preocupada—. Puede que el último deba cometerse hoy.

—¡Canastos, tendremos que darnos prisa! —apremió Ricky.

—Iremos en cuanto hayamos desayunado —prometió la madre.

En cuanto tuvieron las maletas hechas y colocadas en el coche, la familia volvió a ponerse en camino. Pete desdobló el mapa, procurando guiar a su madre hacia el sur, a través de la ciudad y hasta la carretera que llevaba a Pompeya. Pero había transcurrido un larguísimo rato y aún seguían mezclados en el tráfico de Roma.

—Espera, mamá —dijo Pete—. Creo que hemos tomado una curva en dirección equivocada.

La señora Hollister detuvo el coche junto al bordillo y Pete pidió orientación a un viandante. ¡Pero aquella persona no entendía el inglés!

Avanzaron otro trecho y volvieron a detenerse.

—¿Habla usted inglés? —preguntó Pete a otro señor.

—Sí. Soy escocés —contestó el interrogado, explicando que había llegado a Italia el día antes—. Lamento no poder orientarles. ¡Yo mismo no logro localizar mi hotel!



Ascendiendo por una calle, descendiendo por otras, siguieron moviéndose por la desconocida Roma. Por fin, llegaron a una amplia carretera y continuaron por ella.

Fue Pam quien, de pronto, hizo un descubrimiento.

—Mamá —dijo—, el sol brilla a nuestra derecha. Debemos estar viajando hacia el norte, y no hacia el sur.

Pete miró los signos de la carretera y volvió a consultar el mapa. Al fin tuvo que admitir:

—Tienes razón, Pam. Estamos yendo en dirección opuesta a la que nos conviene.

—¡Por favor! Buscad pronto el camino —pidió Holly—. ¡Estoy viendo que no llegaremos a tiempo a la fábrica de camafeos!

UN HOMBRECILLO CONTRAHECHO



Preocupada por tanto retraso, la señora Hollister aparcó a un lado de la carretera. Ella y Pete consultaron atentamente el mapa, intentando localizar algún camino que pudiera conducirles a Pompeya.

—¡Vaya por Dios! —se lamentó la madre, al poco—. Tenemos que atravesar nuevamente Roma.

Estaba diciendo esto cuando un taxi se detuvo junto a ella.

—¿Algún problema? —preguntó el taxista, afablemente.

—Ya lo creo —afirmó Pete.

El taxista bajó de su vehículo y se acercó más a los Hollister. Era italiano, explicó, pero había trabajado tres años en Filadelfia.

—Entonces, ¿podrá usted decirnos cómo atravesar Roma? —dijo la señora Hollister, esperanzada.

—Yo mismo les llevaré. Síganme.



El taxista volvió a subir a su vehículo, y los Hollister le siguieron de cerca. De nuevo se subieron unas calles y se bajaron otras, virando unas veces a la derecha, otras a la izquierda, pasando ante fuentes o recorriendo callejas de dirección única. Por fin llegaron a una gran avenida, en el extremo sur de la ciudad. El taxista se detuvo a un lado de la carretera, asomó la cabeza por la ventanilla y les dijo en voz sonora:

—Pueden seguir adelante. ¡Ahora ya no tienen pérdida!

—«¡Grazie!» —sonrió Pete—. Nos ha ahorrado usted mucho tiempo.

—Permítame que le pague su viaje —pidió la señora Hollister.

—Nada de eso. Ha sido un placer servirles.

La señora Hollister empezó a protestar, empeñada en pagarle, pero el taxista hizo un viraje y, despidiendo alegremente a la familia con una mano, se alejó camino de Roma.

—¿Verdad que son simpatiquísimos los italianos? —comentó Pam, mientras su madre conducía por la amplia carretera.

A uno y otro lado los campos ascendían en suave rampa de lomas verdes. De vez en cuando se veía, en lo alto de una montaña,

un pueblecito con casas de tejados inclinados que rodeaban la torre de un castillo o el campanario de una iglesia.

—¡Qué romántico es esto! ¿Verdad, mamá? —dijo Para.

Al mediodía se detuvieron ante un moderno parador del camino, para comer. Prosiguieron luego la ruta, y al fin, a pocas millas de Pompeya, vieron señales que indicaban el camino a la fábrica de camafeos.

A unos cien metros de la carretera se veía un edificio bajo y rectangular, hecho de cemento blanco.

La señora Hollister llevó el coche a un trecho de aparcamiento y todos salieron. Se encaminaron a la entrada principal, con puerta de cristal de doble hoja.

Pete abrió un lado de la puerta para que entrara su madre y todos pasaron a una gran sala de recepción. Allí fueron saludados por un caballero de mediana edad, con chaqueta negra y corbata de seda. Tenía la nariz ganchuda, los ojos castaños, muy juntos y el cabello negro, peinado hacia atrás, algo hueco.

—Somos los Hollister y quisiéramos ver al señor Caramagna —le dijo Pete.

—Al señor Caramagna no se le puede molestar —repuso el otro, sin cambiar de expresión.

—¿No será usted el señor Nitto? —preguntó Pam.

—A su servicio, «signorina» —dijo el hombre, haciendo una ligera inclinación con la cabeza.

—Realmente, necesitamos ver al señor Caramagna —afirmó, muy seria, la señora Hollister.

—Por algo relativo a un robo, supongo…

—Sí.

El señor Nitto levantó dignamente la barbilla y soltó una risilla. Luego, en tono burlón, pidió:

—Les suplico que no me hablen de ladrones. Me pone nervioso.

—¿Qué se cree que nos pasa a nosotros? —preguntó, inocentemente, Holly—. ¡También nosotros estamos nerviosos porque van a robar algo en esta fábrica!

La sonrisa del señor Nitto se esfumó. Con expresión de enfado, dijo:

—Si yo tuviera que estar escuchando consejos de los niños,

pronto me quedaría sin trabajo.

—Pero la policía de Roma también le puso sobre aviso —le recordó Pete.

El secretario del señor Caramagna arqueó las cejas al responder:

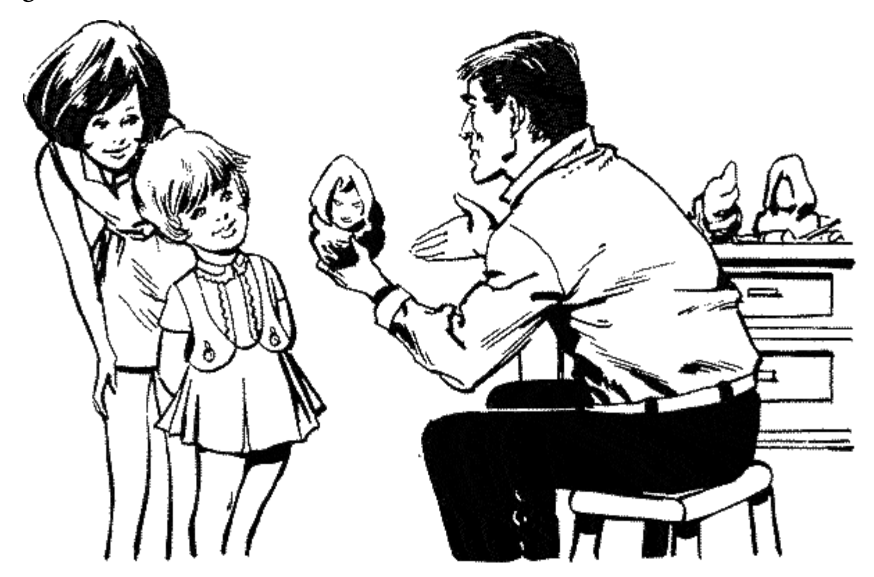
—Naturalmente, no podía decirles que estaban locos, pero sí lo pensé.

Pam, Pete y su madre suplicaron al señor Nitto que les dejase entrar a hablar con el señor Caramagna. Pero el secretario desatendió todos los ruegos con un movimiento de la mano.

—El señor Caramagna está trabajando —dijo. Y añadió, sonriendo—: Vengan. Yo les mostraré algo interesante.

Les condujo al fondo de la sala de recepción, donde vieron una cabina de exhibición. Al fondo, sentados en bancos, había tres hombres inclinados sobre unas piezas de concha marina.

—Están haciendo camafeos —dijo el señor Nitto, rebosando orgullo—. Son los más hermosos de Italia.



Uno de los hombres trabajaba en una concha que transformaba en un capullo de rosa; los otros dos grababan cabezas de damas, con rizados cabellos, recogidos en alto.

Los hombres miraron a los visitantes, sonrieron y continuaron su trabajo. Luego, la familia fue conducida a una estancia llena de cortinajes. En el centro había una vitrina y, en ella, podían

admirarse camafeos de exquisita belleza.

—Son de una perfección sorprendente, ¿verdad? —comentó la señora Hollister, hablando con Pam.

—Pues aún falta lo mejor —dijo el señor Nitto, por quien se enteraron también de que el señor Caramagna habría terminado el camafeo de la primera dama de los Estados Unidos aquella tarde—. No dejen de venir a verlo.

—Ahora tenemos que ir a Pompeya, pero volveremos luego —contestó Ricky.

Acariciando la cabeza del pequeño, el señor Nitto repuso:

—Pueden venir mañana. Avisaré al señor Caramagna para que les aguarde a ustedes entonces.

Mientras volvían a entrar en el coche, Pete comentó:

—No sé qué pensar del señor Nitto. A veces, resulta muy antipático y otras muy amable.

A Pam le desagradaba marchar a Pompeya sin haber notificado a la policía local el temor que la familia tenía.

—Puede que, si les hablamos de los planes de los ladrones, mantengan más vigilancia —opinó.

La señora Hollister estuvo de acuerdo y preguntó a un peatón las señas de la jefatura. Allí, Pete habló con un teniente del robo que sin duda se cometería.

—Sí, sí —contestó el italiano, con una sonrisa comprensiva—. No te preocupes, hijito. Nosotros vigilamos bien la ciudad. Y después de las seis de la tarde hacemos rondas continuas a la fábrica de camafeos. Además, la fábrica tiene su propio vigilante y un sistema de alarma.

—Bueno —murmuró Pete, al reunirse con los otros—. Ya hemos hecho todo lo que podíamos.

—Sí —concordó la madre—. Después de todo, puede que nos hayamos preocupado más de lo necesario.

—¡Pero yo creo que, si localizásemos a los ladrones, encontraríamos a Giovanni Boschi! —insistió Pam.

Después de tomar una breve comida, marcharon camino de Pompeya. Otros automóviles iban y venían y los turistas entraban y salían por la verja de la antigua ciudad.

Cerca de la taquilla, Pete vio que se daba una representación de

polichinelas. En seguida llamó a sus hermanos, diciendo:

—¡Mirad! ¡Se parece al teatro que tenemos en casa!

Polichinela, con un traje de payaso, a cuadros blancos y negros, asomó la cabeza y en voz alta y chillona entonó una canción italiana.

—¡Qué «divirtido» es! —exclamó Sue, levantando los brazos hacia su hermano.

Pete la alzó para sentarla sobre sus hombros y Polichinela se fijó en ella.

—«¿Come si chiama?» —preguntó, sacando más la cabeza.

—¡Soy Sue! —contestó la pequeñita, entusiasmada, mientras los presentes se echaban a reír.

Después que el diablo hubo propinado a Polichinela un soberbio palo en la cabeza, la señora Hollister dijo:

—Vamos, niños, que ya tenemos las entradas.

Pete levantó los brazos para bajar a Sue al suelo.

—Ya veo a aquel hombre —anunció la pequeña.

—¿Qué hombre? —preguntó Pete.

—El de la jaula de los leones —explicó Sue.

Pete siguió la dirección que señalaba el gordezuelo dedito extendido y vio a un hombre que bien podía ser la persona de rostro afilado que les había hecho una advertencia en el Coliseo. Estaba hablando con un hombrecillo deforme, de cabello enmarañado. Un momento más tarde, los dos desaparecían entre la multitud que cruzaba la verja.

Pete se apresuró a contar a su familia lo que había visto.

—¡La banda está aquí! Ese hombre es uno de ellos —declaró.

—Pete, ¿estás absolutamente seguro de que es la misma persona que vimos en Roma? —preguntó la sensata señora Hollister.

—La verdad es que no vi muy bien su cara anoche —tuvo que admitir el chico—. Pero estoy casi seguro de que es él.

—Temo que hoy será el día en que van a robar en la fábrica —dijo Pam—. Tenemos que volver en seguida.

Pero Holly, con aire taciturno, murmuró:

—No vale de nada advertirles.

—De todos modos, mientras estén aquí, no pueden robar al señor Caramagna —razonó Ricky.

—Probablemente han venido a espiarnos —opinó Pete.

Y el travieso Ricky contestó, riendo:

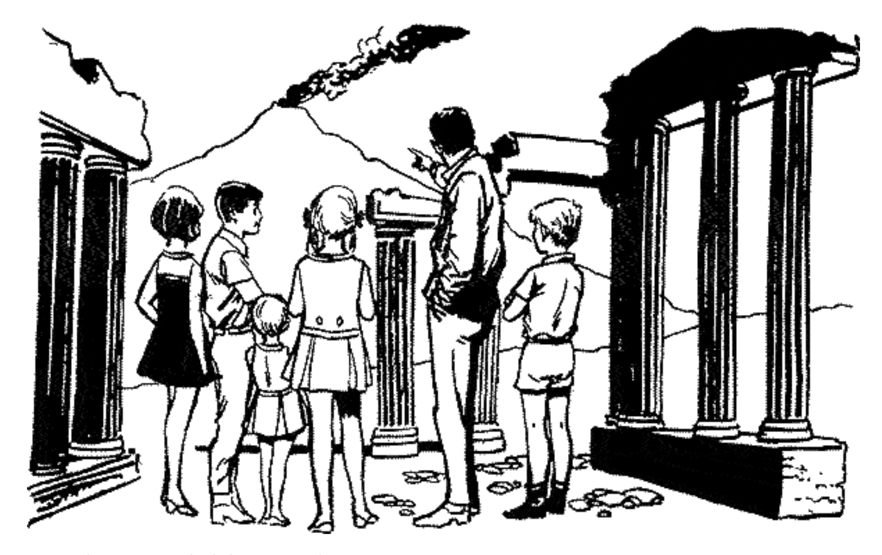
—Entonces, mientras ellos nos espían a nosotros, nosotros les espiamos a ellos.

Los niños entraron en la antigua ciudad en ruinas, pero ya no pudieron ver al hombre de la cara aniñada, ni a su compañero. En aquel momento un joven guía se acercó a unos turistas y los Hollister se unieron al grupo.

—Síganme y les mostraré este antiguo puerto griego, tan famoso —dijo el guía.

Y condujo a los visitantes por una calle empedrada, con dos hendiduras paralelas, causadas por las ruedas de los viejos carros. Varias casas estaban intactas, pero en la mayoría de los casos sólo las paredes quedaban en pie. El guía señaló al Vesubio, a lo lejos, explicando que, dos mil años atrás, las cenizas ardientes del volcán habían caído sobre la ciudad, matando a todos sus habitantes.

—Pero los edificios se conservaron, precisamente gracias a estar cubiertos por las cenizas. Varios cientos de años después la ciudad fue desenterrada.



Ricky tiró del brazo de Pam.

—Estate quieto y escucha lo que el guía está explicando —murmuró Pam.

—¡Pam! —insistió el pecoso—. ¡Mira qué hombre tan raro!

La niña se volvió y descubrió al hombre de cabello enmarañado atisbando desde detrás de una pared medio derrumbada. El desconocido desapareció al notar que los niños le observaban.

Pam hizo señas a Pete, Holly y Ricky y los cuatro se apartaron de la multitud para sostener una breve conversación. De acuerdo con lo que acababan de decidir, Pete y Ricky echaron a andar con aire tranquilo, en amplio círculo, hasta llegar tras el paredón roto y a espaldas del hombre.

—¿Está usted espiándonos? —le preguntó Ricky, con voz sonora.

El hombre extraño se volvió rápidamente y miró a los chicos con ojos encendidos. Dijo unas palabras en italiano, y sé alejó, cojeando, antes de que Pete pudiera preguntarle nada.

—Yo creo que no entiende el inglés —dijo Ricky a su familia.

—Probablemente habéis asustado a ese pobre hombre —opinó la señora Hollister, cuando sus hijos le explicaron lo ocurrido—. Puede que fuese un simple visitante como nosotros.

La visita a Pompeya duró una hora, aproximadamente. Mientras contemplaban las ruinas del foro y de un antiguo templo, los Hollister se iban sintiendo cada vez más inquietos. ¿Dónde estarían el hombre de rostro afilado y su compañero? Ambos habían desaparecido.

El guía estaba explicando que el mar, que en la actualidad está a cierta distancia de las ruinas, llegaba, en otras épocas, hasta las puertas mismas de la ciudad. Pero Pete y Pam estaban tan preocupados que casi ni le oían.

—Puede que, en este momento, estén robando en la fábrica —murmuró Pete al oído de su madre.

—La visita está casi concluida —contestó la señora Hollister condescendiente—. Vámonos ya.

Aunque estaban todos cubiertos de polvo y con los pies doloridos, después de la larga caminata todos se encaminaron al coche, corriendo. La señora Hollister probó a ponerlo en marcha una y otra vez, pero no consiguió nada.

—¡No puede ser! —se lamentaron los niños, casi a coro.

Pete tuvo inmediatamente una sospecha, y bajando del coche fue a levantar el capó para examinar el motor.

—¡Ya me lo suponía! —exclamó el chico—. Han desconectado

los cables.

Pete volvió a conectarlos, el motor se puso en marcha y el muchachito se instaló en el asiento. A toda prisa se dirigieron a la fábrica de camafeos. La señora Hollister conducía con gran atención y pronto estuvieron en el solar de aparcamiento, junto al edificio. Apresuradamente, desmontó toda la familia para correr a la entrada.

Pero un gran letrero decía: Cerrado. En la parte interior habían sido corridas las cortinas sobre las puertas vidrieras.

Mientras los demás se miraban con sorpresa y desaliento, Sue se echó al suelo, a cuatro pies, y atisbo por debajo de las cortinas, que quedaban a unos centímetros por encima del suelo de la sala de recepción.

—Ja, ja, estoy viendo una cosa —anunció la pequeña, alegremente.

—¿Qué es? —preguntó Pete, en voz muy baja.

—¡Hay un montón de hombres ahí dentro y están metiendo cosas en un saco!

EL «GROTTO» AZUL



—¡El robo! —masculló Pete con voz ronca—. ¡Lo están cometiendo ahora!

Pam se inclinó para preguntar a Sue qué era, exactamente, lo que estaba viendo. La pequeña repuso que todos los hombres llevaban caretas de polichinela.

—¡Es terrible! —se lamentó la señora Hollister, mirando a su alrededor por si encontraba a quién pedir ayuda.

En aquel instante, todos oyeron unos extraños ruidos, procedentes de un coche estacionado en el aparcamiento. Pete y Ricky se acercaron a toda prisa al vehículo, en cuyo asiento posterior encontraron a un hombre atado y amordazado.

—¡Es el señor Caramagna! —exclamó Pete.

Sue continuó observando, divertida, a los ladrones, mientras sus hermanos y su madre se encargaban de desatar al hombre del coche. Después le ayudaron a ponerse de pie.



—¡Ahora se van! —notificó Sue, levantándose de su puesto de observación para reunirse con los otros.

—¡Saldrán por la parte trasera! —dijo, muy nervioso, el fabricante de camafeos—. ¡Vamos! ¡Hay que darse prisa!

Pero, mientras atravesaban la zona de aparcamiento, se oyó el sonoro zumbido de varias motocicletas. Cuatro hombres motorizados pasaron como flechas ante el perplejo señor Caramagna y los Hollister, para desaparecer carretera adelante. Dos de ellos llevaban un saco a la espalda. Pete vio que, mientras se alejaban, se libraban de la careta de polichinela. Los disfraces cayeron por la carretera.

—¡Hay que perseguirles, mamá! —dijo Pete, corriendo hacia el coche.

—¡No! ¡No hagan eso! —pidió el propietario de la fábrica, entrando en la fábrica por la puerta posterior.

Los americanos le siguieron y el propietario telefoneó a la policía. Cuando colgó el auricular Pete le dijo:

—Señor Caramagna, nosotros intentamos advertirle sobre el

robo, pero su secretario no quiso hacernos caso.

—No me extraña. Él ha sido el responsable de todo —se lamentó el artista, elevando las manos al cielo con desesperación—. Nunca debí contratarle, pero era un hombre tan delicado y atento…

El propietario de la fábrica se encaminó a la sala de exhibición. En seguida dejó escapar un suspiro, viendo levantadas las tapas de cristal de las vitrinas.

—¡Se han llevado camafeos antiguos, que valían miles de dólares! Y también la «Primera Dama» que acabé hoy. ¡También me la han robado!

—El Presidente va a enfadarse —opinó Holly.

Mientras esperaban la llegada de la policía, el señor Caramagna explicó cómo Nitto había planeado el robo. Aquella tarde, el secretario había dado permiso a media tarde para que los obreros se fueran a sus casas. Luego, al poco de haber dejado el nuevo camafeo en un estuche, Nitto abrió a los ladrones y ordenó que atasen al propietario.

—Y estuvo alardeando de que todos ellos habrían salido de Italia antes de que yo pudiera darles alcance. ¡Pero eso ya lo veremos!

Pete y Pam paseaban de un lado a otro, muy impacientes, deseando ver llegar a los policías. Si Nitto pensaba huir de Italia, probablemente se llevaría también a Giovanni Boschi.

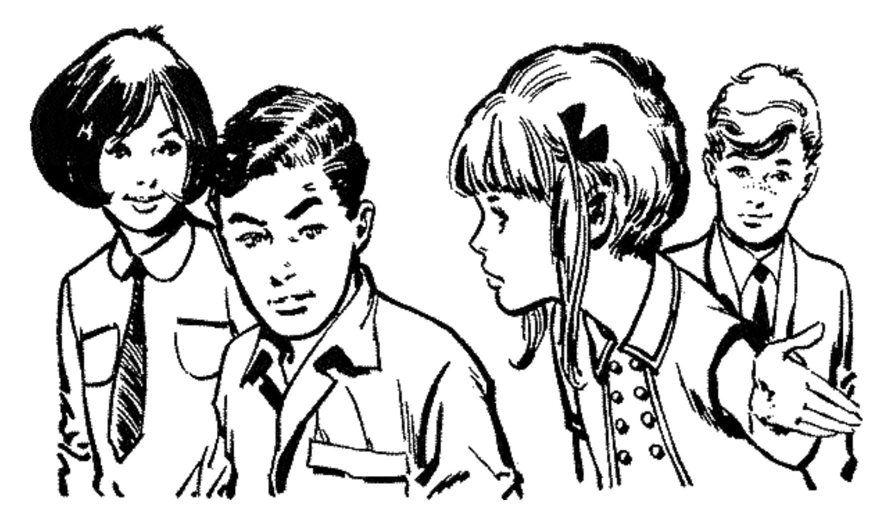
—¡Pobre hombre! —comentó la señora Hollister.

Casi en el mismo instante se oyó llegar el coche de la policía. Los oficiales entraron apresuradamente y en seguida se entabló una conversación en italiano entre ellos y el propietario de la fábrica, que explicaba lo ocurrido.

—Los Hollister les avisaron a ustedes. ¿Por qué no les hicieron caso? —se lamentó el señor Caramagna.

Los policías quedaron muy aturdidos, pero se disculparon diciendo que no existía medio de saber que Nitto iba a manejar el asunto desde el interior de la fábrica.

Después de hacer varias preguntas, los policías se marcharon rápidamente, en persecución de los fugitivos. Sólo se detuvieron el tiempo preciso para recoger las máscaras de polichinela, que esperaban les diesen alguna pista.



Mientras tanto, Pete y Pam continuaron asaeteando al señor Caramagna con preguntas sobre Nitto. Se enteraron de que este hombre había hablado con frecuencia de que le gustaría ir a América del Sur.

—Y seguramente es a donde se dirige ahora —razonó Pete—. Tenemos que darnos prisa, si queremos alcanzarle.

—¿Qué costumbres tenía? —preguntó Pam—. ¿Qué hacía en sus horas libres?

El artista contestó que su secretario estaba muy interesado en todo lo que era trabajo de arte.

—Viajaba por toda Italia, admirando las pinturas y esculturas.

—¿Y también las obras de arte de cristal? —preguntó Pam.

—También. Ésa era una de sus principales aficiones.

—¿Dónde pasaba el señor Nitto los fines de semana? —volvió a preguntar Pam.

—En la isla de Capri. Solía decir que le gustaba el paisaje.

—¿Por qué no vamos allí, a ver si podemos encontrarle? —propuso, prontamente, Holly.

Pete estuvo de acuerdo con su hermana. Era muy posible que los ladrones tuviesen su lugar de reunión en Capri.

—Si Giovanni y el botín están escondidos allí, los ladrones tendrán que pasar a recogerlo. Tendríamos que probar.

—Me gusta ver lo valerosos que sois —comentó el desalentado artista, con una sonrisa tristona—. De todos modos, Capri es un

lugar que debéis visitar antes de salir de Italia.

Después de sugerirles que pasasen la noche en Sorrento, el señor Caramagna añadió:

—Mañana podríais tomar una embarcación hasta la isla. Y no dejéis de visitar la Cripta Azul.

—¿Qué animalito es ése, mami? —indagó Sue.

Le contestaron que se trataba de una cueva.

—Ya la verás —prometió la madre.

Los Hollister se despidieron del entristecido artista, pero antes de marchar, la madre de los pequeños dijo:

—Si mi cuñado se pone en contacto con usted, haga el favor de decirle a dónde hemos ido.

Una hora más tarde la familia se encontraba viajando por la abrupta costa meridional de Italia. La estrecha carretera serpenteaba entre barrancos y peñascos; al oeste se extendía la inmensidad del mar. Por fin llegaron a Sorrento, una linda población asentada en lo alto de un escabroso precipicio.

Después de buscar hospedaje, los Hollister cenaron y pasearon por una bonita plaza, hasta la hora de acostarse. Aunque miraban a todos los que pasaban, por si descubrían a alguno de los ladrones, no descubrieron a nadie.

A la mañana siguiente, la familia descendió por una larga escalinata, hasta la playa. Con otros turistas, subieron a una embarcación en la que surcaron el agua, camino de Capri. Frente a ellos se levantaba la isla montañosa, de tono azul gris bajo el sol de la mañana. Al pie de una roca escarpada se veían varias barcas de remos.

—Aquello es el «Grotto» —informó un hombre que se sentaba junto a Pete—. Nos detendremos ahí un rato.

La embarcación de pasajeros se aproximó a la pared rocosa y ancló en el fondo del agua, mientras las barcas de remos se acercaban para recoger a los turistas. Los remeros iban vestidos con camisas de alegres colores y llevaban los pantalones remangados. Cada uno de ellos permanecía en pie en el centro de su barca, mientras dos pasajeros se instalaban en la parte delantera y otros dos en la parte posterior. La señora Hollister y las niñas se instalaron en una barca y Pete y Ricky en otra, con otros dos

pasajeros.

Los muchachitos quedaron muy animados ante la habilidad de su remero que les llevaba hacia la cavidad de la roca. Luego, dejando los remos, el barquero cogió una cadena de la cueva.

—¡Que todo el mundo se agache! —gritó.



Los dos chicos se tendieron en el fondo de la barca. El remero se echó hacia atrás para impulsar, sujeto a la cadena, la barca al interior de la cueva.

—¡Oooh, qué oscuro es esto! —se oyó exclamar a Holly.

A los pocos segundos los ojos de todo el mundo se habían acostumbrado a la oscuridad y pudieron ver el colorido del lugar. El agua del fondo de la gruta, con los reflejos del sol que llegaba a la base del paredón rocoso, presentaba un resplandeciente color azul zafiro.

—¡Me gusta el «Grotto» azul! —gritó Sue, entusiasmada.

Los barqueros remaron alrededor de la cueva repetidas veces. Luego, una a una, las barcas se dirigieron a la salida. Aprovechando el empuje de una ola… ¡zas!, salieron a la luz del sol.

Una vez todos los pasajeros volvieron a estar a bordo, la

embarcación en la que salieron de Sorrento volvió a ponerse en marcha y pronto llegó a un pequeño puerto. Los Hollister, lo mismo que los demás viajeros, desembarcaron y cruzaron un muelle hasta donde aguardaban unos autobuses muy pequeños.

La señora Hollister propuso que visitaran, primeramente, Anacapri, una pequeña ciudad situada en lo alto de la isla rocosa. Los autobuses, con cabida para sólo diez pasajeros, eran estrechos y descubiertos por la parte superior.

—¡Canastos! ¡Si parecen cochecitos de bomberos! —se asombró el pecoso.

Cuando todo el mundo estuvo sentado, el conductor se ajustó los lentes de sol e inició la marcha por una carretera estrecha y empinada, que iba ascendiendo más y más por el paredón rocoso.

Los virajes eran bruscos y cada uno de los conductores tocaba el claxon, antes de tomar la curva, para advertir a cualquier coche que pudiese llegar en dirección opuesta. A mitad de camino, mientras los niños miraban más allá del mar, hacia Sorrento, chirriaron los frenos con violencia y el autobús se detuvo bruscamente. Ante ellos, por la curva apareció otro coche que se detuvo a pocos centímetros del autobús.

Pete, que iba sentado delante, asomó la cabeza y miró a los pasajeros que ocupaban el asiento posterior del coche. Uno era Olevi, el ladrón de Venecia; el otro, el hombre contrahecho de las ruinas de Pompeya.

LA TORRE MISTERIOSA



—¡Deténganse! ¡Alto! —gritó Pete a los ocupantes del coche, que había empezado a retroceder.

—¡Hay que detener a esos hombres! —añadió Ricky.

Los ladrones siguieron retrocediendo, hasta llegar a una parte más ancha de la carretera, donde cambiaron de posición y ascendieron a toda velocidad hacia Anacapri.

El conductor del autobús miró con cierto desprecio a los excitadísimos hermanos Hollister y, con un encogimiento de hombros, reanudó la marcha. Cuando la estrecha y serpenteante carretera concluyó en Anacapri, los ladrones habían desaparecido de la vista.

La familia se encontró en la cumbre de la isla rocosa, donde se asentaban tiendas de recuerdos, restaurantes y pequeños hoteles. A través de la niebla, a lo lejos, se veía el Vesubio, y abajo las barquitas de remos, meciéndose en el mar azul. Pero los Hollister no tenían tiempo para admirar el paisaje.

—Mamá, tú podrías quedarte aquí, junto a la carretera, por si los ladrones intentan huir en el coche —propuso Pete.

—¿Qué haréis vosotros, entretanto?

Pete sugirió que Ricky y él formasen un grupo, y Pam y Holly otro.

—Daremos unas vueltas por los alrededores, por si vemos a alguno de los ladrones —añadió el hermano mayor.

—Está bien, pero no tardéis mucho —pidió la madre—. Sue y yo os esperaremos aquí.

Las niñas tomaron una dirección y Pete y el pecoso la opuesta. Los dos chicos miraron en las tiendas de curiosidades, asomaron las cabezas por las puertas de los restaurantes y se mezclaron entre el gentío, mirando a todos con atención, por si descubrían a los fugitivos. Pero no tuvieron suerte. Luego, los chicos treparon a una elevación pedregosa y se detuvieron a la sombra de un pino.

Entre ellos y el borde del peñasco había varias casas. Una de ellas, con una torre cuadrada, sobresaliendo del tejado de terracota, y parecía desierta. Las ventanas estaban cubiertas con tablones clavados en ellas. Estaba Pete preguntándose si sería conveniente hacer averiguaciones en las otras casas, cuando vio asomar la cabeza de un hombre, entre las altas hierbas cercanas al edificio de la torre.

—¡Mira allí, Ricky!

La silueta del hombre se inclinó más y se alejó, corriendo, entre los matorrales próximos al borde del peñasco.

—¡Canastos! ¡Si es el hombrecito que vimos en Pompeya!

—¡Vamos! ¡Hay que seguirle! —decidió Pete.

Los dos muchachitos corrieron al borde del peñasco, pero de pronto se detuvieron, extrañados. El hombre había separado unos arbustos y les hacía señas para que se acercasen.

—Espera. Puede ser una trampa —dijo Pete a su hermano.

—¿Qué será lo que quiere? ¿No te parece que deberíamos averiguarlo, Pete?

Los dos hermanos avanzaron cautelosamente. El hombrecillo desapareció de la vista un momento. Luego, sus ojos volvieron a surgir entre las hierbas.

—A lo mejor quiere intentar arrojarnos al mar —murmuró Ricky, lo que hizo que él y Pete redujesen el paso.



Pete se colocó ambas manos ante los labios y preguntó a gritos:

—¿Qué quiere usted?

—Seguro que no te ha entendido —le dijo Ricky—. Acuérdate de que no sabe inglés.

Pero, en aquel momento, el hombrecillo deforme respondió:

—Necesito hablar con vosotros.

—¡Vaya! ¡Resulta que sí habla inglés! —se asombró Pete.

Mientras los dos niños se acercaban lentamente, el hombre retrocedió a la sombra de una gran roca, a pocos pasos del borde del peñasco. Pete y Ricky se acercaron algo más, preparados a correr en cualquier instante que advirtiesen peligro.

—¿Qué quiere usted? —preguntó Pete.

El hombrecillo tenía una expresión condolida cuando dijo:

—Marchaos. Volved a casa. De prisa. Estáis en peligro. Mi hermano os hará cualquier perjuicio.

—¿Su hermano? ¿Quién es? —quiso saber Pete.

—Nitto. No os permitirá que le estropeéis sus planes. Es malo; os lo aseguro. Marchaos, ahora que aún estáis a tiempo.

Pete, sin amedrentarse, preguntó:

—¿Nitto tiene secuestrado a Giovanni Boschi?

Esta pregunta hizo en el hombrecillo el mismo efecto que una fuerte descarga eléctrica. Se irguió, de un salto, miró a su alrededor con angustia y un instante después echó a correr a la velocidad de

una liebre.

Pete y Ricky salieron tras él, y de un gran salto, el hermano mayor logró alcanzar y hacer rodar por tierra al hombrecillo. Pero éste se revolvió y defendió con tanta furia que logró soltarse de Pete, se internó entre unos pedruscos y desapareció de la vista.

Mientras Pete se levantaba del suelo, el pequeño explicó:

—He intentado atraparle pero se me ha escapado.

En lugar de seguir al hombrecillo, los dos chicos se ocultaron detrás de una gran piedra.

—Esperaremos —decidió Pete—. Si se ha escondido, no tardará en salir. Entonces le seguiremos.

Transcurrieron diez minutos, quince, veinte… Por fin se agotó la paciencia de los chicos. Pero, por suerte, en aquel momento asomó una cabeza entre las rocas. El hombrecillo, agazapado, se deslizó hacia la casa de las ventanas protegidas con tablones.

Con todo sigilo, ocultándose constantemente tras matorrales y rocas, los dos hermanos le siguieron. Por fin, Pete y Ricky se tendieron entre las altas hierbas y observaron cómo el hermano de Nitto abría la puerta posterior de la casa. Cuando el hombre entró, se oyó correr un cerrojo.

—Ven, Ricky. Nos acercaremos a ver qué ocurre ahí dentro.

—Hace mucho rato que estamos por aquí —cuchicheó el pecoso —. Mamá estará preocupada.

—No hay tiempo que perder. Ese hombre quiere asustarnos.

—Yo no creo que sea malo. Puede que quiera ayudamos —dijo Ricky.

Pete miró a lo alto de la torre y empezó a decir:

—¿Tú crees que…?

Pero, en aquel momento, volvió a oírse el cerrojo de la puerta y el hombrecillo contrahecho salió. Llevaba un rollo de cuerda al hombro y se dirigía en línea recta al borde del peñasco.

—Hay que aprovechar el momento —susurró Pete.

Los dos hermanos se pusieron en pie y corrieron hacia la casa, entrando por la entornada puerta. Se encontraron en un largo y frío pasillo. Desde el fondo llegaban voces de hombre. Pete se llevó un dedo a los labios, indicando que había que guardar silencio, y los dos hermanos se acercaron de puntillas al fondo del pasillo. Desde

el otro lado de la puerta llegaban los ecos de una discusión.

—Es la voz de Nitto —murmuró Pete al oído de su hermano.

—Seguro que están discutiendo por el botín.



De repente, al oír pronunciar el nombre de Giovanni Boschi, los dos hermanos temblaron de emoción.

—Están hablando de él —dijo Pete—. ¡Debe de estar en esta casa, Ricky!

Los dos chicos miraron a su alrededor y vieron una escalera que subía a alguna parte. Pete avanzó delante. Subieron dos escalones y a continuación las escaleritas más estrechas que conducían a la torre. Al final se encontraron ante una sólida puerta de madera. Pero, al lado, colgando de un perno, se veía una gran llave de latón. Mientras Ricky hacía vigilancia, por si oía pasos aproximándose, Pete introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta sin hacer ruido.

Con toda cautela entraron los chicos en una sombría estancia, iluminada tan sólo por los pocos rayos de sol que se filtraban por el techo. Cuando sus ojos fueron acostumbrándose a la oscuridad, Pete y Ricky descubrieron una, mesa de madera. Sentado a ella había un

hombre de cabellos blancos, que miró a los chicos con ojos velados.

—¿Es usted Giovanni Boschi? —preguntó Pete. Asustado, el viejecito levantó un brazo, como si quisiera defenderse de una bofetada.

—No vamos a hacerle daño —dijo Ricky—. Somos amigos de Nadia.

—¿Cómo voy a creeros? —se lamentó el viejecito, parpadeando.

Inmediatamente, Pete sacó el diminuto polichinela del bolsillo.

—Nos lo dio Nadia —dijo—. ¿Nos cree ahora?

El rostro de Giovanni se iluminó de alegría.

—Sí, sí. Por Dios, sacadme de aquí. Esos hombres quieren llevarme a Sudamérica.

—Véngase con nosotros. ¡De prisa! —dijo Pete.

Estaba el viejecito poniéndose en pie, cuando se oyeron pasos presurosos por las escaleras. La puerta se abrió. ¡En el umbral apareció Nitto!

—¿Quién os ha dejado entrar aquí? —tronó el ladrón.

Aunque estaba temblando de miedo, fue Ricky quien se atrevió a contestar:

—Su hermano dejó la puerta abierta.

—¿Cómo sabéis que es mi hermano? —vociferó el hombre, avanzando a grandes zancadas hacia los chicos.

Sonaron, entonces, pasos suaves y Nitto giró sobre sus talones, gritando:

—¡Gino! Te voy a…

El rostro del ladrón se puso rojo de ira al ver al policía uniformado que se encontraba en el umbral de la puerta, bloqueando el paso. Otros oficiales entraron en la habitación y esposaron al sorprendido Nitto.

Otro policía escoltó a Giovanni Boschi y los chicos hasta abajo. Parecía que toda la casa estuviera invadida por policías y agentes vestidos de paisano. Ricky y Pete estaban con la boca abierta, viendo con qué rapidez se registraba la casa.

Al salir a la puerta de la calle, Giovanni Boschi se detuvo en seco, parpadeando, a causa de la luz del sol.

—¡Canastos! ¿Qué pasa aquí? —exclamó Ricky, viendo que las niñas y la señora Hollister se acercaban, corriendo.

Mientras Pam, Holly y Sue ayudaban al ancianito a sentarse en un banco, a la sombra de un árbol, la señora Hollister explicó a sus hijos que, en vista de que Pete y Ricky no regresaban, ella envió a las niñas a buscarles. Pam y sus hermanas habían visto a sus hermanos entrar en la casa abandonada, se fijaron en que el hombre contrahecho volvía para cerrar la puerta y corrieron a contar a su madre lo que ocurría. La madre dio la alarma y por eso la policía había llegado con tanta rapidez.

—¡Qué suerte, canastos! Muchas gracias, mamá.

—Hemos hecho un gran trabajo de equipo —comentó Pete.

Ya entonces todos los detenidos, incluido Nitto, estaban en fila delante de la casa, mientras los policías les interrogaban, en italiano. El primero era Nitto, con las mejillas todavía rojas de indignación. Detrás se encontraba el hombre bajo del bigote. A continuación Olevi, el napolitano de cabello largo y rostro afilado. El último era el pobre Gino, que había intentado alejar a Pete y Ricky, para evitar que les ocurriera alguna desgracia.

Cuatro oficiales se encargaban de sacar de la casa los tesoros robados. Primero la Madonna de cristal, luego la pintura, la estatua y, por fin, el camafeo de la Primera Dama de los Estados Unidos.

—¡Qué contento se pondrá el señor Caramagna, cuando lo vea! —dijo Pete.

—Y tío Russ también —añadió Holly.

—Y yo tengo que daros las gracias —intervino Giovanni Boschi, explicando lo que le había sucedido.

Como Pete había imaginado, el hombre de los polichinelas había oído a los ladrones haciendo planes, mientras él preparaba el pequeño teatro en un parque de Milán. Allí estaban todos, menos Gino.

—Ellos estaban al otro lado de unos arbustos. Al notar que me habían visto, corrí a mi motocicleta y me encaminé a la ciudad. Pero ellos me alcanzaron.

—¿Cómo se las arregló para dejar la nota que decía «aiuto»? —preguntó Pam.

El viejecito sonrió, contestando:

—Me metieron en el coche, a empujones, y yo aparenté estar mareado. Mientras ellos se encontraban junto a mi motocicleta,

discutiendo lo que convenía hacer, yo escribí el mensaje, lo introduje en la cabeza de polichinela y tiré el muñeco por la ventanilla.

—¿Y a dónde le llevaron, entonces, los hombres malos? —preguntó, consternada, Sue.

—A Venecia. Y allí me escapé dos veces.

—Una vez para comprar la postal y otra para echarla al buzón —adivinó Pete.

—Sí. Luego Olevi se quedó en Venecia y los otros me llevaron a Roma. Allí me vendaron los ojos, para que no pudiera ver el camino, e hicimos un largo viaje en coche y luego por agua. No pude ver el exterior de mi prisión ni un instante, de modo que no conocía en dónde me encontraba.

Cuando le preguntaron cómo había ocurrido el que sus polichinelas saliesen a la venta, el anciano repuso:

—En eso, Gino cometió una equivocación.

El hombre de los polichinelas había convencido a su contrahecho carcelero de que podía ganar dinero, vendiendo los graciosos muñecos.

—Me trajo materiales y yo confeccioné los muñecos en la torre. Cuando Nitto se enteró, prohibió que se continuara el negocio, pero Rocco ya había vendido algunos.

Pete señaló al ladrón de cara afilada, preguntando:

—¿Rocco es éste?

Giovanni Boschi miró al muchachito y asintió, muy sorprendido.

—Es de Nápoles, ¿verdad? —preguntó Pete.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

Holly sonrió, diciendo:

—Espere, señor Boschi, y verá cuántas sorpresas le damos.

—¿Por qué quería la banda llevarle a usted a América del Sur? —preguntó Pam—. Si ellos escapaban, ¿qué más les daba que usted hablase o no con la policía?

—Es que yo me había enterado de demasiadas cosas. Nitto tiene también una banda en el Brasil. Yo sabía dónde tienen su cuartel general allí y en qué lugares planeaba robar.

Mientras el anciano hablaba, los detenidos fueron conducidos a una furgoneta que estaba aguardando. Nitto se volvió un instante y,

mirando con ojos encendidos a los Hollister, exclamó:

—¿Por qué se os ocurrió venir a Italia? Todo había ido bien hasta entonces.

—No iba muy bien para el señor Boschi —replicó Pete.

—Tendría que darles vergüenza haber secuestrado a este señor tan bueno —le reconvino Pam.

—Me gustaría hacer una pregunta al señor Nitto —dijo Pete, dirigiéndose a un oficial de la policía, y, cuando éste le dio permiso, el chico se dirigió al jefe de la banda para preguntar—. ¿Qué parte tuvo su hermano en todo esto?

—Él no era más que el carcelero de Boschi —replicó Nitto, huraño—. Y hacía algunos trabajos sueltos.

—¿Adónde iba con esa cuerda? —se interesó Ricky.

—Cuando Olevi llegó corriendo, diciendo que él y Gino habían visto a los Hollister, encargué a mi hermano que preparase una cuerda en el borde del despeñadero, por si teníamos que huir por ahí. Los demás nos quedamos aquí, discutiendo, porque consideraban demasiado peligroso llevarnos al viejo.

—Gino quiso ayudarnos, advirtiéndonos que corríamos peligro —dijo Pete al oficial.

—Gino no es tan malo como los demás —añadió Ricky.

—No os preocupéis; su condena será mucho menor —les aseguró el policía.

Pete se volvió otra vez a Nitto para preguntarle:

—¿Cómo supo usted que estábamos en Milán?

Nitto repuso que había estado merodeando por los alrededores del apartamiento de Nadia para encontrar el mejor modo de robar el pasaporte. La puerta estaba entreabierta, una vez en que se acercó, y dio la casualidad de que oyó a la niña contestar a la llamada telefónica de Pam.

—No me interesaba que nadie se interpusiera en mis planes. De modo que telefoneé a uno de mis hombres, que estaba en Milán, y le ordené que os amenazara.

Después de salir de Milán, los Hollister habían estado siempre a pocos pasos de los ladrones, Nitto confesó que había sido él quien contestó al teléfono y se hizo pasar por el padre de Nadia, el día en que fue a robar el pasaporte.

—Sólo queríamos alejaros —dijo Nitto—. Ayer, como me temía que volvierais a la fábrica, encargué a Rocco y a Gino que desconectasen los cables de vuestro coche. Pero ni eso os detuvo —se lamentó el hombre, inclinando la cabeza—. ¡Nunca he visto detectives como vosotros!

Ahora que había contestado a todas las preguntas, la policía se llevó al jefe de la banda y a sus secuaces a la furgoneta. Entonces, apareció otro coche, del que salieron el tío Russ y el señor Caramagna.

—¡Otra vez habéis triunfado! —exclamó el dibujante, abrazando a sus sobrinos que habían corrido a saludarle.

Un policía entregó al artista el bello camafeo y Pam sonrió, diciendo:

—Ahora todo el mundo es feliz.

—Todo el mundo, menos esos hombres —replicó Ricky, señalando a los prisioneros que entraban en la furgoneta.

El último de la fila fue Nitto, el cual parecía dispuesto a negarse a subir. Uno de los policías le empujó suavemente con una pequeña porra y el jefe de la banda entró en la furgoneta.

Esto recordó algo a Sue, que comentó compasiva:

—¡Pobre polichinela! ¡Otra vez ha perdido!